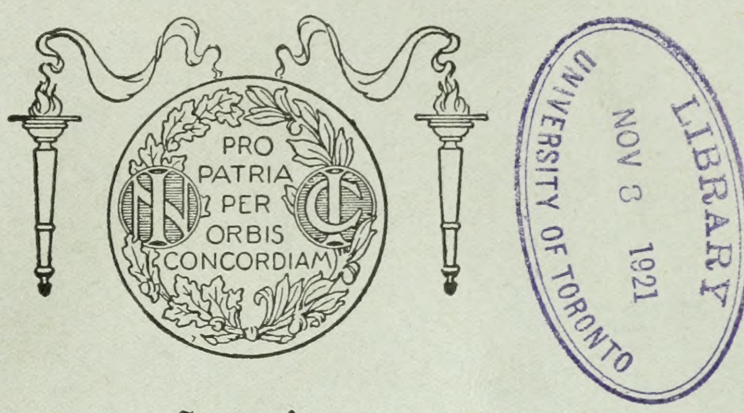
P
LE ELit
I

Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct. 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President, A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V NOVIEMBRE DE 1921 NÚMERO 4

INTER-AMÉRICA

El propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN

Péter H. GÓLDSMITH — Carmen de PINILLOS

JUNTA HONORARIA INTERNACIONAL

James Cook BARDÍN, profesor de español en la University of Virginia

Milton Alexánder BUCHANAN, profesor de italiano y español en la University of Toronto

Aurelio Macedonio ESPINOSA, profesor de español en la Léland Stánford University

John Dríscoll FITZ-GÉRALD, profesor de español en la University of Illinóis

Hamlin GÁRLAND, novelista y dramaturgo, Nueva York

Antonio GÓMEZ RESTREPO, secretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Bogotá

Guillermo HALL, profesor de lenguas modernas en la Boston University, sucursal en Habana

Helio LOBO, cónsul general del Brasil en Nueva York

Fréderick Bliss LUQUIÉNS, profesor de español en la Shéffield Scientific School de la Yale University

Federico de ONÍS, profesor de literatura en la Universidad de Salamanca, y la Columbia University

Manuel Segundo SÁNCHEZ, director de la Biblioteca Nacional, Caracas

Froylán TURCIOS, periodista y literato, Tegucigalpa

Carlos de VELASCO, literato, Habana

Armando DONOSO, literato, periodista, de la redacción de *El Mecurio*, del *Pacífico Magazine* y de *Zig-Zag*, Santiago de Chile

Benjamín FERNÁNDEZ Y MEDINA, literato y publicista, ministro del Uruguay, Madrid

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.

MAQUINARIA Y EFECTOS

PARA

IMPRESORES, CASAS EDITORAS, DIARIOS, REVISTAS, ETC.

Papeles de Toda Clase, Efectos de Escritorio, Equipos para Estereotipia, Electrotipia y Fotograbado.



Catálogos, folletos y circulares descriptivas de nuestros diferentes ramos de negocios pueden obtenerse en cualquiera de las siguientes sucursales y agencias:

SUCURSALES: Argentina: Buenos Aires, Calle Piedras, 132; Rosario, Córdoba, 1129.—Cuba: Habana, O'Reilly, 46.—Chile: Santiago, Compañía, 1264, Casilla 3866.—Méjico: Ciudad de Méjico, 7a de Nuevo Méjico, 122; Guadalajara, Avenida Colón, 183; Monterrey, Hidalgo 9, Guaimas, Avenida Serdán, 221; Tampico, Apartado 131; Mazatlán, Calle Guelatao, 160-162—Perú: Lima, Santo Toribio, 240-246.—Uruguay: Moutevideo, Calle Florida, 1430.

AGENCIAS: Brasil: Bahia, Senhor Alfredo Carvalhal Franca, Caixa Postal, 334; São Paulo, Mr. Charles F. White, Rua Libero Badaro, 12.—Colombia: Bogotá, Señor Arturo Manrique, Apartado 338; Medellin, Señores Félix de Bedout e Hijos.—Costa Rica: San José, Costa Rica Mercantile Company.—Guatemala: Guatemala, Señor C. D. Anderson.—Puerto Rico: San Juan, Señor Mark R. Dull, Apartado Postal 832.

National Paper & Type Co.

Casa Matriz: 32-38 Burling Slip, Nueva York, E. U. de A.



¿Ha Enviado Usted Agentes Comerciales a Estos Bazares?

CONSTANTINOPLA, Bombay, Calcuta: *¡el nombre mismo despierta visiones de comercio floreciente!* Pero desgraciado del agente comercial que se precipita pretendiendo arrollar el mercado en forma sensacional. Penetrado de las costumbres que se establecieron firmemente muchos siglos antes de que Colón saliera de España, el pueblo no cede con facilidad a las insinuaciones de los extranjeros.

Busque un fabricante que haya establecido un mercado para sus productos en el Oriente y habrá hallado usted un *paciente creador* cuya visión va más allá del lucro inmediato. En la importación o la exportación, el éxito allí depende de ganarse poco a poco la confianza de aquellos mercaderes hábiles, *que sujetan a prueba los productos antes de darles fe.*

El National Shawmut Bank está representado en todos los centros importantes por bancos locales influyentes con los cuales está afiliado. Nuestro servicio de investigación e información comercial es un beneficio positivo que derivan los clientes del Shawmut; y particularmente valioso para quienes inician sus esfuerzos para la venta de sus artículos en cualquier parte del cercano Oriente.

ESCRIBA POR COPIAS DE NUESTROS FOLLETOS:

El Cambio Extranjero
La Ley Webb
La Ley Edge
Aceptaciones
Escandinavia

The NATIONAL SHAWMUT BANK *of* Boston

Capital, Superávit y utilidades sin repartir, $22,000,000

BOSTON, E. U. A.

LA TÉCNICA DEL COMERCIO INTERNACIONAL

TODA ciencia tiene su técnica. Una buena técnica enseña métodos eficaces, fundados en sólidos principios, y conduce al éxito feliz de la empresa. Una técnica deficiente aconseja métodos erróneos, basados en falsos principios, y conduce lógicamente al fracaso.

Una de las fases más importantes del comercio internacional es la técnica de esta ciencia. Las firmas dedicadas al comercio internacional, bien sea en operaciones de exportación o importación, deben conocer a fondo aquella técnica, o, de lo contrario, emplear los servicios de una institución que posea conocimientos especiales en la materia.

THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK no sólo se ocupa de las operaciones financieras propias del comercio international: ofrece a sus clientes los conocimientos técnicos del ramo. Mediante las sucursales que ha establecido en los principales centros mercantiles del mundo, THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK está constantemente al cabo de las condiciones que prevalecen en los mercados extranjeros; y por intermedio de su Departamento de Comercio Exterior, siempre se halla dispuesto a colaborar en el fomento de aquellos mercados.

SUCURSALES EXTRANJERAS DE
THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

ARGENTINA
Buenos Aires
(Dos Sucursales)
Rosario

BÉLGICA
Amberes
Bruselas

BRASIL
Pernambuco
Rio de Janeiro
Santos
São Paulo

CHILE
Santiago
Valparaíso

COLOMBIA
Barranquilla
Bogotá
Medellín

CUBA
Sucursales en
Habana, y otras
22 localidades

INGLATERRA
Londres
(Dos Sucursales)

ITALIA
Génova

PERÚ
Lima

PUERTO RICO
San Juan
Ponce

RUSIA
*Moscú
*Petrogrado

SUD ÁFRICA
Ciudad del Cabo

URUGUAY
Montevideo
(Dos Sucursales)

VENEZUELA
Caracas

*Momentáneamente cerradas



THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

CAPITAL, SOBRANTE Y UTILIDADES POR REPARTIR:
MÁS DE 100,000,000 DE DÓLARES



Retrato Kodak

Hecho con una Kodak Autográfica Junior No. 2 C, equipada con lente Kodak Anastigmático *f*.7.7. y Aditamento Kodak para Bustos. Reproducción del tamaño exacto.

También usted puede hacer retratos como éste

El Aditamento Kodak para Bustos es un lente adicional que se ajusta sobre el lente corriente con que está equipada la cámara, modificando el foco, y permitiendo hacer retratos más de cerca, con toda corrección y del tamaño completo de la película como se observa en la ilustración.

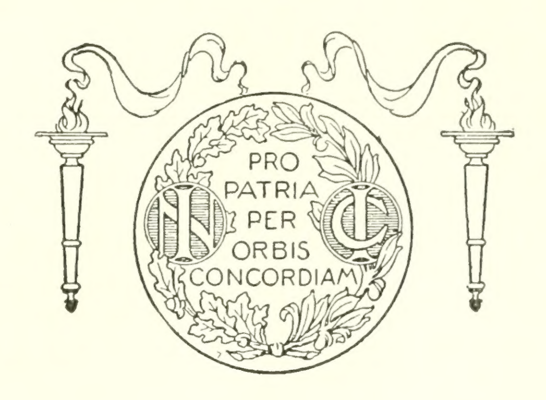
EASTMAN KODAK COMPANY, Rochester, N. Y., E. U. de A.

KODAK ARGENTINA, LTD.
Corrientes 2558, Buenos Aires

KODAK BRASILEIRA, LTD.
Rua Camerino 95, Rio de Janeiro

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V   NOVIEMBRE DE 1921   NÚMERO 4

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

LAWRENCE PÉARSALL JACKS nació en Inglaterra en 1860; educóse en las universidades de Mánchester, Göttingen y Hárvard, y ha recibido grados honoríficos de las universidades de Óxford, Glásgow y Hárvard; ha sido director de Mánchester College, Óxford, Inglaterra, desde 1915, y redactor del *Hibbert Journal* desde su fundación; es autor de una biografía de Stópford Brooke, y de las obras *Mad Shepherds* y *Idolmakers*.

MARGUERITE OGDEN BÍGELOW WÍLKINSON nació en Hálifax, Nueva Escocia, 15 de noviembre de 1883; fué educada en Nueva York y en Northwestern University, Évanston, Illinóis; contrajo matrimonio en 1909 con James G. Wílkinson; es autora de varias obras, y colabora frecuentemente en revistas literarias y populares; entre sus escritos pueden mencionarse: *In Vivid Gardens; By a Western Wayside; The Passing of Mars* [drama]; *Golden Songs of the Golden State;* y *New Voices*.

QUINCY WRIGHT nació en Médford, Massachusetts, en 1890; fué educado en Lómbard College, Gálesburg, Illinóis, y en la University of Illinóis; es profesor de ciencias políticas en la University of Minnesota; es autor de *The Enforcement of International Law* y de numerosos artículos sobre asuntos políticos y de jurisprudencia.

SAMUEL HOPKINS ADAMS nació en Dúnkirk, Nueva York, 26 de junio de 1871; recibió su grado de bachiller en el Hámilton College, Clinton, Nueva York; desde 1891 hasta 1900 fué reportero y colaborador especial de *The Sun*, de Nueva York, director del sindicato McClure, 1900-1901, y miembro de la redacción de la revista *McClure's*, 1903–1905; es periodista y literato, y ha escrito: *The Great American Fraud; The Mystery* (en colaboración con Stéwart Édward White); *The Flying Death; Average Jones; The Secret of Lonesome Cove; The Clarion;* y otras historietas.

MÁRGARET PÓLLOCK SHÉRWOOD nació en Ballston, Nueva York, primero de noviembre de 1864; recibió su educación en el Vássar College, Poughkeepsie, Nueva York, y en la Yale University, New Haven, Connécticut; ha sido profesora de literatura inglesa en el Wéllesley College desde 1889; es autora de: *An Experiment in Altruism; A Puritan Bohemia; Dryden's Dramatic Theory and Practice* [tesis para el doctorado]; *Henry Worthington, Idealist; Daphne; An Autumn Pastoral; The Story of King Silvain and Queen Aimée; The Coming of the Tide*, etcétera.

DAVID LLOYD nació en la ciudad de Nueva York en 1878; completó su educación en Hárvard University, y desde que obtuvo el grado se dedicó al periodismo, colaborando en la *New York Tribune* desde 1902 hasta 1904, y en la John Lane Company desde 1904 hasta 1911, y escribiendo luego para el *International Studio* y el *Evening Post* de Nueva York hasta 1920, época en que fué nombrado director artístico de la última de estas publicaciones.

HARRY HÚBERT FIELD es un joven inglés que pasó de la escuela pública al servicio militar en 1914, y que sirvió continua y bizarramente hasta que fué dado de baja con honores en abril de 1919; después de la llegada del ejército de los Estados Unidos a Francia, fué nombrado "observador" de los sucesivos contingentes de reclutas, y se interesó tanto en el estudio de los conscriptos que, a raíz de su separación del ejército, de regreso en los Estados Unidos, pasó siete meses en las fábricas de Búffalo estudiando las condiciones sociales y económicas de los obreros, con el fin de interpretar a los Estados Unidos ante Inglaterra; al ser dado de baja tenía el grado de capitán.

WÍLLIAM JAMES Y SUS CARTAS

POR

L. P. JACKS

La filosofía de Wílliam James, según lo expresa el autor del siguiente artículo, es la descripción puntual de su ser íntimo; interpretaba al universo como una reflexión del yo, dotándole de las cualidades peculiares que todo hombre analizador, y especialmente nuestro filósofo, ha encontrado en su propia naturaleza. Por esta razón sus cartas ofrecen a la crítica un elemento precioso para el estudio de la personalidad del escritor y para la comprensión acertada y fiel de sus doctrinas. Dichas epístolas revelan la psicología de James y sus principios filosóficos tan vívidamente como si se asistiera a una representación escénica. Encuéntranse en ellas tan inseparables el hombre y la doctrina, que vacilamos en decidir cuál puede juzgarse el texto y cuál el comentario, constituyendo así una introducción admirable al pragmatismo y a la ética de James. Del concepto general de Wílliam James sobre el universo y sobre el hombre, deduce el autor que el problema de desarrollar las energías latentes en el espíritu humano es de importancia mucho mayor para el filósofo que el de dominar por medio de regulaciones las energías que ahora entran en acción. Únicamente a favor de mayor libertad individual, de mayores oportunidades, podrá florecer ampliamente la moralidad personal, social y national. La obra de James está incompleta, según propia confesión del filósofo. Se completará, en opinión del autor de este artículo, cuando aparezca una personalidad suficientemente poderosa para aplicar el pragmatismo a los grandes movimientos de la historia humana, actualmente en proceso de envolvimiento.—LA REDACCIÓN.

I

PARA Wílliam James las "realidades" de importancia más trascendental en el universo eran los seres humanos. Sus razonamientos partían de esta convicción. Entre todos los que han alcanzado renombre de filósofos, ninguno existe cuya filosofía sea expresión más cabal y sincera de la personalidad propia. Sus doctrinas eran puramente subjetivas: emanación de su yo. Su filosofía es, en efecto, la descripción exacta de sí mismo. Esto puede decirse de todos los filósofos, aunque no siempre tengan la conciencia de ello; pero James lo sabía y lo aceptaba como una de las vías para llegar al conocimiento de la verdad. Su "voluntad de creer" no es otra cosa que el derecho que nos asiste para afirmar nuestra personalidad, para expresarnos a nuestro arbitrio, sin comprometer nuestra libertad en alianzas con aquellas clasificaciones y abstracciones altisonantes que reducen la humanidad a planos vacíos de pensamiento, de acción y de carácter; o, para expresarlo desde el punto de vista opuesto, el universo que interpreta es precisamente la misma especie de ser valeroso, inquieto, ilógico, aventurero, incomprensible, que todo hombre, cuando llega a adquirir el conocimiento de sí mismo, encuentra dentro de su propia naturaleza. James reaccionó con violenta aversión contra la idea del universo concebido como una gran institución "gobernada" por un sistema de leyes inviolables—idea que ha llegado a ser tan cara a quienes fascina la sonoridad de los lugares comunes de la ciencia moderna—y el motivo de esa reacción es que su temperamento lo incapacitaba para vivir en semejante mundo o para concebir que ningún espíritu libre pudiera acomodarse a condiciones inflexibles de tal especie. En 1895, el año anterior a la publicación de *The Will to Believe* (La voluntad de creer), escribía a Théodore Flournoy: "Espero que [sus hijas] se eduquen de una manera ampliamente libre, como verdaderas jóvenes norteamericanas, sin más leyes que aquellas que les imponga su propio sentimento de las conveniencias."

Tal vez haya personas a quienes esto suene a falta de respeto por el *Decálogo;* pero la mejor contestación a sus temores es el retrato de James tal como se nos revela en sus cartas. Es el retrato de un perfecto caballero, de índole moral finamente templada, de un gran corazón, y de una lealtad personal llevada al más alto grado.

Quizás el mayor servicio que James haya prestado a la vida espiritual de su época fuera el de hacer la filosofía interesante para todo el mundo. Cualesquiera que sean los méritos de su doctrina—y ésta es cuestión que el autor del presente artículo no se propone abordar—no cabe duda de que en sus manos la filosofía es algo digno siempre

de tomarse en cuenta, un ejercicio de importancia vital de que no puede prescindir el hombre deseoso de vivir plenamente la vida. Sus problemas no son simples temas de discusión, sino puntos críticos en la batalla de la vida. En consecuencia, sus obras han comunicado inmenso impulso a los estudios filosóficos en el mundo entero. No puede estimarse, desde luego, a cuánto alcanza el número de sus discípulos, aunque probablemente es muy crecido; pero es indiscutible que ha elevado los estudios filosóficos a un nivel más alto de importancia, que ha aumentado el número de los que a ellos se consagran, y ha comunicado un sabor nuevo a las investigaciones en este campo. Pocos son los profesores de filosofía que no hayan contraído con él una gran deuda por haberlos redimido de la futilidad y apatía que se dejaban sentir en dicha ciencia.

El secreto de su influencia es inconfundible. Mucho antes de que aparecieran estas cartas, los lectores de sus obras tenían la conciencia de hallarse ante un espíritu cuya penetración era resultado directo de la amplitud y profundidad de sus simpatías por la raza humana. Aquella impresión se confirma ahora. Gracias a la admirable selección que se ha hecho de sus cartas, y a la sobria habilidad con que se las ha ordenado, el lector tiene ahora un concepto claro del hombre cuya personalidad había sentido o imaginado sólo de manera imperfecta en sus obras publicadas. Estas cartas revelan la filosofía de James casi con tanta viveza como si estuviera gráficamente representada en un escenario. Percibimos cuán inseparables eran el hombre y la doctrina. La única duda que nos queda es cuál será el texto y cuál el comentario.

No es a fuer de "espectador desinteresado del universo" cómo James trata los grandes problemas que a todos atañen. Por el contrario, el vigor de sus conceptos nace precisamente del hondo y vivo interés que le inspiraba el universo, y, sobre todo, aquella parte del universo constituída por la humanidad. Aparece ante nosotros, no como "espectador" en modo alguno, sino como actor en el drama de la vida; y vemos que su filosofía es simplemente "acción" continuada y culminando en plano más elevado. Al desinterés substituye el interés, que no sólo descubre la verdad, sino que la incorpora a la personalidad, dotándola de una fuerza y vitalidad que jamás pueden emanar de la imparcial sangre fría. Así es como debe ser. Todas las doctrinas que han conmovido al mundo tuvieron análogo origen.

II

LOS filósofos que creen poder explicar el universo deberían leer primero estas cartas, y preguntarse luego a sí mismos la explicación de aquel destello particular del universo que vivió y vive aún entre nosotros con el nombre de Wílliam James. Desde luego, todos los que hemos estudiado, o siquiera curioseado, la filosofía, suponemos que es fácil explicar la razón de que existan los "individuos;" o, empleando una frase escolástica, de que "el Único haya de diferenciarse en muchos." Pero si alguien preguntara en cuántos debería diferenciarse un Único digno de veneración, no acertaríamos a responder. Por algún motivo sumamente obscuro para nosotros, el "Único" que se revela en la vida humana se ha diferenciado en unos dos mil millones de almas individuales. Mas, ¿por qué en este número exactamente, no más ni menos? ¿No habría realizado el Único este proceso de diferenciación con igual éxito si el número de individuos hubiera sido la mitad, o si los hombres y mujeres no hubieran pasado de diez o doce? Ni terminarían allí nuestras dificultades, aun en el caso en que se diera razón satisfactoria para la existencia de los dos mil millones, pues entonces quedaría aún por explicar la razón de que Wílliam James fuera uno de ellos. Cualquier otro individuo habría podido ocupar su puesto sin cambiar un ápice el total ni la teoría misma. Pero el resultado habría sido distinto para el mundo. La verdad es que mientras no expliquemos por qué los individuos son como son y no de otra índole, no habremos explicado nada. Todo lo que podemos decir de cada uno es, en último extremo, que "por la gracia de Dios es como es;" y lo decimos con especial fervor y énfasis al referirnos a Wílliam James.

La filosofía de Wílliam James tiene su origen en la cuestión planteada en el párrafo anterior. Él era él, flagrantemente

único, por decirlo así; y como mejor se manifestaba esta cualidad era en el don que poseía para desentrañar la calidad única, así estuviera disfrazada o escondida, en las demás personas, y también en todas las cosas grandes y pequeñas que contiene el universo. Era intensamente sensible a la singularidad de las cosas, y a aquellas inalienables cualidades que hacen de cada ser humano una criatura admirable y maravillosa. Una vez, hablando de los hombres que elegían cierta profesión, le dije:

"Parece que todos ellos tuvieran alguna particularidad."

A lo cual replicó: "Mi querido amigo, ¿ha encontrado usted alguna vez un hombre que no tuviera su particularidad?"

Esta cualidad peculiar de James, que se manifestaba principalmente en su reconocimiento de la cualidad peculiar que existía en los demás, es lo que convierte estas cartas en una introducción admirable a su filosofía. El problema que estudia está encarnado, por decirlo así, en su propia personalidad, hecho que se revela en su actitud hacia sus corresponsales.

Es profundamente interesante observar las amplias diferencias en el tono, estilo y asunto de sus cartas, según la persona a que James se dirige. Entre las colecciones de cartas recientemente publicadas podrían mencionarse varias al azar en que se revela uniformemente la personalidad del escritor. Pero las cartas revelan asimismo la personalidad de aquellos a quienes están dirigidas. Representan vívidamente no sólo a Wílliam James, sino también al círculo de sus amigos. Después de adquirida alguna práctica, puede uno cubrir con la mano el nombre que se encuentra al principio de la carta, y, luego de leer unos cuantos renglones, hacer sutiles conjeturas acerca de la persona—hombre o mujer—a quien escribe. Y es obvio que, al revelar a su corresponsal, James se revela a sí mismo con mucho mayor claridad que si escribiera desde la posición egocéntrica. Procedía inconscientemente en su correspondencia de acuerdo con el principio que domina en todos los espíritus delicados y caballerescos: "Acentuar tan vivamente la personalidad ajena que la propia se ponga de relieve al mismo tiempo."

De tal manera estas cartas vienen a ser una introducción no solamente al pragmatismo de Wílliam James, sino también a su ética y a su religión; pues, a despecho de sus vacilaciones en este punto, o quizá a consecuencia de las mismas, es indudable para todos, salvo para quienes tengan el espíritu obcecado por definiciones estrechas, que James era un hombre profundamente religioso. Reconocer la peculiaridad en un semejante nuestro, y concederle sus derechos de individuo peculiar, es proclamar la doctrina del libre albedrío poniéndola en acción al mismo tiempo como ley de las relaciones humanas: único modo en que la libertad jamás será aniquilada.

A este respecto no deja de ser significativo que una de las amistades más estrechas que revelan estas cartas es la que subsistió entre James y el más formidable de sus contrarios: Josíah Royce.[1] Basta echar una mirada a la fotografía en que aparecen juntos para comprender que cada uno de aquellos dos antagonistas de alma superior acogía con júbilo la presencia del otro en el universo. En concepto de James, la forma filosófica es esencialmente dramática: no el monólogo de un sabio solitario, sino un diálogo entre espíritus gemelos que influyen recíprocamente el uno sobre el otro, aportando cada cual su propia contribución de acuerdo con alguna necesidad definida del alma humana, y enriqueciendo sus ideas al contacto de las otras. Latente en todos ellos veía el "deseo de creer" o el deseo de dudar, según los casos; y aunque el sentirse adivinados instigaba a menudo en contra suya a sus adversarios, esta actitud no hacía sino acrecentar la indulgencia de James hasta el punto de convertirla en verdadera simpatía.

"Existe en ambos lados el deseo de creer," escribía en 1907 a Charles H. Strong. "Yo acepto de buena gana la falta de fe en los demás; ¿por qué no había de interesarse usted indulgentemente en el espectáculo de mi creencia? . . . Entre tanto me complacen, o *me complacerán*, los esfuer-

[1]Filósofo y psicólogo norteamericano, nacido en Grass Valley, California, el 20 de noviembre de 1855. Actualmente es profesor de historia de la filosofía en Hárvard University, puesto que desempeña desde 1892, y ha escrito muchas obras importantes, entre ellas un estudio titulado *William James and Other Essays on the Philosophy of Life, Sources of Religious Insight, The Problem of Christianity*, y muchos otros. —La Redacción.

zos que usted haga por negar una conciencia sobrenatural, pues que sólo mediante tales tentativas puede establecerse un *modus vivendi* satisfactorio." Sin duda aquí el lógico severo descubrirá una inconsecuencia. ¿Por qué el pensador deseoso de que prevalezca su obra habría de acoger con satisfacción a otro pensador que predica precisamente lo contrario? Sólo un deportista podría contestar esta pregunta, aunque la respuesta, si se diera, sería del todo incomprensible para el mero lógico. El deportista anhela vencer; pero si es un verdadero luchador, se alegrará antes que entristecerse al observar que la tripulación del barco rival es tan práctica como la del suyo propio. Esto parece también ilógico. No hay arbitrio en la lógica que alcance a reconciliar el deseo de vencer con la satisfacción de encontrar un competidor cuya destreza nos amenace con la posibilidad de una derrota. Ésta es una paradoja que James descubrió en la filosofía y que le hizo gozar plenamente. Era un gran maestro en las cosas que atañían al deporte espiritual.

"Más parece un deportista que un profesor," decía uno de sus discípulos. A lo cual podemos añadir que parecía lo que era, y que sería muy conveniente para la filosofía que muchos de quienes la profesan tuvieran análogos rasgos característicos.

III

ASÍ por el tono como por la substancia de estas epístolas resulta evidente que para James las cosas más interesantes de la vida eran las relaciones personales. Más de una vez lo expresó así, *totidem verbis*. "Sólo se encuentra el idealismo en las relaciones personales." "Lo mejor de la vida consiste en las amistades." Podemos imaginarle haciendo suyo sin vacilación el dicho de Wílliam Blake: "El bien general es la disculpa de los bribones, los aduladores y los hipócritas. Quien quiera hacer el bien debe hacerlo en particular." No es grande la diferencia entre este dicho y las siguientes frases de una carta a Mrs. Henry Whitman: "Seamos todos conforme somos, excepto cuando se trate de reformarse a sí mismos. El único crimen imperdonable es tratar de reformarnos *los unos a los otros*." Su repulsa del concepto general acerca del modo de llegar a la verdad reflejase aquí en su desconfianza de la regulación sistemática de la norma de conducta. Como testimonio evidente, que revela su criterio íntimo en esta materia, he aquí el siguiente admirable pasaje de otra carta dirigida a la persona últimamente mencionada entre sus corresponsales:

> Por lo que a mí toca, he tomado mi partido: me declaro en contra del volumen y grandiosidad en todas sus formas, y en favor de las invisibles fuerzas moleculares que actúan de individuo a individuo, colándose por las hendeduras del mundo como otras tantas radículas sutiles o como las filtraciones capilares del agua, y que, sin embargo, si se les deja el tiempo suficiente, destruyen los más firmes monumentos del orgullo humano. Mientras más voluminosa es la unidad con que uno trata, más hueca, brutal y falaz es la vida que ostenta. Por eso estoy en contra de las organizaciones enormes, y, sobre todo y con mayor razón, en contra de las organizaciones nacionales; contra todos los grandes triunfos y los grandes resultados; y en favor de las eternas fuerzas de la verdad que actúan siempre en forma individual y sin éxito inmediato, haciendo trabajo de zapa, hasta que al cabo la historia las pone de relieve, mucho tiempo después que las grandes organizaciones pasaron.

Si James hubiera vivido diez años más y hubiera presenciado la guerra y la terrible confusión subsiguiente en que la desatinada ceguera de las "grandes organizaciones" sumiera al mundo, no le habría parecido necesario agregar, como lo hizo, que sus palabras a este respecto serían probablemente "del todo ininteligibles para cualquiera otro que no sea yo mismo." La verdad que expresan es precisamente la misma que la guerra y sus efectos ulteriores han hecho inteligible para todo el mundo. Vemos por un lado a las grandes organizaciones, "sobre todo, a las nacionales," afrontando dondequiera problemas que son enteramente incapaces de resolver; intentando dirigir la acción de fuerzas que están intrínsecamente fuera del dominio humano, tanto por su magnitud como por su complejidad infinita; en tanto que, de otro lado, la *pretensión* de resolverlos rodea sus operaciones de una atmósfera de ficción y embuste, que no sólo desacredita al gobierno como gobierno, sino que afecta asimismo el carácter de los políticos y ciudadanos que adoptan semejante norma de conducta. En el empeño de sostener esta ficción, sobre

la cual descansa la existencia misma de las grandes organizaciones, la política del mundo, así nacional como internacional, se convierte en su mayor parte en simple lucha por el mando entre los que ambicionan la curul del poderío; y en esta lucha sacrifícanse los genuinos intereses de la humanidad, de cuya defensa suponemos encargado al gobierno.

James fuê un rebelde, por temperamento a la par que por convicción, contra el método de disciplinar el pensamiento que, comenzando en el campo de la filosofía especulativa, termina por introducir esa fuerza fatídica en el escenario de la historia. En los pasados siglos nuestra civilización ha vivido obcecada por la idea de que el hombre es un ser cuya primera y principal necesidad es *ser gobernado*; pero basta haber leído el primer ensayo de *The Will to Believe* para convencernos de que aquél es precisamente el concepto que James combate desde el principio. La primera necesidad del hombre es que le *enseñen* y no que le gobiernen. En el fondo, el hombre es un ser ingobernable, que en resumidas cuentas no se somete a ninguna ley, "salvo a la que le impone su propio sentido de adaptación." No es posible "mantenerlo en su lugar," por la sencilla razón de que su existencia entera consiste en el proceso de abandonar un lugar en busca de otro nuevo, obedeciendo a un impulso creador que sería un pecado desmentir y un crimen contrarrestar.

Que tal es la conclusión a que finalmente nos lleva "la voluntad de creer," paréceme harto claro en vista del pasaje de las *Letters* que acabo de citar. En este sentido, el "humanismo" y el "americanismo" de James son dos nombres distintos para una misma cosa. A diferencia de su hermano Henry,[2] su corazón estuvo siempre con el tipo de civilización americano más que con el europeo, y los fundamentos de esta preferencia, hasta donde era fruto de la reflexión, encuéntranse en la circunstancia de que en los Estados Unidos se concede a las "fuerzas moleculares" mayor libertad para el desempeño de sus funciones.

"Mí querido Mack," escribe a su cuñado, "nosotros los *intelectuales* de los Estados Unidos debemos trabajar de consuno para conservar nuestros preciosos derechos de individualismo y mantenernos libres de tales instituciones. Toda gran institución es forzosamente un medio de corrupción, por más bienes que pueda producir por añadidura."

También a Mrs. Frances R. Morse: "¡Bendito sea el clima de los Estados Unidos, con su mezcla de franqueza, espontaneidad, ardor e intrepidez de acción! . . . ¡Dios bendiga a los Estados Unidos en general! . . . ¡Y se habla de corrupción! No sabemos en el país lo que significa la palabra corrupción, con nuestras improvisadas y equívocas agencias de superficial soborno pecuniario, comparadas con las fuerzas corruptoras, sólidamente atrincheradas y permanentemente organizadas de la monarquía, la nobleza, la iglesia y el ejército, que penetran hasta el mismo corazón de las clases superiores tanto como de las clases más bajas del pueblo, en todas las naciones europeas (con excepción de Suiza), y adulteran sus móviles, apartándolo del impulso honrado en el arreglo del más sencillo incidente."

Hace más de veinte años que se escribieron estas palabras. No incumbe al autor decir hasta qué punto merecen aún los Estados Unidos las bendiciones que James invocaba sobre su patria. Pero apenas cabe duda de que la guerra y su secuela han dejado a las "grandes instituciones" más expuestas que nunca a caer bajo la influencia de estas fuerzas siniestras. Aun la liga de naciones, designada por sus iniciadores para contrarrestar tales fuerzas, parece correr en los momentos actuales no poco riesgo de ceder a su influjo. ¿Qué habría dicho James de este bien intencionado esfuerzo para curar las "grandes organizaciones" de los vicios que les son inherentes, creando una organización mayor aún, que las abarcara a todas? Nada en estas cartas indica que hubiera bendecido la idea. Es evidente, por de contado, que James era amante de la paz; y si se necesitara mayor prueba, allí está su *Moral Equivalent of War* (El equivalente moral de la guerra). Pero en este asunto, como en muchos otros, imagino que le hubiéra-

[2] Véase INTER-AMÉRICA, número correspondiente al mes de mayo de 1921, página 41, artículo titulado: "Memorias epistolares de Henry James."—LA REDACCIÓN.

mos encontrado a favor de las fuerzas moleculares y en contra de las grandes organizaciones.

IV

A LOS ojos de quien escribe, Wílliam James aparece como precursor de una época en que la educación habrá de convertirse en la preocupación fundamental de la humanidad, y el gobierno en preocupación secundaria; en que el saber se estime en más que el poder: orden que invierte su posición relativa en el momento actual. De su opinión general sobre el universo, y sobre el hombre como elemento creador dentro del universo mismo, se deduce que el problema de desarrollar las energías latentes del espíritu humano es de muchísimo mayor importancia que el de dominar por medio de sistemas reguladores las energías que ahora se encuentran en acción. Podemos aventurar, con todo, que el segundo problema, en el cual se concentra hoy toda nuestra actividad política, se resolverá únicamente cuando hayamos logrado acercarnos a la solución del primero. Concediendo a los hombres mayor libertad de acción y mayores oportunidades, estableceremos las únicas condiciones en que puede florecer la moralidad personal, social y nacional. En cualesquiera otras condiciones son imposibles las relaciones justas entre los individuos y entre las naciones.

El conjunto entero de doctrinas que giran alrededor de "la voluntad de creer" debe estudiarse de nuevo, por consiguiente, a la luz de la historia de los últimos diez años transcurridos. En la concepción de un "bloque universal," contra el cual nunca cesó James de levantar la voz, se encontrará el progenitor y prototipo de todos los sistemas fijos, ora de orden social o de ideas religiosas, que sucesivos aspirantes al poder han tratado en vano de imponer a un mundo renuente, distrayendo así energías necesarias para la educación de la humanidad en una pugna por el predominio, que gira en un sempiterno círculo vicioso y cuyos frutos principales son la miseria y la ruina.

Según confesión propia, James dejó incompleta su obra; comprendió que sólo había edificado "un extremo del arco." Quedará completa el día en que aparezca un espíritu bastante poderoso para aplicar el principio del pragmatismo a los grandes movimientos de la historia humana que se desarrollan en estos momentos. No hay peligro de que sus enseñanzas caigan en olvido; la marcha de los acontecimientos las traerá de continuo a la memoria; y aunque la forma en que fueron expresadas pueda alterarse, el espíritu que las inspiró sobrevivirá, ejerciendo influencia cada vez mayor sobre la forma de la civilización venidera. Wílliam James representa probablemente la mejor contribución que hasta ahora hayan ofrecido los Estados Unidos para el establecimiento de una comunidad definitiva del género humano; pero comunidad que no habrá de ajustarse al tipo de ninguna de las "grandes organizaciones" ahora en existencia.

Podría alegarse que lo que aquí nos interesa es el hombre y no sus doctrinas. Repetiremos, a modo de respuesta, que ambos son uno en esencia. Al revelarnos esta unidad, Mr. Henry James nos ha mostrado a su padre como realmente era; ha rendido a su memoria el tributo más adecuado, y ha ofrecido al mismo tiempo una contribución de alta importancia a la literatura patria. El cuadro que presenta pone de relieve en todas sus partes los valores fundamentales de la vida y las obras de Wílliam James, y deja en quienes le conocieron la impresión de un retrato viviente.

En el conocido sermón de Phillips Brooks titulado *The Candle of the Lord* (La luz del Señor), hay unas cuantas frases que a mi parecer resumen al hombre tal como aquí le describimos, y se me perdonará que las cite por extenso:

> Existe en cierta comunidad un hombre de gran carácter, cuya influencia se extiende por doquiera. No es posible ponerse en contacto con todos y cada uno de los individuos de la ciudad; pero se percibe, expresados en el propio estilo de aquel hombre, las mismas ideas y sentimientos de la figura central que ha enseñado a la comunidad a pensar y a sentir. Aun en los niños se observa esta influencia, pues tienen en sí algo de que carecerían si él no viviera en la ciudad. ¿Qué mejor definición de este hombre podría darse sino decir que su vida era una llama, y la vida de los demás, bujías que él había encendido y en las cuales se multiplicaba de mil maneras su naturaleza opulenta, cálida, vívida y fértil, de suerte que su resplandor iluminaba la ciudad entera?

A CAMPO RASO[1]

VIAJE DEL *DINGBAT OF ARCADY*

POR

MARGUERITE WÍLKINSON

Si el alimento se asimila a la persona, y la persona está hecha de los alimentos, el sustento que ofrece la existencia al aire libre, en pleno contacto con la naturaleza, y absorbiendo con el puro ambiente de los campos, ríos y selvas el vigor de las simples vituallas silvestres, es lo que puede dar al hombre la plenitud de vida que se traduce en fortaleza y salud de espíritu y de cuerpo, en simpatía fraternal por sus semejantes. Tales son las ideas que desarrolla la autora en una festiva descripción de las aventuras corridas con su esposo en numerosas excursiones a campo abierto.—LA REDACCIÓN.

Es cosa muy singular—
A la verdad, sorprendente—
Que lo que come la gente,
En gente se ha de transmutar.
—WÁLTER DE LA MARE.

LA METAMÓRFOSIS de los alimentos es algo maravilloso, en realidad. Shákespeare era un compuesto de harina, legumbres y carne de animales. Podría decirse sin temor de errar que la constitución del más ilustre de los americanos de hoy está formada de tortas de trigo moreno. Si un cerdo comiera ambrosía, la ambrosía se convertiría en cerdo. Aunque nos alimentáramos de rosas, no por ello tendríamos necesariamente aroma; ni quien tomara diariamente nabos indios como cena se tornaría por eso indio. Y sin embargo. . . .

La clase de alimentos influye indudablemente en la complexión. La alimentación convencional y siempre la misma no produce la sensación de refrigerio que se obtiene de las vituallas frescas, silvestres y sencillas del campo y de los bosques. Desde luego, no faltan en cada localidad dietéticos dogmatizadores capaces de ingerir hasta automóviles viejos, si los juzgaran productores de calorías esenciales en forma soluble. Hay también idealistas que desdeñan el alimento por lo que tiene de material, y que no comerían a no ser por el estímulo incontrastable del hambre. Y por último, hay también dispépticos intelectuales que devoran mentalmente a Freud (sin poderlo digerir), cuando deberían comer manzanas.

Nunca me han atraído las excursiones campestres que incluían un gran número de individuos; pero cuando pienso en todas esas pobres gentes me siento invadida del deseo muy femenino de apoderarme de ellas y transportarlas a los bosques o a los campos de labranza, en viaje tan placentero como el que Jim y yo vamos a emprender. Las llevaría a lugares donde son desconocidos los psicoanálisis, las calorías y las exageraciones idealistas, y donde cada animal y cada persona se interesa digna y honradamente por su alimento. Y después, cuando el hambre se dejara sentir en toda su plenitud, me gustaría encenderles la más hermosa fogata del mundo y preparar el estofado providencial.

Quisiera que Lamb[2] viviera aun en estos tiempos: estoy segura de que escribiría sobre el estofado haciéndole justicia. Pero al presente debe haber olvidado hasta el lechoncillo al horno. En todo caso, como no soy espiritista, no puedo contar con su cooperación; y debo describir yo sola el estofado providencial, comenzando por la fórmula:

Ponga usted en una olla grande cuanto quiera
Y llénela con cuanto se le antoje;
Remueva el todo con lo que encuentre
Bajo los árboles de los alrededores.

Si alguien viene, y de comer pidiere,
Sírvale como a usted le sea grato;
Pero nunca, nunca, nunca olvide
Poner un trébol de cuatro hojas en el plato.

Ésta es una fórmula muy buena, y del

[1]Tomado del *Scribner's Magazine* de septiembre de 1921, por especial permiso de Charles Scribner's Sons. —LA REDACCIÓN.

[2]Charles Lamb, notable literato, crítico y humorista inglés (1775-1834): alusión a uno de sus cuentos festivos, titulado *Dissertation on Roast Pig*, famoso en la literatura inglesa.—LA REDACCIÓN.

tipo de las convencionales que omiten los detalles más importantes. Las mejores fórmulas nunca dan la historia completa. Si lo hicieran, la cocina perdería su encanto de novela, en tanto que así el arte culinario tiene un sabor romántico.

¡Imaginaos la recomendación de poner un trébol de cuatro hojas en el plato! Muchas veces es imposible encontrarlo. Apenas si en dos o tres ocasiones logramos descubrir alguno Jim y yo en nuestras excursiones, aun cuando acampamos al raso todo el verano; pero, no obstante, teníamos estofado providencial casi todas las noches. He aprendido a substituir hábilmente el trébol con tres blancos pétalos de fresca margarita, o con una larga y complaciente baya de pino aromático. Estas bayas tienen una magia peculiar, tan apreciable como el encanto del trébol. Cuando las buenas recetas exigen algún ingrediente difícil de obtener, la cocinera inteligente debe substituirle con lo que tiene a mano.

Una vez conseguido el substituto conveniente para el trébol, el excursionista queda expedito para buscar "cuanto quiera" y "cuanto se le antoje." "Cuanto quiera" significa por lo general legumbres para nosotros; y cuando viajamos por comarcas agrícolas, pescado o caza silvestre. En Óregon casi siempre se traducía por zanahorias, porque las hay en abundancia. En el este significaba a veces flacas rutabayas, repollos reventones, pepinos ictéricos, rábanos gordos, presuntuosas coles y viejas remolachas, combinación tanto más divertida cuanto más variada. En otros casos quería decir maíz tierno, suculentos tomates, delicados guisantes. Siempre que se viaja en busca de aventuras, se corre el albur; pero nosotros tratamos de combinar los rústicos elementos del estofado provisional poniendo en juego imaginación, sensibilidad refinada y perspicaz intuición.

Las legumbres se cortan, por supuesto, en trozos, de manera que todas queden perfectamente cocidas al mismo tiempo. Las duras y viejas deben cortarse en pedacitos pequeños, agregándose las verduras frescas y tiernas cuando las otras estén a medio cocer. La olla en que se ponen a hervir debe llenarse de agua ("cuanto se le antoje") hasta que las legumbres queden cubiertas, sin dejarlas flotar. Cuando ya están del todo cocidas puede agregarse el contenido de un pequeño pote de leche evaporada para que el líquido se espese. También puede usarse manteca de vaca o aceite de olivo. Entonces se obtiene un plato digno de los grandes de la tierra, aromático, caeliente, substancioso.

El estofado providencial resulta naturalmente mucho mejor si se le agrega alguna sorpresa. Una sorpresa es algo que se encuentra inesperadamente. En cierta ocasión, en el sur de California, me hallaba en la playa preparando el estofado cuando descubrí un enorme marisco de los llamados "pismo," reposando tranquilamente a mis pies. Por cierto que no fué el temor del peligro lo que decidió su destino. Su grueso y estólido caparazón de seis pulgadas eliminaba toda posibilidad al respecto. Lo cogí, sin embargo, y lo eché a la olla en compañía de mis patatas y cebollas. Quizá si se congratulara de morir por una buena causa.

Otras veces me han proporcionado deliciosas sorpresas pequeños mariscos encontrados en las rocas bañadas por la alta marea. Navegando por los ríos he cogido también pezecillos de agua dulce, cotos, rémoras y otros semejantes, insípidos si se sirven solos, pero que una vez cocidos ligeramente, desollados y deshuesados, eran bastante buenos agregados al estofado. Alguna solitaria y última morcilla descubierta en el fondo de la caja de provisiones, un resto de jamón, o una desigual lonja de tocino cortada en pedacitos, dan un sabor delicioso a cualquier estofado de legumbres. Un día hice un estofado de puerco espín. Era muy difícil desollarlo, pero yo no me lancé a esta operación: las piernas eran la parte mejor y más nutrida, y tenían gusto muy agradable, semejante al del cordero tierno.

Aquello de lo que "a usted le sea grato" en la fórmula, puede traducirse en la práctica por tortadas, si se viaja por lugares donde pueda conseguirse pan. ¡Qué tostadas más excelentes se hacen al rescoldo del fuego en que se cuece el estofado! Tiernas y quebradizas, exhalan un perfume que sugiere una posible musa del arte culinario. Su color es de un rico, igual y atractivo castaño, semejante al de las hojas del roble en otoño. Y dígase de paso que quien ha

tomado tostadas y estofado providencial en cantidad suficiente ha hecho una opípara comida.

Además, no hay ordenanza alguna en contra de los postres; y las fresas silvestres de las orillas del camino, pequeñas y perfectas poesías hechas en colaboración por el sol, la lluvia y la generosa tierra, suministran un postre delicioso. No hay fresas mejores que las de Maine y Nueva Brúnswick. Crecen en profusión en largos y hermosos tallos, brillantes con el rocío, que no atenúa el encendido color que ostentan. He dormido en sitios donde sin levantarme podía cogerlas para mi *petit déjeuner*. Recuerdo un terreno baldío y elevado en New Hámpshire donde las moras dulces y azuladas que uno jamás se harta de saborear, son motivo suficiente para dar gracias después de comer. Me he destrozado a veces sin reparo las manos y el cabello por coger frambuesas rojas y negras entre la maleza de escarpadas y pedregosas laderas. En las orillas del Tobique he encontrado y comido las raras, jugosas y lucias cerezas de arenal o ciruelas de playa. Es admirable cómo crecen, en largas ramas que brotan de la arena doblándose de nuevo sobre sí mismas; y tienen un sabor romántico de corteza de naranja. He saboreado también las menudas pirolas, que se toman como una menta después de la comida. Pero el recuerdo de las moras está asociado con el de nuestros más felices tiempos de aventuras. En cierta ocasión en que no pudimos conseguir provisiones de otra clase fueron nuestro único alimento por varios días.

Fué en Óregon, cuando hacíamos un viaje a lo largo del río Willamette en *The Dingbat of Arcady*, bote construído por nosotros mismos en día y medio. Habíamos dejado atrás la ciudad de Sálem sin hacer provisión adecuada de víveres, pensando comprarlos en las granjas del camino; mas, por uno u otro motivo, no encontramos granjeros que tuvieran comestibles de venta, y por un largo trecho de río, antes de llegar a Néwburg, tuvimos que ponernos a ración. Por último, llegó el momento en que sólo tuvimos azúcar y te para desayunarnos, sin nada de leche, y apenas una pequeña galleta para cada uno. Nos conformamos con esta ligera refacción al amanecer, ansiosos de llegar cuanto antes a Néwburg y refocilarnos con una buena comida.

A eso de las dos de la tarde distinguimos un cortijo cerca del río. Salté a la orilla, arañándome brazos y piernas en las piedras y cardos silvestres, y corrí a la casa a través de un prado. Encontré a la puerta a una robusta anciana de origen escandinavo, a quien pregunté si podía vender algunas hortalizas a dos viajeros hambrientos.

—Tengo una cebolla—dijo;—pero la quiero para mi comida.

—¿Tiene usted fruta?

—Tengo una manzana.—

La quería también "para" su comida. Me explicó que sus hermanos estaban a cargo de la granja, y tenían otra, tierra adentro, en donde cultivaban legumbres y fruta para el consumo de ambas, proveyéndola de lo necesario cuando bajaban al río. Debió notar en mis ojos una expresión hambrienta, porque se quedó un momento mirándome fijamente, como reflexionando. Luego, con una sonrisa llena de arrugas, me preguntó:

—¿Come moras?—

Yo estaba casi a punto de comer heno, y asentí prontamente. Me señaló entonces al otro lado de la dehesa un soto de donde colgaban zarzas en abundancia, centelleando a la plena luz del sol sus negros y brillantes frutos.

—Coma lo que quiera, y lleve lo que quiera. Tengo mucho aquí,—dijo.

Le di las gracias con tal entusiasmo que debió sorprenderla. Luego eché a correr al río, dando voces a Jim y recomendándole que trajera algo en que acarrear las moras. Al cabo de un minuto estuvo a mi lado, trayendo un periódico viejo en que habíamos envuelto algunos vestidos. Nos lanzamos juntos en dirección del matorral, y dejando el papel en el suelo, nos pusimos a comer.

Durante un cuarto de hora no hicimos sino coger y engullir moras sin que interviniera mucha conversación. Nunca había sido yo muy aficionada a este fruto; pero esas moras eran las mejores que había comido en mi vida: precisamente en sazón, enormes, llenas de jugo por las recientes lluvias, tibias y azucaradas por efecto de varios días de cálido sol. Se deshacían

en la boca y desaparecían silenciosamente por decenas y por docenas.

Cuando hubimos comido tantas como era posible, tantas como permitía la prudencia, recogimos una buena provisión para llevar con nosotros. Amontonamos cosa de un celemín en el periódico, y regresamos al *Dingbat* con nuestro tesoro.

Las moras se asimilaron muy bien a nuestra naturaleza, lo cual fué una suerte, pues apenas tuvimos otra cosa que comer durante varios días. Al caer la tarde de aquel mismo día encontramos una granja de productos lácteos, y compramos un litro de crema riquísima; pero no fué posible conseguir que el propietario nos vendiera nada más. Para la comida tuvimos moras nadando en esa crema con bastante azúcar, y puedo asegurar que hay platos más elaborados que no saben tan bien.

Mientras nos entregábamos a este idílico banquete, poéticamente sentados en la arenosa playa formada por un brusco y caprichoso recodo del río, realzando la perspectiva grandes abetos que se alzaban en las colinas, muy lejos de la ribera, comenzó a llover. Era tarde, y no queríamos navegar con lluvia, mojándonos precisamente al anochecer; ni estábamos seguros de encontrar, si avanzábamos, sitio mejor donde acampar. Por consiguiente, decidimos atracar el *Dingbat* a la orilla. No traíamos tienda. Acampábamos comúnmente en los boscajes, ateniéndonos al follaje de los arces como techo protector, de manera que al faltarnos esta vez se hacía complicado el problema de procurarnos abrigo. Hubimos de acudir pues, en tal emergencia, a las inapreciables tiras de lona que nos servían para resguardar las mantas; las colgamos por mitad en una cuerda atada entre dos arbustos, a cosa de sesenta centímetros del suelo, y asegurando con estacas los extremos, improvisamos una especie de tienda que, aunque baja y pequeña, daba un resultado casi satisfactorio. Y razón me asiste para decir casi, porque si queríamos tener los pies en seco quedábamos con la cabeza al raso, recibiendo la lluvia; y si preservábamos ésta, nos mojábamos los pies. Pero como los árboles estaban demasiado distantes para poder acogernos a su abrigo, tuvimos que ingeniarnos para pasar esta húmeda noche lo menos empapados que fuera posible. Además de cuanto podíamos resguardar de nuestras personas pusimos bajo el pequeño tinglado una docena de leños a fin de conservarlos secos para encender fuego el día siguiente. También pusimos en salvo el resto de nuestra crema para evitar que se diluyera o echara a perder con el agua. Y a pesar de que el lecho de arena es la piedra de toque de la resistencia del viajero, dormimos bastante bien. A la mañana siguiente encendimos fuego, hicimos te, que tomamos con lo que quedaba de crema, y nos regalamos con algunas moras. Al mediodía tuvimos de nuevo moras por almuerzo, no habiendo descubierto paraje alguno habitado donde comprar comestibles. Hacia el anochecer de otro día pasado de igual manera, sintiéndonos fatigados y hambrientos, condujo Jim el *Dingbat* hacia una pequeña ensenada próxima a un sitio en que se ensanchaba el río y donde divisamos dos o tres rústicas casitas en la orilla. Jim fué a tierra en busca de víveres, dejándome entre tanto al cuidado de nuestros enseres.

Quizá la etérea alimentación de moras en la semana anterior había nutrido mi espíritu; no lo sé. Lo cierto es que, sentada a la popa del *Dingbat,* contemplando la salida de la luna por entre los obscuros abetos al lado opuesto del río mientras el firmamento continuaba todavía azul con la luz del día, me invadió un sentimiento de adoración y éxtasis. El agua, que azotaba suavemente los costados de la barca en ritmo prolongado, suave, arrobador, parecía adormecer todo anhelo material, todo deseo de alimento que no fuera el que procuraba al espíritu el espectáculo de tan exquisita belleza. Era uno de aquellos momentos de percepción radiante que se apodera a veces de todos los humanos, y en los cuales la palabra es imposible, a menos que se traduzca en reminiscencias de poesías olvidadas y que vuelven a la mente en el instante preciso.

Quizá el bosque de abetos o la luna fué lo que me hizo recordar el *Song of Conn the Fool* de Fannie Stearns Davis, cuyas estrofas acudieron espontáneamente a mis labios:

Iré a la montaña en busca de la luna,
  Prendida entre las ramas de un abeto,
Como una gigantesca y pálida manzana,
  Con la palidez de las perlas y la plata.

Mientras me repetía a mí misma el canto en voz baja, siguiendo el hábito feliz de los poetas y los locos, aparté la vista un momento de la luna para mirar la nítida superficie del río. Y allí, misteriosa como si estuviera guiada por un Caronte invisible, divisé una gran barca chata que venía hacia mí impulsada por un par de remos más largos que los que usaba Jim para el *Dingbat.* Cuando estuvo cerca, observé que el Caronte que la conducía era una chiquilla de diez años más o menos, acompañada de varios hermanitos y hermanitas. Remó hasta poner su barca al costado de la mía, y me miró con solemnidad por espacio de uno o dos minutos. Yo también la contemplé solemnemente. Luego, convenciéndome de que su aparición no afectaba en modo alguno el dichoso estado de mi espíritu, decidí compartir con ella mis impresiones. Descubrí que era capaz de hablar con estos pequeños y tímidos extranjeros sin perder la sensación de encanto que invadía mi ánimo cuando se presentaron. Completaban la magia del cuadro.

Preguntéles si les gustaba la poesía. Me contestaron que sí, con cierta vaguedad, quizá con recelos, pero no obstante, cortésmente. Parecía más bien que estaban dispuestos a recibirla con agrado, aunque no se sentían del todo seguros de haber oído antes nada que así se llamara. Y temiendo que ellos no se decidieran a pedírmelo, les propuse yo misma recitarles versos. Aceptaron con grave cortesía, permitiéndome comenzar.

Les repetí *The Song of Conn the Fool.* Ni el más pequeño ruido interrumpió la música de los versos, excepto el manso murmullo de las aguas batiendo el costado de los botes. Cinco caritas me miraban intensamente mientras les señalaba la blanca luna sobre los abetos. Cuando terminé, la chicuela exhaló un largo suspiro, y uno de los hermanitos pidió con vocecita atiplada:

—Diga otro.—

¡Les había gustado! No era cuestión de detenerse. Les recité *Souls,* explicándoles después que las almas son parte de la anatomía intelectual que se discute por lo común en los templos y escuelas dominicales, pero que tienen una existencia propia, fuera de aquellas excelentes instituciones. En seguida declamé *The Cloud,* de Sara Téasdale, y varias otras poesías líricas. Mi auditorio escuchaba hondamente interesado, volviéndose locuaz tan sólo en los intervalos entre una y otra poesía.

Pero el tiempo pasaba, y Jim regresó trayendo comestibles: ¡huevos y legumbres al fin! Cruzamos el río para acampar donde no hubiera casas; preparamos la comida, comimos y dormimos apaciblemente.

A la mañana siguiente regresamos al lugar donde se levantaban las casitas, ansiosos de proveernos de víveres suficientes para sustentarnos razonablemente uno o dos días. Al extremo de un sendero que conducía a la ensenada encontramos a la chicuela que dirigía su barca la noche anterior. Nos había visto venir, y nos traía una cesta de fresas silvestres cogidas expresamente para nosotros. Metí al punto la mano en la cesta y saqué un puñado de la rosada fruta, fresca, fragante, y con el saborcillo acre peculiar de esta clase de fresas.

Subimos juntos la senda para ir al encuentro de sus hermanos y saludar a su madre, que vivía en una de las casitas: cabaña bastante baja y tan deteriorada que parecía a punto de perder el equilibrio y desplomarse. A la puerta estaba la madre de los niños que habían formado mi auditorio, mujer de aspecto fatigado y aire bondadoso. Acercóse a recibirnos.

—¿Es usted la señora que recitó versos a los chicos?—

Contesté afirmativamente, preguntándome si no me iría a regañar.

—No se durmieron hasta las doce, hablando de eso,—dijo.—No se podía hacerles callar.

—Temo que no le haya gustado mucho que sus niños estuvieran despiertos hasta tarde por causa mía,—dije con tono deprecatorio, con vívidas reminiscencias del desagrado de mi madre cuando alguno de sus seis no quería dormirse. Pero esta madre me tranquilizó.

—¿No querría usted recitar esos versos para mí?—preguntó, meditabunda.

¡Qué suerte! Por cierto que quería. Sentóse en las gradas del pórtico y reunió a su prole en torno suyo. Yo permanecí de pie en el sendero, a la plena luz del sol.

Mi cabello estaba sujeto atrás en un nudo bastante feo. Tenía las manos y la cara manchadas con el jugo de las fresas. Llevaba una falda color *khaki*, ennegrecida por el humo de muchas fogatas; y a guisa de corpiño, una camisa vieja de mi marido, con el cuello abierto y las mangas cortadas al codo. Cualquier auditorio urbano se habría detenido a mirarme, pero no me hubiera hecho ningún caso. Mi auditorio de las orillas del río, sin embargo, me escuchaba con placer; y no recuerdo haber sentido yo mayor deleite al recitar las estrofas de una poesía. Les repetí cuantas pude recordar.

Cuando terminó el programa, la madre entró a la casa y volvió trayéndome en señal de gratitud una docena de pepinos, una hogaza de pan fresco, un trozo de manteca, zanahorias y lechugas, sin querer aceptar nada en pago. Así, con alegría de corazón, nos agradecimos mutuamente los dones que cada cual había dado y recibido. En seguida, Jim y yo nos embarcamos de nuevo en el *Dingbat*, alejándonos lentamente de la orilla. Cinco figurillas se mantenían de pie en la parte más elevada de la ribera para vernos partir. Les enviamos nuestros adioses tan largo tiempo como fué posible. Luego el río formaba un recodo, y dejamos de vernos, probablemente para siempre. Me he ganado el pan, y también las fresas, de muchas maneras; pero nunca me supieron tan bien como esta vez en que los gané compartiendo el goce de la poesía.

Recuerdo otra apreciable dádiva de comestibles que recibimos después de haber cruzado el Columbia y penetrado en el pequeño río Lewis. Habíamos avanzado aquel día hasta la confluencia de ambos ríos con el propósito de pescar truchas salmonadas; pero no cogimos ninguna. Al ponerse el sol bajamos de nuevo hasta la embocadura, y preguntamos a un pescador que vivía en una barcaza transformada en habitación y sólidamente atada con cadenas a estacas enclavadas en la orilla, si podríamos acampar en la ribera, pero cerca de su morada, para pasar la noche. Pareció sorprenderle la pregunta, porque no era dueño del terreno; pero dijo que probablemente no había en ello ningún inconveniente. Agradábale tener vecinos. Él, su mujer y su socio, dijo, estarían a la mano si necesitábamos algo.

En un bosquecillo a corta distancia encendimos fuego y preparamos el estofado providencial únicamente con patatas. A la media hora estaba listo, y nos pusimos a comer. En esto vimos a nuestro amigo el pescador que venía hacia nosotros llevando algo en equilibrio, levantando en alto ambas manos, como acostumbran los mozos de fondas baratas. Cuando estuvo cerca hízose evidente que traía en una mano una bandeja con bollos calentitos, y en la otra un pastel de manzanas.

—Mi mujer pensó que esto les gustaría para la cena,—dijo.

¿Nos gustaría? Semanas hacía que vivíamos principalmente de estofado providencial y de galletas. Pastel y bollos desaparecieron rápidamente. Después de comer fuimos a la casa-bote a dar las gracias a la mujer del pescador. Nos hicieron sentar en su desembarcadero y nos pusimos a conversar.

Los dos hombres poseían y manejaban un bote automóvil para pescar en el Columbia. Nos preguntaron si habíamos tenido buena suerte en nuestra pesca de truchas salmonadas en el Lewis, y hubimos de confesar que fracasamos por completo.

—¿Qué clase de cebo pusieron?—preguntaron otra vez.

—Gusanos,—replicamos inocentemente.

Echáronse a reír de buena gana.

—Con eso no las pescarán en su vida. Hay que usar huevos de salmón.—

Y aprendimos entonces la complicada ciencia de la pesca de truchas salmonadas. Estos peces se alimentan de los huevos del salmón grande. El pescador necesita ante todo procurarse estos huevos, que mezcla con azúcar granulada para darles consistencia. Cuando están algo endurecidos y no se deshacen fácilmente, pone parte de su provisión en un pequeño saco con algunas piedras. Arroja luego el saco en mitad del río precisamente arriba del sitio en que se propone pescar. En seguida ceba un largo sedal con dos o tres huevos de salmón, le pone un plomo pesado y lo tira algo más abajo que el saco en la dirección de la corriente; hecho esto, regresa a la orilla, y espera.

Siguiendo estas instrucciones no transcurrió mucho tiempo sin que viéramos recompensados nuestros esfuerzos. Atrapa-

mos un hermoso pez, saltador y plateado, que relumbraba en el agua mientras recogíamos el sedal, brillando al sol como la moneda recién acuñada. Bajo su piel plateada era de color rosa claro como el del salmón, y más sabroso al paladar que cualquiera otra clase de truchas de las que he probado. Desde entonces, el día que pescábamos una o dos truchas—lo que significaba una buena comida—era día festivo.

El pescador, su mujer y su socio resultaron personas amistosas y agradables, y nos organizaron una alegre partida de pesca. Vinieron primero a tomar el desayuno con nosotros, bajo nuestro árbol; les preparamos tortas y café campestre, y aquello fué un banquete. En seguida nos amontonamos todos en el bote pescador automóvil, cruzamos el Columbia, y subimos por el perezoso Willamette Slough, fangoso y feo brazo de un hermoso río. Nuestros amigos nos llevaron a un remanso cenagoso donde abundaban los barbos, de la especie que llaman en el este "cabeza de toro." En una hora pescamos sesenta y cinco muy buenos, y juzgamos que era suficiente. Comimos el almuerzo que habíamos traído, y regresamos en triunfo al campamento. Los pescadores tomaron su parte, y enseñaron a Jim la manera de desollar a los nuestros. Es necesario quitar la piel a esta clase de barbos para que tengan buen gusto.

En la tarde enderezamos al *Dingbat* río arriba contra la corriente para ir a acampar cerca de una granja donde esperábamos encontrar agua potable, leche y legumbres para la comida. Yo me dirigí allá con este objeto mientras Jim quedaba en la orilla lavando nuestro pescado. Cuando volvía de realizar mis compras vi al joven labriego propietario del cortijo, parado detrás de Jim en la ribera, contemplando ávidamente nuestro botín.

—¿Le gustan barbos?—le pregunté.

—¡Puede usted apostarlo!

—Llévese algunos para la comida,—dijo prontamente Jim.

El campesino rehusó cortésmente. No lo había dicho con ese objeto, protestó. Pero le instamos a aceptar unos cuantos, porque eran tantas las personas que nos habían obsequiado comestibles que estábamos deseosos de ofrecer también algo nosotros. Por último, tomó algunos, que llevó a su esposa. A poco se presentó ésta, trayéndonos mazorcas de maíz tierno, un puñado de jugosos pepinos, lechuga y vinagre para aderezarlos, y un jarrito de crema. Me propuso ir con ella a un pequeño campo de fresas en la dehesa a coger un poco de fruta para los postres. Accedí gustosa, y por primera vez en nuestro viaje tuvimos una verdadera comida de dos platos. Después de comer subimos a la granja y pasamos la velada en la salita de los dueños, admirando a su hermoso chiquillo y hablando de generalidades; que es el mejor tema de conversación cuando uno se encuentra en disposición sociable.

CUANDO volvimos a las costas del Atlántico nos dijeron que los campesinos de este lado no se manifestarían tan hospitalarios como los del oeste. Pero nuestra primera aventura en el estado de Nueva York nos probó que tal aserción era equivocada. Viajábamos esta vez en nuestro pequeño y cómico automóvil Ford. El tiempo lo había maltratado duramente, y su apariencia demostraba los estragos de los esguinces y esfuerzos sufridos; pero Frankie Ford estaba aún muy lejos de darse por vencido. Su radiador estaba abollado y torcido, su cubierta se inclinaba lastimosamente hacia atrás; pero, ¡qué alma la suya! ¡qué motor el que poseía! ¡Seguíamos y seguíamos adelante, y el vehículo tan contento!

Era a principios de abril, y ascendíamos la margen oriental del Hudson, cerca de Troy, cuando cambió el tiempo. Había estado apacible y suave; los sauces echaban brotes en los pantanos, y los matorrales adquirían tonos rojizos, cuando de improviso se enfrió la temperatura y comenzó a llover. Cruzamos a la orilla occidental y nos dirigimos hacia el sur, comprando al paso una libra de carne en uno de los villorrios con el objeto de asegurar algo para la cena. El termómetro bajó, y la lluvia se convirtió en menudo granizo. Esto nos dió que pensar. Nuestra tienda podría soportar el agua sin romperse, pero, ¿y el hielo? Estaba hecha de una tela ligera impermeable; el hielo podía cortarla.

Estudiábamos el problema mientras seguíamos adelante por magníficos caminos regionales, bajo una lluvia gris, monótona,

helada, cuando distinguimos delante de nosotros una alta y espaciosa alquería, de estilo antiguo, que se alzaba cerca de un amplio pajar. La casa tenía aspecto hospitalario y benévolo. Ciertas residencias parecen impregnarse del ambiente de sus dueños. Y por entonces nos hallábamos helados y mojados, y comenzaba a soplar el viento. Jim se dirigió a la puerta de la granja y pidió que nos permitieran dormir en el pajar.

La señora de la casa nos examinó con mirada inquisidora, y luego nos invitó a pasar la noche en su cuarto de huéspedes. Pero era contrario a nuestros principios aceptar la invitación. Cuando se viaja acampando al raso no se hace sólo por placer, sino también por disciplina. El viajero que toma fácilmente la senda suave corre peligro de perder los rudos goces de la vida al aire libre. Nuestra conciencia de excursionistas nos reprochaba aún la comodidad del pajar; pero nos tranquilizamos pensando que no debíamos exponernos a malograr nuestra tienda. Explicamos todo esto a la bondadosa señora en el umbral de la puerta. Nos permitió, en consecuencia, pasar la noche en su henil; pero no quiso que hiciéramos uso de nuestro primitivo método para cocinar. Nos condujo a un tinglado donde había estado planchando toda la tarde, y donde todavía ardía un buen fuego, instándonos a aprovecharlo para calentarnos y preparar la comida. ¡Fué un lujo extraordinario! Cocinamos la libra de carne con algunas cebollas, e hicimos chocolate. Mientras nos regalábamos con festín tan opíparo, nuestra huéspeda vino trayéndonos una lata de cerezas en conserva para postre. Estaban deliciosas, muy bien preparadas, jugosas y dulces. Nos obsequió también una docena de enormes manzanas, preservadas durante el invierno en la frescura del sótano. Hicimos alegremente los honores a tan suntuoso banquete; y, después de poner las cosas en orden, nos retiramos al pajar.

Era éste muy limpio y bien aireado. Pusimos en un rincón unas cuantas horquilladas de heno, tendimos encima nuestras mantas, y nos entregamos al sueño, escuchando lo que Hamlin Gárland llama jovialmente "el confortable rumor" de "los caballos masticando el heno."

Con idéntica amabilidad fuimos tratados otra vez en Escocia. Habíamos viajado por todo Yórkshire y a través de Wéstmorland en una combinación de bicicleta y carruaje, que en la jerga característica de los Estados Unidos se llama "matamujer." Había llovido a intervalos, más repetidos que espaciados, por una o dos semanas. Llevábamos nuestra tienda, lo cual nos permitía conservarnos en seco durante la noche, acampando en medio de senderos y arboledas; pero durante el día caminábamos por las calzadas húmedas, con el cielo abierto sobre nuestras cabezas indefensas, tratando de dilucidar si mojaba más la lluvia inglesa o la neblina escocesa El día estaba avanzado, y habíamos cruzado la frontera de Escocia cuando llegamos a un pequeño cortijo a la orilla del camino. Un bosquecillo cercano parecía sitio conveniente para acampar. Jim bajó del vehículo y se acercó a la rústica morada a preguntar si nos permitirían levantar la tienda en el bosque para pasar la noche. La mujercita que salió a la puerta no tenía autoridad para darnos el permiso, pero envió a Jim a "la casa grande" a solicitarlo, asegurándonos que probablemente lo obtendríamos.

Por una u otra razón me había quedado yo en medio del camino, goteando por cada pliegue y extremidad de mi vestido, mientras esperaba el regreso de Jim. Estaba calada hasta la piel y muerta de frío. Hacía tres días con sus noches que no me había acercado al fuego. En esto se asomó una muchacha a la puerta de la casita y me llamó.

—Dice mi madre que venga usted a secarse en nuestro fuego.—

Entré, y sentándome, acerqué mis helados pies al enrejado de la chimenea. Mis vestidos comenzaron pronto a despedir un vaho placentero; de mi corpiño se escapaban blancas nubes de vapor. Dije a la linda mujer de ojos negros que veníamos de la distante Nueva York, y ella se imaginó que ese lugar debía estar en el Canadá, cerca de Vancoúver. Su conocimiento acerca de los Estados Unidos era muy limitado; pero el que poseía respecto de las necesidades y aspiraciones humanas era amplio y generoso. Con movimientos suaves y encantadores la pequeña madre arreglaba

la mesa para el te mientras conversaba conmigo agradablemente. Pensé que siendo la hora del te sería cortés de mi parte el retirarme; pero aun no había formulado mi pensamiento en palabras adecuadas, cuando la huéspeda preguntó:

—¿Acostumbra su esposo tomar huevo con el te?—

¡Estaba preparándolo especialmente para nosotros! La familia había tomado el te más temprano. Helada y empapada como estaba, la idea del te me causó una viva sensación de delicia. Y al mismo tiempo, la idea de tan delicada bondad casi me impidió dar las gracias debidamente. Eran genuina y cordialmente hospitalarios, y no quisieron aceptar remuneración alguna por el te. ¡Y qué te!

Lo había tomado en los salones de Londres con Lady Fulana y Lady Mengana, gozando al mismo tiempo del trato de personas cultas y encantadoras: un te exquisito con finísimas rebanadas de pan y manteca. Pero mis amigos escoceses, que pertenecían a un clan de los más antiguos y románticos, me ofrecieron varias clases de pan y manteca, bollos y pastas diversas, y una excelente tarta de ruibarbo. Debíamos tomar tantas tazas de te como quisiéramos, y así lo hicimos; todo amenizado con la charla más agradable del mundo sobre los monumentos y sitios interesantes de los alrededores.

Cuando concluyó el te había pasado la lluvia, o más bien se había despejado la niebla. Nos despedimos contentos y reconfortados, y armamos nuestra tienda en la arboleda. En la noche vinieron nuestros amigos a visitarnos en el campamento. Admiraron la tienda, los lechos de campaña, el hornillo para cocer las provisiones, y nuestro curioso y minúsculo carruaje. Luego sentáronse con nosotros bajo los árboles a conversar.

El dueño de la casa, que no estuvo presente a la hora del te, había querido venir con su mujer, trayendo a sus dos hijos menores: un chico como de diez años y una niña más pequeña: muchachos sanos y hermosos, tímidos como cervatillos. Se me ocurrió que el padre, con su ancho y robusto pecho, debía tener buena voz. Le pregunté si cantaba, y contestó que sí, un poquillo. Jim se comprometió entonces a cantar una canción americana por cada balada escocesa que cantara nuestro huésped; y así se turnaron durante casi toda la velada. Jim cantó *Dixie, Old Kentucky Home* y *The Star Spangled Banner*, cantos que jamás habían oído. El bravo escocés cantó baladas tiernas y sentimentales, muchas de ellas nuevas para nosotros, y todas muy lindas. Una contaba de una esquiva doncella que decía a su apasionado amante:

"¡Non puedo, non quiero, non pienso engarzar!"

"Engarzar" significa casarse. Díjeles que el equivalente norteamericano era "atarse," lo cual les hizo muchísima gracia.

Al observar que comprendíamos la letra de sus cantares, nuestro amigo se manifestó admirado de que así fuera, cuando veníamos de país tan lejano y hablábamos de tan distinta manera. Le expliqué que todos los norteamericanos cultos leían a Burns, de lo cual quedó sorprendido y encantado. Cuando hubo agotado su repertorio se volvió a su hijo y heredero, invitándolo para que a su vez nos cantara algo. Al principio Robbie contestó "non puedo," y en seguida, "non quiero." Pero a instancias de su linda madre, y ante la orden formal de su padre, hubo Robbie de ceder y cantó, primero con timidez, y más luego deliciosamente, con toda la cristalina pureza y gracia de un soprano infantil.

Cuando regresaban a su casa, siguiendo la tranquila senda, y nos recogimos nosotros bajo nuestra vieja y ennegrecida tienda, pensé que hay todavía muchas otras bondades que referir acerca de la humanidad bienhechora al resto de la humanidad. A menudo hemos sido objeto de análogas finezas en nuestras excursiones a campo abierto. Espero que por nuestra parte de nadie hemos abusado, y deseo que jamás abuse ningún viajero.

Hay cosas que parecen impropias de la esposa de un profesor, pero que pueden permitírseme a fuer de simple poetisa. Por ejemplo, rara vez echo maldiciones; pero si alguna vez un viajero retorna con el mal los favores recibidos, ¡fáltele el fuego en la necesidad, encuentre fuentes envenenadas en las regiones que atraviesa, préndase a sus tobillos la hiedra ponzoñosa, arañen

su rostro las espinas, enrédense las cardenchas en sus cabellos, duerman en su lecho las serpientes, húndase en sus carne la garrapata, y zumben eternamente en sus oídos el moscardón y los mosquitos!

En los despoblados, donde los hombres de la selva no pueden ofrecer alimentos preparados a sus huéspedes, les dan útiles informes que valen algunas buenas comidas. Los habitantes del Tobique nos proporcionaron muchos datos de esta índole cuando hicimos una excursión por aquella comarca cierto verano. Nos enseñaron, en primer lugar, la manera de pescar truchas y el sitio donde podíamos hallarlas. Jim pescó en una sola tarde ciento treinta y dos, que compartimos con nuestros vecinos. Cada viajero tiene su método favorito de preparar las truchas. Nosotros las freímos en aceite de olivo. La manteca de cerdo, usada generalmente, es bastante buena para el caso; pero destruye el delicado gusto de la trucha, de suerte que el excursionista saborea únicamente el tocino. Cuando se fríe en aceite conserva la trucha por entero su exquisito sabor. Nosotros tomamos cada una de estas recién pescadas aristócratas del agua, le hacemos la limpieza, y la lavamos escrupulosamente en agua pura; luego la levantamos en alto para que reciba la bendición de la luz del sol; en seguida, la sumergimos amorosamente en una mezcla de harina de trigo, harina de maíz, sal y pimienta, y la depositamos en la sartén en que ya está el aceite hirviente. La dejamos freír hasta que está ligeramente dorada, y la servimos con café, y con berros y acederas si los hay a mano. Las cebolletas silvestres, cortadas y puestas entre dos rebanadas de pan con manteca, son muy buenas para tomarse con las truchas.

A veces las truchas no pican, como es bien sabido. Entonces el viajero hambriento y avisado procura pescar anguilas. Los montañeses canadienses nos enseñaron también a pescarlas. Encendimos una fogata al borde del agua, y en seguida cebamos los anzuelos con pedacitos de carne salada o de pescado seco. Casi inmediatamente que los arrojamos, mordieron las anguilas, atraídas a la orilla por el resplandor de la hoguera. Las sacamos fuera del agua; y cada una era un cuerpo retorcido, serpeante, contraído y arqueado, maravillosamente muscular y enérgico, enroscándose en nudos escurridizos y enfangados. Era tarea difícil arrancarles el anzuelo, y tuvimos que decapitar a muchas, que aun así seguían retorciéndose.

Cuando hubimos cogido bastantes, los montañeses enseñaron a Jim a desollarlas. Se les desprende la piel del cuello, y luego, dándole vuelta se tira hacia abajo con destreza, como quien se quita un guante. Aun durante esta operación la muerta anguila se enrosca y se retuerce. En seguida se cortan en pedazos de seis y ocho centímetros, que se dejan en una vasija de agua con sal hasta que se endurezcan. Para freírlas, nos enseñaron a poner los trozos, convenientemente enharinados, en bastante cantidad de manteca caliente, haciéndolos freír a fuego lento hasta que estén bien cocidos, y después de cocidos se dejan todavía al fuego un rato más. La anguila necesita largo y paciente cocimiento para quedar bien preparada; entonces adquiere consistencia, suavidad y buen gusto, y por fin no se retuerce más.

Mas el placer de los placeres es el azúcar del arce canadiense, que contiene el sabor de toda una floresta y canta sobre la lengua con el gorjeo de muchas aves juntas. Tomarla después de una comida frugal es saborear bocado de hadas.

De estos alimentos hemos vivido Jim y yo siempre que abandonando las ciudades viajábamos por carreteras y ríos en busca de aventuras. Con estos comestibles nos hemos fortalecido. Y creo que nada podría inducirnos ahora a viajar con el acostumbrado bagaje de innumerables latas de conservas, y en compañía de gente que se imagina que ir de excursión significa comer habichuelas. Las habichuelas son muy buenas para el hogar, pero no es esto lo que se desea comer a campo raso. Sentirse sanos y fuertes, sufrir hambre si fuere necesario, obtener en suficiente cantidad siempre que se pueda los sencillos alimentos silvestres de acre y gustoso sabor; y, cuando se encuentren lugares habitados, gozar con la sociedad de sus semejantes, compartiendo con ellos el pan, es comer y beber de la manera más grata y exquisita. Esta especie de alimentación es la que produce cambios favorables.

EL EJECUTIVO Y EL LEGISLATIVO EN LAS RELACIONES EXTERIORES

POR

QUINCY WRIGHT

¿A quién corresponde la autoridad en el manejo de las relaciones exteriores? ¿Necesita modificarse nuestro sistema en cuanto concierne a esta autoridad? ¿Cuál es nuestro sistema? ¿Cuáles son los caracteres esenciales de un sistema satisfactorio en el gobierno de las relaciones exteriores? ¿Es posible que nuestro sistema se adapte más eficazmente a la norma requerida? . . . Tales son las cuestiones que propone el autor, y cuya solución trata de encontrar en un detenido estudio de las diferentes fases de la historia política de los Estados Unidos. Del mismo modo que la práctica es la mejor prueba a que puede someterse a una constitución, dice, la historia es la mejor enseñanza acerca de lo que deben ser las instituciones para llenar cumplidamente su cometido. Y la experiencia de más de un siglo parece demostrar la necesidad de ciertos cambios o adaptaciones para el adecuado manejo de las relaciones exteriores. Opina el autor que la autoridad en asuntos extranjeros corresponde de hecho al presidente. La misma índole de ciertas negociaciones, en que el secreto y la rapidez de acción son condiciones esenciales para el éxito, lo requiere así. Mas, para conciliar esta situación con las aspiraciones de la democracia y los estatutos de la constitución, en virtud de los cuales el presidente debe contar con el consejo y el asentimiento del senado para la celebración de tratados y para evitar la consiguiente fricción, sugiere el autor, entre muchas otras convenciones, una ampliación del gabinete en forma que incluya al vicepresidente de la república, al presidente en funciones del senado, a los presidentes de las comisiones de relaciones exteriores en ambas cámaras, y al fiscal de la nación. De esta manera se obtendría, cree, la cooperación simpática de los diferentes departamentos de gobierno, legislativo, ejecutivo y judicial, sin que el número de quienes deban resolver los asuntos de política exterior sea demasiado grande para afectar las negociaciones.—LA REDACCIÓN.

"LA PRESENTACIÓN de un tratado al senado es como la salida de un toro a la plaza: nadie sabe exactamente cómo ni cuándo se asestará el golpe fatal, pero todos están persuadidos de que no saldrá con vida de la arena."[1]

John Hay escribía estas palabras en su diario después de haber sido secretario de estado por seis años. Durante este período habían sido devueltos por el senado diecisiete tratados, ya sea muertos o a tal punto mutilados por enmiendas que era imposible que lograran sobrevivir. Podemos disculpar la hastiada definición del secretario.

El hecho de que un tratado ofrezca a la nación grandes y positivas ventajas no parece pesar absolutamente en el criterio de la mitad de los senadores. El interés personal, los rencores individuales y la posibilidad de obtener mezquinas ventajas políticas son los únicos móviles que cuentan en estos tiempos.[2]

Nos referiremos principalmente, sin embargo, al aspecto objetivo de la definición del secretario Hay. Los estadistas, como todo ser humano, pueden sentirse impacientados alguna que otra vez; pero si las funciones del senado en la ratificación de tratados son análogas a las del matador en una corrida de toros, hay grave razón de inquietarse. Si los deberes senatoriales se asemejan a los de picadores y banderilleros, el asunto es serio, y tenemos bastantes ejemplos de esta táctica de aguijón. John Quincy Adams escribe en su diario:

Mr. Cráwford ha referido dos veces la historia de que el presidente Wáshington presentó en cierta ocasión al senado el proyecto de un tratado que debía negociarse, asistiendo él mismo a las deliberaciones. Los senadores lo debatieron, y propusieron tales enmiendas que Wáshington, al abandonar la sala, dijo que se daría al diablo antes que presentarse allí otra vez. Y desde entonces los tratados han sido negociados por el ejecutivo *antes* de ser sometidos a la consideración del senado.[3]

Mas no abandonaremos el incidente sin oír primero las razones del picador, conforme se manifiestan en el periódico del senador Maclay el 21 de agosto de 1789.

No es posible equivocarse. El presidente desea atropellar al senado. . . . Quiere que vea-

[1] Tháyer: *The Life and Letters of John Hay*, tomo II, página 393.

[2] *Ibídem:* tomo II, página 274.

[3] J. Q. Adams: *Memoirs*, tomo VI, página 427.—En cuanto a la última frase, véase notas 24 a 26.

mos y escuchemos solamente con los ojos y oídos de su secretario. El secretario debe establecer las premisas, el presidente deducir las conclusiones, e inclinar nuestras deliberaciones con el peso de su autoridad personal y su presencia. Se llena únicamente la fórmula.[4]

Con todo, los tratados se han salvado incidentalmente de los banderilleros senatorios. El presidente Róosevelt revela el método en su autobiografía.

La constitución no me otorga explícitamente la facultad de iniciar los arreglos necesarios con Santo Domingo, pero tampoco me prohibe el hacerlo. Llevé a efecto el pacto, y lo mantuve en vigencia durante dos años sin que el congreso tomara provisión alguna; como habría continuado hasta el final de mi administración si el congreso no se decidía a actuar en esta cuestión. Pero fué con mucho preferible que el congreso lo sancionara, ya que de esta manera procedíamos de acuerdo con el poder legislativo de la nación y no simplemente por dirección del ejecutivo, que podía prescribir cuando el jefe ejecutivo entonces en funciones abandonara el puesto. Por consiguiente, hice cuanto pude para conseguir que el senado lo ratificara. Presentáronse muchas dificultades para lograrlo. . . . Había bastantes republicanos ausentes para impedir que se obtuvieran las dos terceras partes de los votos a favor del tratado; y el senado lo aplazó sin tomar provisión alguna al respecto, y con el exuberante sentimiento de satisfacción propia por haber dejado a la nación en situación de asumir obligaciones que se hallaba en la imposibilidad de cumplir. Aparentemente aquellos senadores creían en cierto modo haber puesto a salvo su dignidad. Lo que habían hecho era eludir su deber. Alguien tenía que desempeñar este deber, y yo lo tomé a mi cargo. Seguí adelante, llevando a efecto el tratado a pesar de todo, considerándolo un simple contrato del ejecutivo, que se convertiría en tratado tan pronto como el senado asumiera sus funciones. Dos años más tarde el senado lo sancionó, con cambios absolutamente triviales, que yo ratifiqué persuadiendo a Santo Domingo que los aceptara.[5]

Estos incidentes demuestran que nuestras recientes dificultades no se deben por entero a personalidades. Las instituciones son en parte responsables por la situación. En efecto, el vizconde Grey, en su carta a *The Times* el 31 de enero de 1920, decía que la constitución de los Estados Unidos "no solamente hace posible, sino, bajo determinadas condiciones, inevitable, el conflicto entre el ejecutivo y el legislativo."

Los comentadores norteamericanos se han dado cuenta de esta situación. A menudo han insistido por una reforma, generalmente en el sentido de los métodos del gabinete británico; pero la atención se ha concentrado de preferencia en los asuntos internos. Es extraordinario el hecho, por otra parte, de que en cuanto se refiere al gobierno de los asuntos exteriores sucede todo lo contrario: los escritores ingleses consideran esperanzadamente a los Estados Unidos como el modelo para una reforma. Lord Bryce dice, en su *American Commonwealth*:

Vendrá el día en que se haga preciso discutir en Inglaterra la cuestión de limitar la presente ilimitada facultad del ejecutivo en los asuntos exteriores; mereciendo el ejemplo del senado norteamericano el estudio cuidadoso que habrá de dedicársele.[6]

Esta opinión ha sido escuchada, adoptándose ciertos caracteres del sistema de los Estados Unidos por la British Union para el gobierno democrático de los asuntos exteriores, fundada en 1914.[7] En los últimos tiempos, los reformadores ingleses habrán buscado indudablemente modelo en alguna otra nación.

¿Necesita modificarse nuestro sistema en lo que respecta al manejo de las relaciones exteriores? ¿Cuál es nuestro sistema? ¿Cuáles son los caracteres esenciales de un sistema satisfactorio en el gobierno de las relaciones exteriores? ¿Es posible que nuestro sistema se adapte más estrechamente a la norma requerida?

I

LOS PADRES de la constitución estaban convencidos de la doctrina de Montesquieu acerca de la separación de los poderes.[8] Distribuyeron la autoridad guber-

[4] *Journal of William Maclay*, página 131, Nueva York, 1890.

[5] Róosevelt: *Autobiography*, páginas 551, 552.

[6] Bryce: *The American Commonwealth*, segunda edición, tomo I, página 104.

[7] *The Morrow of the War:* primer folleto lanzado por la Union of Democratic Control, 1914, publicado en *Democracy and Diplomacy* de Ponsonby, página 21, Londres, 1915.

[8] Montesquieu: *L'Esprit des lois*, tomo I, libro XI, capítulo VII,

nativa en tres departamentos independientes: legislativo, ejecutivo y judicial. ¿A cuál de ellos debía adjudicarse la autoridad en el manejo de las relaciones exteriores? Algunos querían otorgarla al presidente.[9] otros al congreso.[10] Transigieron dando al presidente la facultad de recibir a los ministros extranjeros y la autoridad de comandante en jefe de la marina y el ejército; al congreso, la facultad de declarar guerra; y al presidente, con el consejo y sanción del senado, la autoridad de celebrar tratados y nombrar a los enviados plenipotenciarios. Los términos de la constitución y los debates de la convención sugieren que el presidente está autorizado para iniciar y gobernar las relaciones diplomáticas en asuntos exteriores, sujeto al posible veto del congreso o del senado.

Los términos de la constitución, sin embargo, deben interpretarse a la luz de la práctica subsiguiente. ¿Dónde ha residido el gobierno de las relaciones exteriores en los ciento treinta años de nuestra historia? Consideremos los actos comprendidos bajo la definición: primero, reconocimiento de las condiciones internacionales; segundo, celebración de tratados; tercero, declaración de guerra.

1. El reconocimiento de nuevos estados o gobiernos ha correspondido al presidente.[11] Jamás puso en duda Wáshington la autoridad que le asistía para recibir al ciudadano Genet, reconociendo así oficialmente el gobierno revolucionario francés de 1793.[12] Cuando Róosevelt recibió al emisario de la embrionaria república de Panamá a nadie ocurriría discutir ciento diez años más tarde su autoridad constitucional.[13] El congreso pensó acelerar la disolución del dominio español en la América del Sur mediante el reconocimiento de la nueva república en 1818, mas los peritos de la constitución insistieron en que tal autoridad correspondía al presidente, y el congreso accedió.[14]

1. El reconocimiento de los límites del territorio norteamericano pertenece normalmente a la autoridad del tratado, pero el presidente ha adquirido pequeñas islas deshabitadas por su sola declaración.[15] La adquisición de Tejas y del Hawai de acuerdo con la resolución del congreso en 1845 y 1898 son los únicos casos de ingerencia legislativa en esta materia; y los comentadores han tenido alguna dificultad para descubrir el derecho constitucional para tal asunción de autoridad.[16]

Cuando el presidente Wáshington proclamó la neutralidad el 21 de abril de 1793, a raíz del estallido de las guerras revolucionarias en Francia, Jéfferson y Mádison opinaron que al pronunciarse así por la paz, cuando el tratado de alianza francés parecía exigir la guerra, se había extralimitado en el uso de su autoridad constitucional. Pero este precedente, defendido por Hámilton con gran habilidad, quedó establecido.[17] Los presidentes, por su propia iniciativa, han declarado la neutralidad al producirse alguna guerra extranjera.[18]

---

[9] Véase las notas de Hámilton, Goúverneur Morris y Mércer en los *Records of the Federal Convention* de Fárrand, tomo I, página 292; tomo II, páginas 104 y 297.—Véase asimismo la carta de "Pacificus," por Hámilton, junio 23 de 1793, inserta en *The President's Control of Foreign Relations* de Corwin, página 8, 1917.

[10] Véase las notas de James Wilson en la obra antes citada de Fárrand, tomo II, página 538; y la carta de "Helvidius" por Mádison, en respuesta a la de "Pacificus," agosto 24 de 1793, Corwin, obra citada, página 16.

[11] Véase el *Digest of International Law*, por John Bassett Moore, tomo I, páginas 243-244; Corwin, obra citada, página 71; y *Constitutional Law*, Wílloughby, tomo I, página 461.

[12] Moore: *Digest of International Law*, tomo I, páginas 121-122, 589-590.

[13] Ríchardson: *Messages and Papers of the Presidents*, tomo X, página 582; Moore: *Digest of International Law*, tomo III, página 55.

[14] J. Q. Adams: *Memoirs*, tomo IV, páginas 205-206; Corwin: obra citada, página 73.

[15] El presidente adquirió islas guaneras por decreto del congreso (Jones contra los Estados Unidos, *United States Supreme Court Reports*, tomo 137, página 202, 1890; Moore: *Digest of International Law*, tomo I, página 558).—Horseshoe Reef en el lago de Erie fué adquirido por el presidente mediante acuerdo ejecutivo con la Gran Bretaña, y las islas Midway y Wake en el Pacífico fueron anexadas por el presidente en virtud de su descubrimiento y ocupación.—Moore: *Digest of International Law*, tomo I, páginas 554-555.

[16] La facultad del congreso de admitir nuevos estados en la Unión sirvió de excusa para la anexión de Tejas. El uso de esta cláusula no estuvo previsto, sin embargo, por los padres de la constitución (Wílloughby, obra citada, páginas 325-338), y mal podía aplicarse al Hawai.—Véase *ibídem*, capítulo 22.

[17] Véase las cartas de "Pacificus" y "Helvidius" por Hámilton y Mádison, respectivamente, publicadas en razón de este incidente.—Corwin: obra citada, páginas 5-30; también Moore: *Digest of International Law*, tomo V, páginas 591-592.

[18] "The Divina Pastora:" Wheaton, *United States Supreme Court Reports*, tomo 4, página 52; Moore: *Digest of International Law*, tomo I, páginas 164 y siguientes, y 247.

Lo mismo ha sucedido con respecto a la declaración de estado de paz después de una guerra. La terminación de la guerra corresponde lógicamente a la autoridad que celebra el tratado. Aun cuando sea una de las partes quien inicie la guerra, se necesita que ambas estén de acuerdo para terminarla, a menos que haya resultado en la completa conquista y absorción de uno de los beligerantes, como en el caso de nuestra guerra civil.[19] No es indispensable, sin embargo, que el consentimiento de los estados beligerantes, necesario para terminar una guerra, se estipule por expreso acuerdo. El consentimiento tácito puede inferirse de la continuada suspensión de hostilidades; y en los Estados Unidos ha decidido el presidente el momento propicio para esta intervención, tanto en las guerras con un estado extranjero como en la guerra civil dentro de la nación. Así en 1868, después que la guerra entre Chile y España se había suspendido por dos años, el secretario de estado Séward informó al ministro español que los Estados Unidos podían verse obligados a reconocer el restablecimiento de la paz;[20] y el presidente Johnson expidió manifiestos el 2 de abril y el 20 de agosto de 1866 declarando que la guerra civil había concluído en determinadas áreas.[21] Tales proclamas fueron aceptadas por la corte suprema como terminación oficial de la guerra.[22]

Se ha propuesto que el congreso de los Estados Unidos pusiera término a la guerra con Alemania y Austria por la abrogación de las resoluciones de guerra del 6 de abril y 17 de diciembre de 1917.[23] En apoyo de esta medida se hace uso del argumento de que todo aquello que el congreso está autorizado a hacer, está asimismo autorizado a deshacer. Este argumento hace caso omiso de la diferencia entre las leyes generales y los actos o resoluciones que crean determinado estado de cosas. El congreso, por lo general, no puede revocar resoluciones de la última clase, como se ejemplariza en el caso de nuevos estados admitidos a formar parte de la Unión, o de la ciudadanía otorgada a los nacionales. Sin embargo, cualquiera que fuere el efecto de tal resolución en las leyes municipales, y aun cuando los tribunales la aceptaran como solución de un "problema político," sólo tendría evidentemente influencia internacional de acuerdo con la aceptación expresa o tácita de las potencias enemigas.

Como lo hemos visto, el presidente es más bien que el congreso la autoridad usual en cuanto al reconocimiento de hechos concernientes a las relaciones exteriores; y parece que, por analogía, la recepción del enviado diplomático de una potencia enemiga debería ser el adecuado método constitucional para reconocer que la guerra había terminado por mutua cesación de hostilidades. Indudablemente que en asunto tan delicado el presidente debería obtener la aprobación del congreso antes de proceder, conforme se ha hecho algunas veces tratándose del reconocimiento de nuevos estados. Se cree que resolución como la propuesta por el senador Knox, ya sea firmada por el presidente o adoptada a despecho de su veto, terminaría la guerra según las leyes de la nación; pero no sería válida de acuerdo con el derecho internacional hasta que el presidente ejecutara, de acuerdo con tal determinación, algún acto oficial que demostrara el mutuo asentimiento de ambos gobiernos, como por ejemplo, la recepción de un enviado diplomático de la potencia antes enemiga.

2. El poder de celebrar tratados reside en el presidente, quien debe actuar con

---

[19]"Tengo que aprender todavía que un conflicto en el cual, como en la guerra civil, los beligerantes son persistentes y resueltos, sólo puede decirse que ha terminado cuando la paz está definitivamente establecida mediante un tratado, si se trata de una guerra extranjera; o, en el caso de una guerra civil, cuando una de las partes beligerantes proclame la cesación de hostilidades, y esta proclama haya sido aceptada por el adversario. La rendición de los principales ejércitos de cualquiera de los beligerantes no significa la terminación del conflicto."—Mr. Báyard, secretario de estado, al señor Muruaga, ministro español, diciembre 3 de 1886: *United States Foreign Relations*, 1887, página 1015; Moore: *Digest of International Law*, tomo VII, página 337.

[20]Mr. Séward, secretario de estado, al señor Goñi, ministro español, julio 22 de 1868; *United States Diplomatic Correspondence*, 1868, tomo II, páginas 32 y 34; Moore: *Digest of International Law*, tomo VII, página 337.

[21]*United States Statutes at Large*, tomo 14, página 800; tomo 13, página 814.

[22]"The Protector:" Wállace, *United States Court Reports*, tomo 12, página 700.

[23]Véase la nota de C. P. Ánderson, *American Journal of Internacional Law*, tomo 14, página 384; texto de la resolución, *ibídem*, página 419, e historia legislativa, *ibídem*, página 438.

el consejo y consentimiento de las dos terceras partes del senado; pero desde la administración de Wáshington los presidentes han solicitado muy rara vez el consejo del senado antes o durante las negociaciones. Han negociado y firmado tratados independientemente, sometiendo al senado la obra terminada para su ratificación.[24] El presidente Jackson solicitó en 1830 la opinión del senado antes de firmar un tratado con los indios, excusándose al hacerlo así "por apartarse de la costumbre establecida durante largos años en casos semejantes," actitud que consideraba justificada por las especiales circunstancias aplicables a los tratados con los indios.[25] Solamente en diez casos posteriores se ha solicitado con anterioridad tales consejos, aun cuando se hayan celebrado con frecuencia conferencias sobre relaciones exteriores con miembros individuales o comisiones del senado.[26]

El senado, de acuerdo con la constitución, debe dar sus consejos y asentimiento para la designación de los funcionarios oficiales de los Estados Unidos, y afirma que en este número se hallan comprendidas todas las personas autorizadas para negociar tratados. Sin embargo, el presidente ha negociado a menudo tratados personalmente o por intermedio de agentes nombrados exclusivamente por el ejecutivo. Esta práctica fué iniciada por Wáshington al comisionar a John Paul Jones para negociar un tratado con Argel; se continuó en la misión de Nícholas Trist que resultó en el tratado Guadalupe-Hidalgo, el cual terminó la guerra de Méjico; en la famosa misión de Perry al Japón en 1852; en las misiones que celebraron el tratado de paz con España en 1898; y en el Acto General de Algeciras en 1906. El informe del senado en 1887 manifestaba que cuatrocientos treinta y ocho enviados especiales habían sido nombrados por el presidente sin asentimiento del senado, y el informe de la mayoría del senado en 1893, acerca de la misión de Blount al Hawai, decía: "Los precedentes establecen que no es necesario consultar al senado de los Estados Unidos, aunque se halle en sesiones, para la nominación de tales enviados."[27]

El senado puede, no obstante, rehusar su consentimiento para la ratificación de un tratado, como lo ha hecho en diecisiete de seiscientos cincuenta tratados negociados.[28] Entre los tratados más importantes a que el senado ha opuesto su veto pueden mencionarse el de reciprocidad comercial con Suiza, en 1835; con el Zollverein alemán, en 1844; con la Gran Bretaña sobre el arreglo de la cuestión de pesquerías en el Canadá, en 1888; los tratados de reciprocidad de Kasson, en 1899; los tratados de anexión con Tejas, en 1844; con el Hawai, en 1855; con Santo Domingo, en 1869; y con Dinamarca, por las islas Vírgenes, en 1868; los tratados de arbitraje y reclamaciones incluyéndose el tratado Johnson-Cláredon para el arreglo de los derechos de Alabama, en 1868; y el tratado Ólney-Pâuncefote de arbitraje general con la Gran Bretaña, en 1897. Debe notarse que en casi todos estos casos se llegó a veces al resultado deseado, aun cuando en el asunto de la anexión del Hawai y las islas Vírgenes sólo se obtuvo después de muchos años.

El derecho del senado de otorgar su asentimiento para la ratificación de un tratado a condición de reservas, enmiendas e interpretaciones quedó establecido con las reservas al tratado Jay en 1794, y se ha ejercido más o menos en setenta casos.[29] En quince de estos casos el presidente ha rehusado aceptar las condiciones del senado y ha negado su ratificación.[30] Entre ellos pueden mencionarse los tratados Róosevelt y Taft de arbitraje en 1904 y 1911, respectivamente. Parece indudable que el acto final de la ratificación corresponde al presi-

[24]Crándall: *Treaties, Their Making and Enforcement*, Nueva York, 1916, página 70; Wílloughby: obra citada, página 458.

[25]Ríchardson: obra citada, tomo II, página 478.

[26]Lodge: "The Treaty Making Power," *Scribner's Magazine*, enero de 1902; Crándall: obra citada, páginas 70-72.

[27]*United States Senate Documents*, número 231, quincuagésimo sexto congreso, segunda sesión, páginas viii, 332 y siguientes; *United States Senate Reports*, número 227, quincuagésimo tercio congreso, segunda sesión, página xxv; Corwin: obra citada, página 64; Crándall: obra citada, página 77; Moore: *Digest of International Law*, tomo IV, páginas 452-457; Fóster: *The Practice of Diplomacy*, páginas 199-203; *American Political Science Review*, tomo 10, página 481, 1916.

[28]Crándall: obra citada, página 82.

[29]Lodge: obra citada; Crándall: obra citada, páginas 79-81.

[30]Crándall: obra citada, páginas 97-99; Taft: *Our Chief Magistrate and His Powers*, página 106.

dente, quien tiene facultad de retirar en cualquier momento un tratado del senado o negarse a ratificarlo aun cuando este cuerpo legislativo lo haya aceptado sin restricción.[31] La otra parte contratante puede también rechazar las enmiendas o reservas hechas por el senado, fracasando en este caso el tratado.[32] Así rechazó la Gran Bretaña un tratado sobre arreglo de fronteras; en 1824, un pacto sobre el comercio de esclavos; y en 1900, el primer tratado Hay-Páuncefote respecto del canal.

El derecho de participar en la celebración de tratados, reclamado a veces por la cámara de representantes, no se ha sostenido en la práctica. Es cierto que la acción del congreso puede ser indispensable en determinados casos, por ejemplo, cuando sea necesario decretar alguna partida en el presupuesto; pero en tales circunstancias, según lo expresaba el presidente Wáshington en su mensaje sobre el tratado Jay en 1796, el congreso está en la obligación moral de actuar.[33]

Aunque los tratados oficiales necesitan obtener el asentimiento positivo del senado, el presidente puede llevar a efecto por sí solo arreglos de carácter menos oficial.[34] De esta índole fueron el protocolo preliminar de paz con España en 1898, el convenio de indemnización bóxer en 1900, el acuerdo del ejecutivo con que el presidente Róosevelt autorizó la administración de las aduanas de Santo Domingo en 1904, y los preliminares de paz y el armisticio con Alemania el 5 y 11 de noviembre de 1918. Compromisos de política permanente se han hecho también por la sola autoridad presidencial. Tales fueron el cambio de notas estableciendo la política de Hay de la "puerta abierta," en 1900, y los convenios Root-Takahira y Lánsing-Ishii en 1908 y 1917, en favor de política más liberal en el oriente.

La terminación de un tratado es generalmente origen de negociaciones entre las potencias contratantes, negociaciones que se resuelven mediante nuevos tratados. Los tratados, sin embargo, estipulan a menudo el derecho de denunciación de una de las partes, con aviso razonable, por lo común de un año. Se ha suscitado en los Estados Unidos la cuestión de la autoridad a quien corresponde dar tal notificación. El informe del senado en 1856[35] sostenía que la autoridad competente era la que celebró el tratado; y la denuncia del tratado danés aquel mismo año fué autorizada por el presidente con asentimiento del senado. No obstante, el presidente Taft denunció en 1911 el tratado de 1832 con Rusia bajo su sola responsabilidad,[36] y en otras ocasiones la denuncia ha sido autorizada por acto del congreso. En 1879 el presidente Hayes opuso su veto a una resolución intimándole la modificación del tratado Búrlingame con China, estableciendo diferencia entre este acto y la denuncia del tratado en razón de sus términos. "El poder de modificar un tratado existente es, según la constitución, parte de las facultades de la autoridad que celebra el contrato, y el ejercicio de este poder no corresponde al congreso."[37]

---

[31] "Shepherd contra Insurance Company," *United States Federal Reports*, tomo 40, páginas 341, 347; Wílloughby: obra citada, páginas 81, 94, y 97; Taft: obra citada, página 106; Black: *Handbook of American Constitutional Law*, página 124; Fóster, obra citada, página 274; el senador Spóoner: citado en Corwin, obra citada, página 175.

[32] Moore: *Digest of International Law*, tomo III, página 212; tomo V, páginas 199-201; Wílloughby: obra citada, página 464.

[33] Ríchardson: obra citada, tomo I, página 195; Moore: *Digest of International Law*, tomo V, página 225; Dana: nota a Wheaton, *International Law*, sección 543, nota 250; Wílloughby: obra citada, páginas 515-517.—Véase asimismo el *Message in Cuban Reciprocity Treaty*, de Róosevelt, en Ríchardson, obra citada, tomo X, página 561; Wright: "Treaties and the Constitutional Separation of Powers in the United States," *American Journal of International Law*, tomo 12, página 82, enero de 1918.

[34] Wílloughby: obra citada, páginas 467-479; Crándall: obra citada, páginas 102-117; Moore: *Digest of International Law*, tomo V, páginas 210-218; *Political Science Quarterly*, tomo 20, página 385, 1905.

[35] *United States Senate Reports*, número 97, trigésimo cuarto congreso, primera sesión.

[36] Taft: obra citada, página 117; Crándall: obra citada, página 462; Wílloughby: obra citada, página 518.

[37] Ríchardson: obra citada, tomo VII, página 519; Crándall: obra citada, página 461.—El presidente Lincoln se negó a llevar a efecto la resolución del congreso de fecha 9 de febrero de 1865, que él mismo había firmado, y en la cual se "adoptaba y ratificaba" la notificación ya transmitida para la terminación del tratado de los grandes lagos para el desarme en 1817. Retiró la notificación, y el tratado de desarme continuó y continúa hasta el día en vigencia.—*United States House of Representatives, Document Number* 471, quincuagésimo sexto congreso, primera sesión, páginas 32-34; Crándall: obra citada, página 462.—Aunque el presidente se halla ordinariamente bajo la obligación constitucional de llevar a efecto todos los actos y resoluciones del congreso adoptados de acuerdo

El presidente Wilson rehusó similarmente proceder de acuerdo con una providencia del decreto Jones sobre la marina mercante, el 5 de junio de 1920, demandándole eliminar ciertas cláusulas del tratado que se oponían a las prerrogativas de los buques norteamericanos.

A pesar de la incapacidad del congreso para imponer un rumbo de conducta al presidente en la modificación de tratados, puede el cuerpo legislativo impedir o anular los tratados por medio de actos o resoluciones que tienen el valor de una ley municipal, aunque no exoneran al estado de la responsabilidad internacional. Así el acto del congreso sobre la exclusión de los chinos en 1888 fué aceptado como válido por la corte suprema aunque estaba en oposición con ciertas cláusulas del tratado,[38] y en 1798 se adoptó una resolución que ponía término a los tratados franceses existentes.[39] La doctrina del derecho internacional ha sido que tratados y actos del congreso son en igual grado la "suprema ley de la nación," y en caso de conflicto prevalece el más reciente.[40] Sin embargo, bajo el derecho constitucional la obligación de un tratado continúa hasta que el instrumento termina por mutuo consentimiento o es denunciado conforme a los términos en que haya sido estipulado.[41]

La práctica parece sancionar las negociaciones iniciales e independientes y la denuncia de un tratado por el presidente. El poder del senado está limitado al veto parcial o absoluto de los tratados oficiales; y el del congreso, a coartarlos o anularlos con la eficacia de una ley municipal.

3. El congreso está investido del poder de declarar la guerra; pero el presidente puede conducir las negociaciones en forma de que la guerra sea inevitable, como lo hizo en 1846 el presidente Polk. El ejecutivo puede, a fuer de comandante en jefe del ejército y de la marina, "cuidar de que las leyes se cumplan fielmente," y emplear la fuerza para proteger los derechos de los ciudadanos de los Estados Unidos en el exterior, como lo hizo el presidente Pierce en el caso de Martin Koszta, en 1856, y el presidente McKínley en la rebelión bóxer de 1900.[42] Puede asimismo emplear la fuerza para llevar a efecto la ejecución de un tratado, como lo hizo el presidente Róosevelt en 1906 para restablecer el orden en Cuba, según los términos del tratado de 1903,[43] y en caso de defensa. Jéfferson, el hombre pacífico por excelencia, inició su administración con una guerra defensiva contra Trípoli que no fué sancionada por el congreso hasta después del combate principal.[44]

El presidente está facultado para declarar la guerra con sujeción a la aprobación del congreso. Decide por sí el momento apropiado para emplear la fuerza en medidas que casi rayan en guerra, sometidas siempre a la autoridad del congreso que tiene el poder de retener los abastecimientos. Termina la guerra, sometiendo esta decisión a menos de conquista completa o dilatada suspensión de hostilidades, a la aprobación de las dos terceras partes del senado.[45]

En 1906, los senadores demócratas encabezados por Bacon, representante de Georgia, desaprobaron la participación del presidente Róosevelt en la conferencia de Algeciras en España, sin previa consulta al senado. "La constitución," expresó el senador Spóoner, representante de Wisconsin, en defensa del presidente, "inviste exclusivamente al presidente con la facultad de entablar negociaciones y de orientar el complejo rumbo de las relaciones exteriores. Pero . . . el presidente no hace uso de este poder que le otorga la constitución, ni puede hacerlo, bajo la tutela o patrocinio del senado o de la cámara, o del senado y la cámara combinados."[46] Los presidentes han desplegado celo no menor en conservar

---

con el proceso constitucional, no sucede lo mismo con aquellos que le marcan norma en los asuntos exteriores. —Crándall: obra citada, página 74.

[38]Casos de exclusión china: *United States Supreme Court Reports*, tomo 130, página 581, 1889.—Véase también Moore: *Digest of International Law*, tomo V, páginas 364-370.

[39]Moore: *Digest of International Law*, tomo V, páginas 356-359.

[40]Wílloughby: obra citada, páginas 484-488.

[41]*Ibidem:* páginas 513-515.

[42]Respecto del asunto de Néagle, *United States Supreme Court Reports*, tomo 135, página 1.

[43]Taft: obra citada, páginas 85, 87.

[44]Ríchardson: obra citada, tomo I, página 326.

[45]Véase arriba: notas 20-22.

[46]*Congressional Record*, tomo 40, página 1417, citado en Corwin, obra citada, página 171; Reinsch: *Readings in American Federal Government*, página 82.

sus prerrogativas en los arreglos diplomáticos. "Por más que comparta como lo hago," escribía el presidente Grant al oponer su veto a una resolución del congreso en respuesta a las congratulaciones de la Argentina por el centenario de nuestra exposición, "el espíritu de cortesía y amistoso reconocimiento que ha provocado la adopción de estas resoluciones no puedo desprenderme de la convicción de que al adoptarlas se ha usurpado inadvertidamente el ejercicio de un poder que, según la letra de la constitución, corresp nde al ejecutivo."[47] Quizás el lenguaje de esta declaración es extremado. La constitución no reconoce "misterios de estado" excluídos del examen del congreso. Los poderes que la constitución otorga al senado y al congreso autorizan a estos cuerpos legislativos para demandar informes y ejercer una verdadera inquisición sobre la política extranjera presidencial. Sin embargo, en la práctica se deja al presidente la iniciativa en el reconocimiento de gobiernos, en la negociación de tratados y declaración de guerra, y gran independencia en el manejo de la política extranjera.

Analizando nuestro sistema, podemos concebir la autoridad en la orientación de las relaciones exteriores como un ramo distinto de la administración, autoridad de que el presidente está investido, con la limitación del veto del senado o del congreso. Es el reverso del poder legislativo mediante el cual inicia y decreta el congreso resoluciones sujetas al veto presidencial. Difiere asimismo del poder ejecutivo a favor del cual el presidente actúa independientemente, pero dentro de estatutos rigurosamente definidos del congreso.

II

DOS CONDICIONES parecen indispensables en la institución designada para orientar con éxito satisfactorio las relaciones exteriores: concentración, o sea la capacidad de actuar rápida y decisivamente en una emergencia; y representación popular, que garantice que las obligaciones permanentes están de acuerdo con los intereses de la nación. La subordinación del interés nacional a fines dinásticos y personales, predominante en la diplomacia de los siglos dieciséis y diecisiete ha demostrado los inconvenientes de una irresponsable concentración de autoridad. El remedio natural parece la intervención parlamentaria en el proceso de las negociaciones y de la guerra, y se ha estipulado, en efecto, en casi todas las constituciones del continente europeo durante los siglos diecinueve y veinte.[48] Solamente en la Gran Bretaña conserva la corona sus antiguas prerrogativas en tales materias; y aun cuando en la práctica se consulta a veces al parlamento antes de la ratificación de tratados importantes, Lord Bryce y otros han insistido en que se estatuya un método eficaz de intervención popular, aconsejando el estudio del sistema de participación del senado en los Estados Unidos.[49] Pero, ¿a qué insistir sobre este punto? La democracia está convencida de los méritos de la diplomacia democrática. Más necesario es poner de relieve la importancia de la concentración.

La necesidad de la concentración de autoridad para la orientación feliz de los asuntos extranjeros se ha estudiado en las obras de John Locke,[50] Montesquieu[51] y Bláck-

[47]Richardson: obra citada, tomo VII, página 431, citado en Corwin, obra citada, página 44.

[48]Véanse Myers: "Legislatures and Foreign Relations," *American Political Science Review,* tomo 11, páginas 643 y siguientes, noviembre de 1917; y el informe británico sobre la manera de tratar las cuestiones internacionales con los gobiernos extranjeros: *Parliamentary Papers, Miscellaneous,* número 5, 1912, código 6102, impreso en el apéndice 2, Pónsonby, *Democracy and Diplomacy,* páginas 128 y siguientes.

[49]Véase arriba: notas 6 y 7.—Para las relaciones entre el parlamento y la corona sobre la celebración de tratados en la Gran Bretaña, véase a Anson, *Law and Custom of the Constitution,* tercera edición, tomo II, parte II, páginas 103 y siguientes.

[50]"Aunque estos dos poderes, el ejecutivo y el federal (en las relaciones exteriores), sean realmente distintos en sí mismos, comprendiendo el uno la ejecución de las leyes municipales y todo aquello que forme parte de la organización interna de la sociedad; y el otra la adminisración de la seguridad e intereses del público en el exterior, incluyéndose todo aquello de donde puedan derivarse ventajas o desventajas, funcionan casi siempre conjuntamente. Y aun cuando la autoridad federal entrañe gran importancia para el pueblo, de acuerdo con su buena o mala administración, es mucho menos susceptible que el ejecutivo de acomodarse a antecedentes, condiciones, y leyes positivas, haciéndose indispensable confiar en la prudencia y sagacidad de quienes la ejercen para que hagan uso de sus facultades teniendo en mira el bien público; pues que las leyes que conciernen a los nacionales, teniendo por objeto regular sus actos, pueden formularse antes de que éstos se produzcan. Mas en cuanto a las disposiciones referentes a los extranjeros, dependiendo en gran manera de su proceder, sus de-

stone,[52] evangelios políticos de los padres de la constitución. Muchos oradores de la convención federal,[53] los autores del *Federalist*[54] y el presidente Wáshington en su mensaje sobre el tratado Jay[55] han insistido acerca del mismo punto. Igual opinión fué expresada por De Tocqueville, quien, dudando de la capacidad de la democracia para llevar a efecto esta concentración, dudaba también de su idoneidad para enderezar con éxito el rumbo de la política exterior. "Por lo que a mí concierne," decía, "no tengo el menor reparo en manifestar abiertamente mi convicción de que, con especialidad en el manejo de las relaciones exteriores, el gobierno democrático es decididamente inferior a los gobiernos basados en principios diferentes. La política extranjera apenas si demanda alguna de las cualidades que la democracia posee, exigiendo por el contrario el uso perfecto de todas aquellas de que carece. . . . La democracia es incapaz de regular los detalles de una empresa importante, de perseverar en un designio y de llevarlo a ejecu-

signios e intereses diversos, deben abandonarse a la autoridad encargada de negociar con ellos para que sea ejercida con la suma mayor de habilidad que posea, en beneficio del pueblo."—Locke: *Two Treatises of Government*, sección 147, *Works*, edición de 1801, tomo V, página 245.

[51]"Por esta autoridad (el poder ejecutivo, sea monarca o magistrado) celebra la paz o declara la guerra, envía o recibe embajadas, establece la seguridad pública, y previene invasiones. . . . El poder ejetivo debe residir en las manos de un monarca; porque este ramo del gobierno, que siempre ha necesitado decisiones rápidas, puede desempeñarse mejor por una que por varias personas; en tanto que todo aquello que depende del poder legislativo resulta a menudo mejor administrado por varias que por una sola persona. Pero si no existiera la monarquía, y el poder ejecutivo estuviera encomendado a cierto número de individuos escogidos entre el cuerpo legislativo, desaparecería la libertad, por cuanto ambos poderes estarían reunidos, teniendo las mismas personas, como ha sucedido a veces y es probable que sucediera a menudo, la facultad de asumir el poder en ambos ramos del gobierno."—Montesquieu, *L'Esprit des lois:* tomo I, libro xi, capítulo 6.

[52]"En lo que concierne a los asuntos extranjeros, el rey es el delegado o representante de su pueblo. Es imposible que los individuos de un estado puedan negociar colectivamente los asuntos de estado con otro grupo tan numeroso como ellos mismos. Sus medidas carecerían de unanimidad y de fuerza para llevar a efecto sus resoluciones. En el monarca, por consiguiente, convergen como a un centro los rayos de su pueblo, alcanzando en virtud de esta unión tal consistencia, esplendor y fortaleza que le hacen temido y respetado por las potencias extranjeras, quienes vacilarían antes de entrar en arreglo alguno que después hubiera de ser revisado y ratificado por una asamblea popular. Lo que resuelve la autoridad real con respecto a las potencias extranjeras es acto de toda la nación; lo que se hace sin la concurrencia del monarca es solamente acto de individuos aislados."—Bláckstone: *Commentaries*, tomo I, página 252.

[53]Véanse muchas observaciones de Hámilton y Goûverneur Morris: Férrand, obra citada, tomo I, páginas 290 y 513.

[54]"Rara vez acontece en la negociación de tratados, cualquiera que sea su índole, que la reserva absoluta y el despacho inmediato no sean requisito obligado. Hay ciertos casos en que podría llegarse a mejor inteligencia si las personas que poseen el secreto pudieran librarse del temor de que sea descubierto. Tales aprensiones influyen sobre aquellas personas, ya estén movidas por motivos mercenarios o amistosos; e indudablemente muchas de ellas, ya se cuenten en una y otra clase, confiarían en la reserva del presidente, pero no estarían tan seguras de la del senado, y mucho menos si se tratara de una numerosa asamblea popular. La convención ha hecho muy bien, por lo tanto, en disponer en forma tal la autoridad de celebrar tratados que, aun cuando el presidente deba actuar para celebrarlos con la opinión y consentimiento del senado, tenga, sin embargo, la facultad de negociar los arreglos preliminares de la mejor manera que su prudencia pueda sugerirle.

"Quienes hayan tenido ocasión de observar los negocios humanos habrán percibido ciertas corrientes: corrientes irregulares en duración, fuerza y dirección, y que raramente fluyen dos veces en la misma forma o medida. El discernir estas corrientes en los asuntos nacionales y aprovecharse de ellas corresponde a los que tienen autoridad en los negocios de estado; y personas de vasta experiencia en la materia nos dicen que a menudo hay ocasiones en que los días, más aún, las horas, son invaluables. . . . Tan a menudo y tan esencialmente hemos sufrido en otro tiempo por la falta de reserva y diligencia en los negocios públicos, que la constitución habría resultado inexcusablemente deficiente si no se hubiera prestado atención a tales materias. Los asuntos que ordinariamente requieren mayor reserva y diligencia son aquellas medidas preparatorias y auxiliares que no son importantes desde el punto de vista nacional sino en el sentido de que tienden a facilitar la obtención del objeto de las negociaciones. El presidente no encontrará obstáculos para la providencia de tales medidas; y si acaeciera alguna circunstancia que requiriese la opinión y el consentimiento del senado, el mandatario puede solicitarlos en cualquier momento."—*The Federalist* (Jay), número 64, edición de Ford, páginas 429-430.—Véase también a Hámilton, número 70, edición de Ford, página 467.

[55]"La índole de las negociaciones extranjeras requiere cautela, y su éxito depende a menudo del secreto; y aun después de terminados los arreglos, puede ser inconveniente una revelación completa de las medidas, demandas, o posibles concesiones propuestas o consideradas durante la tramitación del convenio, ya que tal proceder puede ejercer perniciosa influencia en futuras negociaciones o provocar dificultades inmediatas, y hasta peligros y daños positivos, en relación con las otras potencias. La necesidad de dicha reserva y cautela fué una razón poderosa para investir al presidente con la autoridad de celebrar tratados, con la opinión y consentimiento del senado, en virtud de que los principios fundamentales de este cuerpo legislativo lo limitan a un número reducido de miembros."—Wáshington: *Message to the House of Representatives*, 30 de marzo de 1796, inserto en Ríchardson: obra citada, tomo I, página 194.

ción en presencia de serios obstáculos. No puede combinar sus medidas en secreto ni esperar los resultados con paciencia. Estas cualidades son peculiares de un individuo o de una aristocracia, y constituyen precisamente el medio por el cual alcanzan los pueblos individualmente una posición predominante."[56]

Mas, para que no se acuse de prejuicios al apologista del "antiguo régimen," escuchemos a un escritor moderno de escuela diferente. Mr. Wálter Lippmann expresa en esta forma las ventajas de la monarquía: "La razón por la cual se confía más en un solo individuo que en muchos es que un hombre puede entablar negociaciones, lo que no es posible a una agrupación. Dos grupos de nacionales no se hallan en situación de entablar negociaciones mutuas. . . . El pueblo norteamericano no puede coger la misma pluma y redactar una nota dirigida a sesenta y cinco millones de individuos que viven dentro del imperio alemán. . . . Las condiciones que requiere la negociación de un tratado—rapidez de pensamiento, contacto directo, adaptación, inventiva, la justa proporción de concesiones y demandas—son precisamente cualidades de que carecen las masas."[57]

Del mismo modo que la práctica es la mejor prueba a que se somete una constitución, la historia es la mejor enseñanza acerca de lo que deben ser las instituciones para llenar satisfactoriamente su cometido. "Aun estados democráticos como Francia e Inglaterra se ven compelidos a dejar a la discreción del ministerio los asuntos extranjeros, en mucho mayor escala que los asuntos internos."[58] Los estados rurales de la antigua Grecia, donde condujo al desastre la diplomacia adoptada en asambleas populares puesta frente a la astucia de Felipe de Macedonia, son las excepciones que prueban la regla.[59] Así, siempre que han surgido en los Estados Unidos problemas extranjeros, se ha desarrollado autoridad concentrada para solucionarlos. En el primer período, de 1789 a 1829, las relaciones exteriores fueron de carácter complejo. Los presidentes eran elegidos por su experiencia diplomática, y desplegaron competencia y pericia en el arte de gobernar. Hubo cierta fricción; pero en todos los casos hasta el último—la política de John Quincy Adams con referencia al congreso de Panamá—prevaleció la política presidencial. En el segundo período, que se extendió desde 1829 hasta 1898, nuestros problemas fueron internos en su mayor parte. En esta época el congreso asumió la dirección, y aunque los presidentes continuaron afirmando sus prerrogativas en asuntos extranjeros, las oportunidades fueron solamente incidentales, y las derrotas frecuentes. Se elegía al presidente por razones políticas, no por su experiencia ni habilidad; y el poder del veto por el senado se robusteció en razón del frecuente ejercicio.

En la tesis *Congressional Government*, presentada para su doctorado en 1885, definía Wóodrow Wilson en lineamientos generales el progreso de este período en la forma siguiente:[60]

Siendo el presidente un funcionario ejecutivo, está a las órdenes del congreso; y los miembros del gabinete, confinados a funciones ejecutivas, se encuentran asimismo a discreción del congreso.

Nadie—lo doy por sentado—está dispuesto a discutir el principio de que los representantes del pueblo constituyen la autoridad final en todos los asuntos gubernativos, y que la administración representa solamente el personal de empleados del gobierno. La legislación es la fuerza motriz. Determina lo que debe hacerse; y si el presidente no puede o no quiere coartar la autoridad legislativa haciendo uso de sus facultades extraordinarias como jefe del estado, está en el deber ineludible de rendir obediencia ciega al congreso. . . . El principio es invulnerable

---

[56]De Tocqueville: *Democracy in America*, tomo I, página 254, Nueva York, 1862.

[57]Lippman: *The Stakes of Diplomacy*, páginas 26 y 29.—Véanse también las observaciones del senador Spóoner, de Wisconsin, en el senado, 23 de enero de 1906: "La conducta de nuestras relaciones exteriores es una función que requiere pronta iniciativa, y el senado está a menudo en vacaciones. Es un poder que requiere celeridad. Puede demandar determinada acción esta noche, y otra distinta en la mañana siguiente. Requiere asimismo el secreto, elemento que no omiten los comentadores de la constitución, habiendo sido considerado de importancia vital por aquellos que la formularon. Es demasiado obvio para que sea perdonable el someterlo a interpretación." *Congressional Record*, tomo 40, páginas 1419-1420, citado en Corwin, obra citada, página 176.

[58]Bryce: *American Commonwealth*, segunda edición, tomo I, página 218.

[59]*Ibidem:* tomo I, página 217.

[60]Wilson: *Congressional Government*, décimoquinta edición, páginas 266, 273-274.

y forma parte integrante de la costumbre anglosajona; la dificultad, si la hubiera, estriba en la elección de medios para fortificar este principio. El medio más natural sería otorgar al cuerpo legislativo el derecho de mantener a sus esclavos del ejecutivo bajo una estrecha y constante vigilancia, obligándolos a dar cuenta estricta de sus actos: en otros términos, el privilegio de despacharlos cuando sus servicios no sean satisfactorios.

El tercer período comenzó con la guerra de España en 1898. Las relaciones exteriores se hacían cada vez más complicadas, y a la par aumentaba el poder e influencia presidenciales; pero con motivo del sentimiento mayor de las prerrogativas del senado, desarrollado durante tres cuartos de siglo de relativo aislamiento diplomático, la fricción era extremada. Wóodrow Wilson, profesor entonces de ciencias políticas en Prínceton University, escribió en 1900 un prólogo para la décimoquinta edición de su libro:[61]

El cambio más importante que se observa es el efecto de la guerra con España sobre la investidura y ejercicio de autoridad dentro de nuestro sistema federal: el poder enormemente aumentado, y la oportunidad para una dirección constructiva que se ha brindado al presidente por la intervención en la política internacional y la administración de colonias remotas; resultado el más notable y trascendental de la guerra. Cuando los asuntos exteriores desempeñan parte prominente en la política y métodos de una nación, el ejecutivo es necesariamente el guía indicado; es el llamado a emitir el dictamen inicial, tomar las primeras medidas, procurar los informes de acuerdo con los cuales se haya de proceder, e indicar, y en gran escala determinar, la norma de conducta. Es posible también que esta nueva autoridad del ejecutivo, que verosímilmente será duradera, produzca efectos trascendentales sobre nuestro entero sistema de gobierno. Puede dar a los ministros de los diferentes ramos una nueva influencia sobre la acción del congreso, produciendo como consecuencia una reintegración que substituiría al gobierno de gabinetes el gobierno de asambleas populares. Puede hacer que este libro resulte lastimosamente anticuado.

Cuando el presidente ha tomado parte en la administración de los asuntos internos lo ha hecho dentro de límites estrictamente definidos por el congreso, y a compás del transcurso del tiempo la autoridad presidencial en este campo ha disminuído más y más. Por el contrario, cuando ha actuado en asuntos exteriores su autoridad ha sido muy amplia, y generalmente el congreso ha seguido su dirección. "El senado," dice Carl Rússell Fish, "se ha visto reducido a verificar o modificar la política de la administración. La dirección de esta política ha estado a cargo del ejecutivo."[62] ¿No es del caso asumir que el resultado de la experiencia de más de un siglo ilustra ciertas necesidades para el adecuado manejo de las relaciones exteriores?

III

NUESTRO sistema para el manejo de las relaciones exteriores ha sido copiado en sus lineamientos generales en el continente europeo, y su adopción sugerida como reforma digna de consideración en la Gran Bretaña. Incluye cláusulas que permiten la concentración de autoridad en cualquier emergencia, asegurando, sin embargo, la sanción de obligaciones permanentes por los representantes del pueblo. Recordando la advertencia de Montaigne de que "todas las grandes mutaciones implican sacudidas y desorden en un estado,"[63] es dudoso que sea conveniente iniciar cambios radicales en la constitución.

El perfeccionamiento no reside en cambios de organización en el manejo de las relaciones exteriores,[64] sino en la acción recí-

[61]Wilson: *Congressional Government,* décimoquinta edición, páginas xi-xiii.

[62]Fish: *American Diplomacy,* página 428, Nueva York, 1916.

[63]Montaigne: *Essays,* edición de Cotton, tomo II, página 760.

[64]El autor se inclina a creer que sería muy ventajoso un cambio de las dos terceras partes del senado por una mayoría en ambas cámaras con respecto a la ratificación de tratados. Esta decisión estaría de acuerdo con la práctica establecida en casi todos los gobiernos del continente europeo. Obviaría las quejas de la cámara de diputados, y eliminaría la posibilidad siempre presente de encontrarse en la incapacidad de ejecutar un tratado, válido ante el derecho internacional, por la negativa de dicha cámara a sancionar asignaciones y quizá leyes necesarias. Contribuiría asimismo a que los empates fueran menos frecuentes, puesto que es más verosímil que un partido domine en la mayoría de ambas cámaras que en las dos terceras partes del senado. La objeción principal de los padres de la constitución a someter los tratados a la cámara de diputados estaba fundada en la necesidad del secreto, práctica abandonada frecuentemente por el senado en años recientes. Este cambio, que exigiréa desde luego una enmienda a la constitución, haría de la celebración de tratados autoridad del poder legislativo, con la diferencia de que el presidente tendría

proca y simpática cooperación de los ramos independientes del gobierno. Lord John Rússell hacia observar que "la constitución política en que diferentes cuerpos comparten la autoridad suprema puede existir solamente por la indulgencia de aquellos entre quienes está distribuído el poder."[65] Este concepto está bastante difundido, y ha sido expresado detalladamente por el profesor A. V. Dícey, quien establece la distinción entre convenios o arreglos especiales y los estatutos de la constitución británica. Los primeros explican la manera en que los órganos independientes de autoridad suprema, el rey, los lores y el pueblo, deben ejercer su poder; es decir, la manera en que la corona debe usar de sus prerrogativas y el parlamento sus privilegios. Cree que en Inglaterra estos convenios se han perfeccionado hasta el punto de asegurar el triunfo final de la política soberana, esto es, de la mayoría de los votantes en las elecciones de miembros de la cámara de los comunes.[66]

En el siglo dieciocho la constitución británica, aunque organizada tal vez con el propósito de preservar la libertad, como lo creyeron Montesquieu, De Lolme y Bláckstone, era un instrumento discordante y agresivo. Muy poca dulzura existía en las relaciones de George III con sus ministros y parlamentos. La constitución de los Estados Unidos se halla ahora en igual condición. Tenemos buenas instituciones, pero no hemos desarrollado todavía maneras constitucionales que las hagan funcionar tan suavemente como un banquete bien ordenado. La rusticidad del banquete de Jéfferson y el atropellamiento del cotillón Peggy O'Neil de Jackson persisten en las relaciones de los ministerios en Wáshington.

Nuestras convenciones no serán las mismas de Inglaterra. En el manejo de los asuntos internos nuestro sistema de limitaciones impuestas por la ley a la autoridad persistirá con mayor probabilidad que el sistema inglés de poder ilimitado, sujeto a inmediata responsabilidad política por las consecuencias. Continuaremos confiando más en la responsabilidad legal que en la responsabilidad política, que es el sistema de la Gran Bretaña, o en la responsabilidad administrativa, que rige en el continente europeo. En una palabra, el objeto de los arreglos que se lleven a la práctica tendrá como mira el triunfo final de la acción del pueblo por medio del proceso de perfeccionamiento de la constitución, y no, como en la Gran Bretaña, por medio de la elección a la cámara de los comunes.

En la dirección de los asuntos exteriores habrá verosímilmente, sin embargo, mayor analogía de métodos entre ambas naciones. Al presente no existe en Inglaterra autoridad parlamentaria sobre el ministerio británico de relaciones exteriores,[67] como entre nosotros limitaciones constitucionales que impidan el dominio del presidente sobre los asuntos del exterior.[68] No es posible introducir en el ministerio de relaciones exteriores una inquisición diaria, con amenaza de pérdida del cargo, ni una interpretación de confinamiento jurídico de la autoridad constitutional. Los actos que impliquen asunción de responsabilidad nacional deben ser definitivos. Debemos reconocer francamente la autoridad del ejecutivo en asuntos exteriores. Pero debemos asimismo procurar que se establezcan convenciones de tal especie que las amplias facultades del presidente se ejerzan tan sólo después de la consideración más detenida, y en forma tal que el uso del veto por el congreso o el senado se haga extremadamente raro y la anulación una imposibilidad virtual.

Estas convenciones podrían desarrollarse por medio de:

1. Declaración de métodos permanentes por el congreso, no en manera alguna coercitivos de la acción presidencial, sino indicando los fines generales hacia los cuales

---

en exclusivo la iniciativa y que, absteniéndose de ratificarlos, podría aplicar un veto absoluto.—Véanse también Young: *The New American Government*, página 25; y los artículos del ex representante y ex gobernador de Massachusetts, S. W. McCall: "Of the Senate" y "Again the Senate," en *The Atlantic Monthly*, octubre de 1903 y septiembre de 1920.

[65] Citado por Wilson en *Congressional Government*, décimoquinta edición, página 242.

[66] Dícey: *The Law of the Constitution*, octava edición, Londres, 1915, capítulo 14.

[67] Véanse las observaciones de A. J. Bálfour y el primer ministro Ásquith para el nombramiento de la comisión de procedimientos de la cámara de los comunes, 1914, informe 378, inserto en Pónsonby: obra citada, apéndice 1, página 121 y siguientes; e *ibídem*, capítulo 5, página 45 y siguientes.

[68] Véase H. J. Ford: "The War and the Constitution" y "The Growth of Dictatorship," en *The Atlantic Monthly*, octubre de 1917 y mayo de 1918.

deben dirigirse los esfuerzos del ejecutivo;[69]

2. Desenvolvimiento de la organización internacional y el arbitraje mediante tratados, en forma de reunir la mayor porción posible de la diplomacia bajo los estatutos de principios reconocidos de derecho internacional, atmósfera en la cual han prosperado siempre las instituciones democráticas y particularmente las instituciones de los Estados Unidos;[70]

3. Observancia de parte de los departamentos independientes de gobierno del principio de que antes de tomar una decisión debe cada cual considerar un deber constitucional el solicitar la opinión de los departamentos coordinados cuya acción sea necesaria para llevar a efecto dicha decisión; a la vez que aquellos departamentos mirarán como un deber constitucional el desempeñar todas las funciones que dentro de sus facultades les correspondan, para llevar a pleno cumplimiento las decisiones a que hayan arribado constitucionalmente los departamentos coordinados;[71] y finalmente, como condición necesaria para tal observancia:

4. Mantenimiento de estrechas relaciones extra oficiales entre las agencias gubernativas relacionadas con los asuntos exteriores. Tales relaciones existen ahora entre el presidente y los departamentos administrativos representados en el gabinete. ¿Por qué no podría ensancharse el gabinete haciéndose que incluya representantes del cuerpo legislativo? La adición del vicepresidente, que se halla en contacto directo con el senado, ha sido sugerida por el nuevo presidente Hárding; pero aun podría obtenerse un punto de vista más genuino del congreso admitiendo también al presidente *pro tempore* del senado, y quizá asimismo a los presidentes de las comisiones de asuntos exteriores en la cámara de diputados y en el senado. El presidente, en compañía de estos cinco funcionarios y de los secretarios de estado, hacienda, marina, comercio y del fiscal de la nación, formaría un gabinete capaz de llegar a decisiones que verosímilmente asegurarían la cooperación de los diferentes departamentos del gobierno, y que al mismo tiempo no sería demasiado extenso para afectar las negociaciones.

Relaciones más estrechas podrían asimismo establecerse por el presidente con el congreso, y especialmente con el senado, mediante la presentación personal de mensajes y explicaciones de su política, pero siempre por propia iniciativa presidencial.[72]

[69] Ciertas resoluciones de esta índole han sido adoptadas, manifestando la tendencia a una política de desarme y arbitraje. Véanse la resolución unida de ambas cámaras, junio 25 de 1910, estatuto 36, página 885, y el decreto de asignación a la marina, agosto 29 de 1916, *United States Statutes at Large*, tomo 39, página 618.—Resoluciones en favor del arbitraje fueron asimismo adoptadas en 1874 y 1890.—Véase "A League of Nations," publicada por la World Peace Foundation, tomo I, número 1, octubre de 1917.

[70] "Las democracias dependen en absoluto para su existencia de la preservación de la ley. Las autocracias pueden dar órdenes e imponer por la fuerza su ejecución. Las regulaciones legales son para ellas una conveniencia; no una necesidad. Por otra parte, la única atmósfera posible para la vida de una democracia, entre el peligro de la autocracia, por un lado, y el peligro de la anarquía, por el otro, es la atmósfera de la ley.

. . . El concepto de una ley internacional que se aplique a todos los gobiernos del mundo es, por consiguiente, natural a las democracias, y toda violación de la ley prescrita conjuntamente por los pueblos que adoptan esta doctrina es recibida con censura, si no con enojo."—Root: "The Effect of Democracy in International Law," *American Society of International Law: Proceedings*, páginas 7 y 8, 1917.

[71] "Es principio general que todo acto válido llevado a cabo por cualquiera de los departamentos de gobierno, sea el legislativo, ejecutivo o judicial, es imperativo para todos estos cuerpos, sin que ninguno tenga la facultad de rechazarlo."—Fínley Sánderson: *The American Executive and Executive Methods*, página 217, Nueva York, 1918.—"Hay fuerza, indudablemente, en la contención de que el congreso de los Estados Unidos se encuentra bajo la obligación moral de mantener el honor de la nación, lo cual implica el estricto cumplimiento de todos los compromisos aceptados por la autoridad que celebra un tratado, pero tiene todavía mayor peso la afirmación de que la autoridad que celebra un tratado se halla bajo la obligación moral de no comprometer el honor de la nación en arreglos dudosos, del mismo modo que se halla bajo la obligación legal de no destruir la libertad de un departamento coordinado del gobierno comprometiéndolo a ejercer actos fuera de las intenciones de la constitución, de la cual deriva toda su autoridad."—Hill: *Present Problems in Foreign Policy*, página 171, Nueva York, 1919.—Véase también Wright: *American Journal of International Law*, tomo 12, página 94.

[72] La regla XXXVI de los estatutos vigentes del senado dispone todavía la manera en que el presidente debe presenciar las sesiones ejecutivas. Henry Cábot Lodge, refiriéndose al reconocimiento, expresado en dicha regla, del derecho que asiste al presidente para presentarse al senado con motivo de la consideración de un tratado, dijo en la cámara de senadores de los Estados Unidos, el 24 de enero de 1906: "Opino, con todo, que nos daríamos por ofendidos si el presidente no nos dirigiera una petición de esta clase."—*Congressional Record*, congreso quincuagésimo nono, primera sesión, tomo 40, página 1470, inserto en Crándall, obra citada, página 68, nota 5.—El presidente Wilson revivió la costumbre, en receso desde el tiempo de John Adams, de aparecer personalmente ante el congreso.

Debe mantenerse la costumbre actual de que el congreso no "indique" al secretario de estado que presente documentos e informes, como lo hace con otros miembros del gabinete, sino que suplique al jefe verdadero del gabinete, el presidente de los Estados Unidos, "someter al dictamen del cuerpo legislativo los asuntos que a su juicio no sean incompatibles con el interés público."[73]

Finalmente, deben existir estrechas relaciones extra oficiales entre el presidente y las comisiones del congreso en asuntos exteriores, asimismo a iniciativa del ejecutivo. El presidente Mádison tuvo razón, como el senador Lodge lo hizo presente en 1906, en negarse a recibir una comisión del senado enviada por este cuerpo legislativo para interrogarle a propósito del nombramiento de un ministro en Suecia.[74] Pero el presidente debería invitar a menudo a dichas comisiones para discutir ciertas materias.[75] De esta manera, sin limitar la autoridad del presidente en las relaciones exteriores o coartar en forma alguna su facultad de actuar con rapidez siempre que las circunstancias lo requieran, podríamos establecer ciertas convenciones que demostraran hasta qué punto podría ejercer su discreción: convenciones sancionadas en último análisis por la posibilidad de un veto del senado o del congreso, de la derrota de su partido en las siguientes elecciones, y aun de la recusación.

Aunque este artículo se refiere al derecho y convenciones constitucionales, es preciso insistir en que el sistema no es la parte más importante de un gobierno. Todo sistema es bueno con hombres de grandes cualidades. El mérito del sistema inglés consiste en que lleva al poder a tales hombres. Los Estados Unidos deben desarrollar métodos y tradiciones políticas que conduzcan a iguales resultados. El pueblo y los partidos deben insistir en nombrar como candidatos a hombres capaces y de experiencia: nada de maniquíes. ¿Por qué no habríamos de desarrollar, con la debida concesión a las exigencias de partido, tradiciones de encumbramiento que llevaran, por ejemplo, del cargo de gobernador al senado, luego a la vicepresidencia o al gabinete, y finalmente a la presidencia? Así se hizo en los primeros cuarenta años de nuostra historia nacional.[76] Así tendríamos hombres más hábiles en el senado y en el gabinete. Así se aseguraría la

---

[73] "El decreto que creó el departamento de estado, en 1789, fué una excepción con respecto a los actos que crearon los demás departamentos del gobierno. No me detendré a citar la fraseología ni las discusiones a que dió origen, pero es un departamento que no está obligado a presentar informe alguno al congreso. Desde su creación, jamás ha asumido el senado el derecho de dirigir o intervenir en los asuntos de este departamento, salvo en materias claramente definidas concernientes a los deberes impuestos por los estatutos, y no relacionadas en manera alguna con la conducta de las relaciones exteriores. *Ordenamos* que los demás jefes de departamentos transmitan al senado determinados documentos o informes, pero no hacemos indicaciones, ni siquiera dirigimos peticiones al secretario de estado. Dirigimos las peticiones al verdadero jefe de ese departamento, el presidente de los Estados Unidos; y, en obsequio a la cortesía, agregamos la frase conciliadora, *si esto no es incompatible a su juicio con el interés público.*"—El senador Spóoner, de Wisconsin, en el senado, 23 de enero de 1906: *Congressional Record*, tomo 40, página 1420, citado en Corwin, obra citada, página 177; y en Crándall, obra citada, página 93.

[74] "En la administración de Mr. Mádison, el senado envió una comisión a verle con motivo del nombramiento de un ministro en Suecia, según creo, y él contestó que no podía reconocer comisión alguna en representación del senado, que sus relaciones eran directas y exclusivas con este cuerpo legislativo."—El senador Lodge, de Massachusetts, durante el curso del debate se refirió a lo de arriba, nota 73, página 1419; Corwin, obra citada, páginas 174-175.

[75] Ejemplo reciente de esto es el ofrecimiento del presidente Wilson de discutir el tratado de Versalles con la comisión de relaciones exteriores del senado, propuesta que dió por resultado varias conferencias en la Casa Blanca durante el verano de 1919.—Véase *United States Senate Document*, número 106, páginas 499 y siguientes, sexagésimo sexto congreso, primera sesión.

Wilson, en *Congressional Government*, páginas 251-256, hace mención de la tendencia a elegir gobernadores más bien que representantes a congreso como candidatos posibles a la presidencia. Reinsch observa un cambio en la tradición de avance a secretario de estado:

"Desde que Monroe fué nombrado secretario de estado en 1811, a raíz de la renuncia de Mr. Blaine, este puesto había sido ocupado constantemente por hombres que habían figurado en el senado de los Estados Unidos, con excepción de un breve interregno—menos de año y medio—y con excepción de Wílliam M. Evarts, que fué elegido senador en período ulterior de su carrera. Desde la renuncia de Mr. Blaine se ha adoptado un sistema enteramente nuevo, siendo Sherman [y Knox] los únicos secretarios de estado que se hayan contado entre los miembros del senado. En tales circunstancias no es extraño que se haya producido entre el presidente y el senado en asuntos exteriores mayor frición de la que existía durante los primeros años de nuestra vida nacional."—*American Legislatures and Legislative Methods*, Nueva York, 1913, página 95, citada en Wílloughby, obra citada, página 460.

[76] Experiencia política y administrativa de los presidentes de los Estados Unidos:

	Vice-Presidente	Gabinete	Diplomático	Militar	Cargo Federal	Senador	Diputado	Gobernador
Wáshington.				x				
Adams, J. .	x		x				*a*	
Jéfferson . .	x	x	x				*a*	x
Mádison . .		x					x	
Monroe . .		x	x	x		x	x	x
Adams, J. Q.		x	x			x	x	
Jackson . .				x	*b*	x	x	
Van Buren .	x	x	x			x		x
Hárrison, W. H. . . .				x	*c*	x	x	
Týler . . .	x			x		x	x	
Polk . . .							x	x
Táylor . .				x				
Fíllmore . .	x						x	
Pierce . . .				x		x	x	
Buchanan .		x	x			x	x	
Lincoln . .							x	
Johnson . .	x					x	x	x
Grant . . .		x		x				
Hayes. . .				x			x	x
Gárfield . .				x		x	x	
Árthur . .	x			x	*d*			
Cléveland .								x
Hárrison, B.				x		x		
McKínley .				x			x	x
Róosevelt .	x			x	*e*			x
Taft . . .		x	*f*		*g*			
Wilson . .								x
Hárding . .						x		
28	8	8	7	14	5	12	17	10

a—Miembro del congreso continental antes de la constitución.
b—Gobernador militar de Florida.
c—Gobernador del territorio de Indiana.
d—Recaudador del puerto de Nueva York.
e—Comisión del servicio civil; subsecretario de marina.
f—Misión especial ante el papa.
g—Procurador general de los Estados Unidos; juez de circuito en los Estados Unidos; gobernador de Filipinas.

competencia y la confianza popular en el presidente.

No solamente la tradición de avance de los puestos legislativos a las elevadas funciones del ejecutivo parece deseable, sino que también sería conveniente el movimiento en sentido opuesto. ¿Por qué no habríamos de conservar en el servicio público a los ex presidentes y ex ministros eligiéndolos para el senado? Se ha sugerido que en la práctica actual de los Estados Unidos se presenta demasiado a menudo el caso de que los jóvenes comiencen su carrera política en la legislatura, dejando que hombres más experimentados en los asuntos públicos se hagan cargo de los altos puestos del ejecutivo. Una de las ventajas del antiguo senado romano era que incluía hombres que habían tenido experiencia en las funciones del ejecutivo. En nuestra reciente experiencia, el ingreso al senado de hombres como Root y Knox, que antes habían sido miembros del gabinete, ha añadido al cuerpo legislativo elementos que tendían en gran escala a su mejoramiento.



AGUAS SOMERAS[1]

POR

SAMUEL HOPKINS ADAMS

El antiguo y siempre nuevo tema del amor es, naturalmente, la base de esta historieta; pero el autor, consecuente con los adelantos de la época, en que parece anticuado el uso del arco y de la flecha, arma a su travieso Cupido con los atributos del moderno psicoanalista, filósofo, científico y razonador, con el resultado inevitable de que salga tan victorioso con su estrategia dirigida al cerebro, como con la acostumbrada flecha disparada arteramente al ingenuo y desapercibido corazón.—LA REDACCIÓN.

I

UNA encantada quietud envolvía los bosques y las aguas. Blandas, iguales, interminables ondulaciones conmovían las vastas superficies, obscureciendo la verde opacidad con purpúreos matices dondequiera que se alzaban mansas curvas. El río tenía un jadear entrecortado, semejante al de una mujer después de una tempestad de ira. Pero la pasión del día había pasado. El viento había caído, aunque pasajeros remolinos agitaban todavía las gigantescas magnolias de la orilla. Retazos del esplendoroso cielo de Florida brillaban a través de los cendales grises que se entretejían en el firmamento. Un silencio de suspiro se extendía sobre el mundo.

Como un travieso y alocado silfo de las aguas que rompiera el hechizo, y asomando de súbito por entre un claro de las altas hierbas de la costa—bastante recóndito y umbroso para servir de acceso a alguna comarca encantada bajo la custodia del genio de los majestuosos árboles—se precipitó una pequeña lancha automóvil lanzando votos y escupitajos de gasoleno en su carrera. Su tripulante prestaba atención escrupulosa a la tarea de pilotearla entre la masa de flotante vegetación. Su aguileño rostro, demasiado largo y de líneas demasiado pronunciadas para llamarse hermoso, estaba fuertemente bronceado; y sus ojos tenían la límpida intensidad que adquieren los de aquel acostumbrado a vivir al aire libre. Vestía un traje práctico; sus manos y ropas estaban decididamente manchadas de aceite; y, a juzgar por su semblante, no parecía muy complacido con la esquema general de la creación.

Tan pronto como estuvo fuera de la ensenada, el motor lanzó un sonoro gruñido de disgusto, adhiriéndose luego al silencio general. En tanto que el ingeniero maniobraba violentamente con la hélice, la proa viró en redondo, de suerte que cuando el piloto levantó la cabeza para tomar aliento, encontróse frente a un bote de cuatro metros de largo y de líneas alargadas que derivaba perezosamente hacia su embarcación. Estaba rodeado de una masa de hierbas verdes y rojizas, y parecía abandonado. Esto, reflexionó complacido, le venía de molde para una ilustración de su próximo informe al gobierno sobre "la Eichhornia como obstáculo a la navegación en el río de Saint John."

Vibró el resorte de la cámara fotográfica. A este ruido asomó por la borda del barco de vela un rostro juvenil y sorprendido, cuyo rasgo distintivo consistía en un par de enormes gafas. El propietario de este rostro se irguió dejando ver una figurilla esbelta, bien proporcionada, perdida entre un abrigo claro de estilo moderno, que no disimulaba del todo los bien cortados pantalones *khaki* que cubrían las piernas hasta la altura de las botas. El cabello, quizá demasiado largo y rizado bajo el valioso jipijapa, y el efecto general de audaz indolencia, expresado en un largo bostezo y estirón, impresionaron desfavorablemente al observador.

—¡Hola, muchacho!—exclamó jovialmente.

—¿Tiene usted algo que comer a bordo?—inquirió el del barco a la deriva. La voz bronca, con aspereza que daba idea

[1] Traducido y publicado por arreglo especial con el autor, propietario de los derechos literarios. Se ha registrado además, en 1921, propiedad de imprenta para el autor, asegurándole todos los derechos tanto literarios como dramáticos y cinematográficos.—LA REDACCIÓN.

de una afición desordenada al cigarrillo, completaba la impresión de cierto tipo discutible de la joven América.

—No,—dijo el ingeniero.

—Así lo suponía. Bien, ¿cuánto quiere usted por remolcarme?

—No soy remolcador.

—¿Qué cosa es usted? ¿Un fotógrafo errabundo?

—Soy un hombre que tiene una cita urgente para comer río arriba.

—Lo mismo que yo,—suspiró el otro. —Mire usted, señor fotógrafo; usted no será hombre capaz de irse dejando a un camarada preso para toda la vida en estas condenadas hierbas, ¿verdad?

—¿Cómo se metió usted allí?

—Me quedé dormido esperando que se levantara el viento, y cuando desperté me encontré atrapado.

—Duérmase otra vez entonces, y quizá cuando despierte se encontrara usted de mandarín . . . con tal que duerma usted una noche entera.

—¡Ah, tenga usted compasión!—suplicó el desdichado.—Estoy muerto de hambre.

—Pero, ¿qué diablos hace usted tan lejos del hotel, en todo caso?

—¿Qué quiere usted decir con "tan lejos del hotel?" ¿Qué se ha imaginado usted?—La bronca y decidida voz vibró con cierto tinte de resentimiento.

—Usted es un turista, ¿no es verdad?

—Soy un aficionado al deporte y propietario de un yate,—fué la réplica, acompañada de vaga sonrisa. —He apostado con Sid Carden a que llevaría yo solo a la vela esta cáscara de nuez desde Jácksonville hasta Hibernia.

—Tiene usted camaradas escogidos. Carden es el mozo más insignificante que existe.

—¡Es amigo mío, y usted está faltando a la verdad! Además, no me es usted simpático, y ahora no le dejaría sacarme de este mal paso aunque me lo suplicara encarecidamente.

—¡Vamos, es un chiquillo!—comentó el ingeniero, divertido.—Es usted una florecilla demasiado frágil para pasar una noche al raso. Se me ocurre que lo mejor que puedo hacer es pasar a bordo de su bote y darle a usted una buena zambullida para enseñarle maneras antes de remolcarlo.

—Piénselo dos veces. Y mientras lo piensa, eche una mirada a este artefacto.

—Es un buen argumento,—asintió el ingeniero, mirando respetuosamente la pistola automática que presentaban a su consideración.—Estoy convencido; no anhela usted compañía demasiado íntima. Muy bien. ¿Qué otra cosa?

—Zambúllase usted si quiere,—murmuró el marino, ofendido. —No me gustó mucho su cara la primera vez que le vi, y no gana nada con el tiempo.

—¿He tenido alguna vez la honra única y emocionante de tropezar con usted antes de ahora?

—Quizá no; pero yo lo he visto a usted, Mr. Jéffrey Sárgent.

—¡Hola, demonios!—profirió el sorprendido ingeniero. —¿Dónde y cuándo?

—El mes pasado, en el baile del club provincial de Ortega. Usted estaba plantado como un poste mientras Alva Meade danzaba con galanes más emprendedores.

—Alva . . . mire, cachorro. . . .

—Cada vez que pasaba cerca de la ventana donde usted estaba,—prosiguió el mozalbete placenteramente,—la miraba usted con ojos de pescado recién sacado del agua.

—¿Por qué diablos se mete usted en lo que no le incumbe?—explosionó el ultrajado Sárgent, que durante toda una quincena había estado tratando, penosa e infructuosamente, de olvidar que Miss Meade y él habitaban el mismo planeta.

—He visto a otros pescados antes de que Allie les eche el anzuelo. Se rebullen.

—Supongo que usted sería uno de esos galanes emprendedores de que ha hablado.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Había de malgastar el tiempo con mi hermanita con el salón lleno de frescos pimpollos de Florida?

—¿Hermanita?—repitió el joven ingeniero.—¿Es usted su hermano?

—Eso mismo. Soy Dicky, de la tribu de Meade. Quienes carecen de prejuicios me consideran la crema de la familia. Lo dejo a su criterio,—dijo el aficionado a la marina con candorosa certidumbre, presentando a su *vis-à-vis* un semblante que, a pesar de su juvenil impudencia y sus fútiles tentativas de asumir la despreocupación del hombre de mundo, hizo palpitar el corazón de Jéffrey Sárgent por su semejanza al

rostro resuelto y adorable de Alva Meade.

—¿Cuándo zarpamos, comodoro?—

El comodoro, perdido en sus ensueños, no contestó.

—Le ha caído mal,—observó el marino compasivamente. —¿No va usted a hacer hablar a su silbato, y enderezar el rumbo hacia donde encontremos algo que comer, almirante?—

En respuesta a tan conmovedora instancia, aquel a quien se dirigía dividió la pesada masa de vegetación acuática que obstruía el paso, hasta abrir un canal por donde hizo avanzar su embarcación.

—Pase a bordo,—ordenó.—

El bloqueado marino le miró con cierta vacilación.

—¿Qué hay?—preguntó Sárgent, impaciente. —¿No puede usted saltar un metro?

—Por cierto que sí. Pero . . . ¡vamos a ver! ¿Es usted un alma cristiana, bondadosa, clemente, capaz de perdón, y todo lo demás? Nada de zambullidas, ¿eh?

—¡Oh, salte a bordo!—gruñó Sárgent.

—¡Perfectamente! Pero, ¿qué haremos de mi larga, baja, averiada barca de pirata? Le costó a papá quinientos dólares, y no estará muy satisfecho si vuelvo a casa diciendo que la he abandonado.

—Eso se arregla muy fácilmente.— Invirtiendo el garfio de su bote, removió toda la masa de hierbas, impulsando hacia la orilla ambas embarcaciones hasta que llegaron al borde mismo de las Eichhornias. —¡Desembarque!—ordenó.

—Hay mucho fango,—objetó el joven.

—Ya lo creo que lo hay.

—Mejor sería que desembarque usted,—sugirió el otro cortésmente. —Así como así, usted está ya todo sucio.—

La voz de Sárgent asumió una entonación peligrosa de paciencia a punto de agotarse. —¡Desembarque!

—Creo que me toma usted por mi hermana,—replicó el joven con impertinencia. —¡No estamos de chunga, imagino!—No obstante, metióse con precaución en el agua poco profunda. —Y ¿qué hago ahora?

—Entrelace usted las plantas flotantes de su isla con las Eichhornias enraizadas en el fango. Atelas firme y sólidamente. Cúidese de las serpientes: a los traviesos mocasines les agrada echar la siesta al borde de las hierbas. Así; ya está bien. El bote no se moverá en toda la vida. Suba a bordo; nos marchamos.—

El sol había descendido detrás del negro fondo de los bosques cuando Sárgent enderezaba la proa de su bote hacia el desembarcadero de Hibernia.

—Mi hermana le quedará muy reconocida por haber traído sano y salvo a casa al vástago de la familia,—observó su pasajero.

—No hace falta,—replicó el ingeniero desdeñosamente. —Y va usted a hacerme el favor de no decir una palabra del asunto. ¿Lo entiende?

—Tan picado como todo eso,—comentó el orgullo de los Meade. —Quizá usted no cree que hace gran servicio a la familia. Y ahora que pienso en ello, no le he oído a usted lanzar tres hurras por mí en ninguna etapa de los procedimientos.

—No necesitaba usted ser sordo para no oírlo,—fué la austera respuesta.

—Parece que usted imaginara que mis padres me encontraron en un cesto de desechos,—arguyó el otro, ofendido; añadiendo más seriamente:—¿Sabe una cosa? Por más que sea usted un pájaro raro, le tengo cierta inclinación, y no sé por qué haya de tratarme como si fuera un indecente advenedizo.—

Una sonrisa bastante amistosa fué la respuesta. —No creo que sea usted un fracaso tan completo como parece, al menos entre los de su clase.

—¡Gracias! Apostaría a que puedo ser un tipo tan serio como usted, si . . . si . . . bueno, si tuviera algo serio en que pensar. Dígame, ¿qué anda usted rebuscando por aquí en este estrepitoso bote?

—*Piaropus crassipes.*

—¿Qué?

—Su captor de hace poco, la Eichhornia. Yo soy botánico.

—¡Fiuu! No se lo ha dicho usted a mi hermana, ¿verdad? Ella cree que todos los sabios son tipos singulares de largas pelucas, anteojos y temas de conversación sacados de la biblioteca de Carnegie.

—No creo haber molestado a Miss Meade con mis estudios profesionales,—dijo el ingeniero secamente.

—¡Discreto buho! Bueno, estoy por

usted, capitán. Si pudiera decir una palabrita en favor suyo. . . .

—¡Fuera de ese terreno, mocito! Yo juego mis propias cartas, cuando la partida lo vale.

—Se me ocurre que tiene usted conocimiento en otras cosas, además de la botánica,—opinó el pasajero, observando detenidamente a su salvador. Arrimó el bote a lo largo del muelle, saltó a tierra e inquirió:—¿Cómo me las arreglo con mi barca?

—Alquile un bote y vaya a buscarla.

—No hay botes de alquiler por este lado. ¿No va usted a regresar por allá? ¿No podía tomarme a bordo al paso?— La voz bronca y juvenil tenía ahora tonos casi humildes.

—¡Ah! Muy bien,—asintió el botánico con indulgencia. —Le avisaré cuando vaya.

—¿Y no quiere usted por lo menos que le diga a mi hermana que lo he visto?—preguntó el despejado Dicky desde el muelle?

—No;—contestó Jéffrey Sárgent con decisión.

II

EN EL amplio vestíbulo de la hostería de Green Cove Springs hallábase sentado Mr. Jéffrey Sárgent en intensa contemplación de su nariz. Ya que de narices se trata, la suya era una facción decente y apreciable; pero, artísticamente considerada, nada tenía que justificara la apasionada concentración de su propietario. Por lo menos así lo pensó Miss Alva Meade, serena y encantadora en su abrigo de automóvil y su ajustado velo, cuando se detuvo para unírsele en su contemplación. Forzosamente hubo él de levantarse.

—¿Cómo está usted, Mr. Sárgent?—dijo la recién venida. —¿Ha notado usted la enseña a la entrada de la ciudad?

—No; creo que no.

—Dice: "Bienvenida a Green Cove Springs." Sentimiento muy cordial, ¿no le parece?

—Efectivamente.

—¿Por qué no lo comparte usted, entonces? No tiene usted aspecto complacido; ¿no está acaso, contento, Mr. Sárgent?

—Desesperadamente,—contestó en tono de estricta neutralidad.

—Yo sí lo estoy,—declaró la joven.—Fué usted extremadamente amable para con Dicky.

—¿De manera que se lo dijo a usted, a pesar de todo?—dijo el joven, con disgusto. —Bueno, como usted comprende, no era cuestión de abandonarlo allí para que se lo coman las vacas.

—Aunque fuera hermano de usted,—agregó Miss Meade, como quien ofrece la conclusión de una frase incompleta. —Temo que no esté usted en disposicón placentera para conmigo.

—Es posible,—asintió él.

—¡Y eso después de haberme birlado un baile!—

El joven Sárgent murmuró algunas palabras ininteligibles.

—El primer baile, comprometido con una semana de anticipación,—agregó la muchacha. —¿Sabe usted? Eso hiere el orgullo de una mujer. ¿Qué significado tienen esos gruñidos que usted da, Mr. Sárgent?

—Si usted no quería verme,—se lamentó el joven sombríamente,—¿por qué obligarme a atravesar treinta millas de agua, con el sólo propósito de. . . .

—¿Obligarlo? El río es franco y navegable,—observó ella. —Yo quería bailar ese vals; y justamente porque usted prefería sentarse y conversar, cuando habíamos cambiado ya ideas sobre todos los temas posibles en el mundo mientras estuvimos juntos en el bote. . . .

—No creo que hayamos hablado tres horas por todo. —La expresión de Mr. Sárgent era marcadamente ofendida.

—¿No? Es curioso cómo se imagina uno a bordo que conoce a la gente, ¿no es cierto?—

Nuevo gruñido del joven Sárgent.

—Y luego tropieza con extrañas y desilusionadoras revelaciones de infidencia, como birlar los bailes. . . .

—Usted sabe muy bien que yo no podía bailar con el traje que llevaba.

—Y ¿por qué venir entonces con ese traje?—preguntó ella, con bastante apariencia de razón.

—Mi maleta se cayó al agua al desembarcar,—rezongó él.—Traté de explicárselo, pero. . . .

—¿De veras? ¡Pobrecillo! Recuerdo ahora que yo no estaba de humor para explicaciones. Rara vez lo estoy. La música me bailaba en los pies. Con todo, Sid Carden fué un excelente substituto. ¿Qué decía usted, Mr. Sárgent?

—Nada,—replicó él, lo cual no era estrictamente cierto.

—¡Ah! De todos modos, tengo que agradecerle a usted que haya sido tan bueno para con Dicky.—

Mr. Sárgent ahogó otra exclamación.

—Esto suena lo mismo que lo que dijo usted cuando afirmaba que nada había dicho. pero, ¿por qué echar votos contra el pobre Dicky?

—No debía haberme descubierto.

—No lo descubrió a usted. Me dijo simplemente que un hombre alto, despótico, de expresión desagradable, lo había arrancado de en medio de un banco de Eichhornias; de suerte que hube de reconocerlo. Y ¿sabe usted, Mr. Sárgent? Creo que ha ejercido usted influencia saludable en el tierno espíritu de Dicky.—

Mr. Sárgent observó que se le ocurrían a él muchas cosas que podían ser saludables para el tierno espíritu de Dicky.

—Dice que usted lo trató con rudeza; y creo que más bien le ha gustado, a fuer de nueva experiencia. Dicky no ha frecuentado mucho a los hombres; quiero decir, a verdaderos hombres. Dicky no es una mala persona, en ciertos respectos.— Sus ojos y su voz hiciéronse profundos. —pero él no comprende la vida, y me parece que le gustaría comprenderla; le gustaría encontrarle su verdadero significado, ¿comprende usted? Marcha a ciegas. A todos nos pasa lo mismo, creo yo. Pero usted no va a tientas, ¿no es cierto?—

Inclinóse hacia él, absorta y meditativa.

—Cuando se pone usted así,—dijo Jéffrey Sárgent, —yo . . . yo . . . es como si oyera una música lejana.

—Eso mismo me dijo usted a bordo. Van dos veces.

—Y lo he pensado mil. Pero a usted no le gusta.

—Dije que no me gustaba. ¿Qué puede decir una pobre muchacha?—replicó ella ligeramente.

Levantóse. —Quizá lo veré a usted en el muelle cuando venga por Dicky. Él me ha dicho que usted iba a llevarlo otra vez. Adiós, y gracias.—

Después de su partida, el joven Sárgent quedó sumergido en honda meditación, de la cual salió lanzando una iracunda frase de reproche. Alva Meade no había siquiera sugerido que viniera a verla a Hibernia.

—¡Ah, mujeres!— exclamó, en amarga comunión consigo mismo. —¡Es preferible en todo caso lidiar con las Eichhornias!

Cuando la niebla roja y cálida del sol naciente se diseñaba a través del río detrás de la apretada selva, la blanca lanchita automóvil de Jéffrey Sárgent jadeaba vigorosamente al costado del muelle de Hibernia. Tan sólo una persona había allí esperándola: un perezoso y adormilado Dicky, que fué acometido de un acceso de tos al levantarse para enderezar la cercana proa.

—Mi hermanita me encarga sus recuerdos,—observó, mientras saltaba al asiento de popa,—y también decirle que el sueño es mejor para el cutis que el amanecer; que de otra manera habría venido a saludarle.

—No lo esperaba,—dijo Jéffrey con aspereza.

—Ése es el mejor método con mi hermana,—aprobó el joven cordialmente.—Nunca espere usted nada, y así no tendrá decepciones . . . quizá.— Lanzó una mirada inquisidora en dirección de su piloto, y exclamó alegremente:— ¿Acostumbra usted ponerse camisas elegantes y cuello blanco para estas excursiones matinales, compañero?—

El otro le dirigió una mirada incisiva. —¿Cuántos años tiene usted?—preguntó.

—Con derecho a votar el año entrante; gracias por su amable interés.

—Bien, yo tengo veintinueve años,—declaró el grave y anciano Mr. Sárgent,—y puede usted guardar su parloteo infantil para las personas a quienes les agrade. A mí me desagrada.

—¡Caramba! y¿ qué viejo es usted?—dijo el cachorro. —A mi hermana le gustan los jóvenes. Tienen el espinazo más flexible,—añadió meditativamente.

Fué imposible determinar si el casi senil Mr. Sárgent había oído o no esta última aserción, porque precisamente en el mismo

instante el motor comenzó a funcionar con violencia; pero tiró a su lugar con ímpetu innecesario una vasija de grasa.

—Dígame,—continuó diciendo su pasajero,—¿qué le interesa a usted por estos sitios, a todo evento?

—La Eichhornia, o jacinto de agua, como ya se lo he dicho.

—¿La cultiva usted?

—Impido que se propague.

—Es una ocupación muy útil y divertida para un hombre vigoroso como usted.

—Es bastante útil, si tiene usted suficiente inteligencia para observarlo.

—No la tengo,—replicó el candoroso joven; —pero anhelo adquirirla. Explíquemelo usted.

—Tiene usted precisamente el tipo para alimentar un interés científico, aunque disimulado, por la *Piaropus crassipes*,—observó Jéffrey Sárgent irónicamente.

—¡Nada de ciencia! Yo soy un negociante práctico. Papá ha comprado una gran extensión de monte cerca del río Doom para dedicarse al negocio de maderas, y he oído hablar de sus contratiempos con la Eichhornia. Si pudiera darle algunos datos que ignora acerca de la vieja y traicionera planta, crecería en su concepto. Quizá si hasta me nombraría su socio.

—Quizá le compraría a usted un velocípedo,—sugirió el desdeñoso Mr. Sárgent.

—Ya que se habla de esto,—replicó el joven, muy esperanzado,—él podía apoyarlo a usted en este ramo particular de sus afanes. Tengo muchísima influencia con papá.

—Por ahora, —replicó el botánico secamente, —puedo pasármelas muy bien con ayuda del Tío Sam.

—¿Qué sucederá si encuentra usted lo que busca?—preguntó el curioso mozalbete.

—Que se ahorrarán doscientos cincuenta mil dólares por año a la navegación y al transporte de maderas por el río.

—Perfectamente; pero, ¿usted? ¿Qué va sacando usted de todo eso?

—La satisfacción de realizar algo en que me intereso. ¿No seduce esto la imaginación práctica de usted?

—No se lo garantizo. Es una idea nueva y tiene su sabor peculiar; creo que seré capaz de tragarla. Y ¿qué hay del dinero? ¿Le toca a usted alguna rebanada del cuarto de millón?

—No. Pero tampoco la necesito especialmente. Me dedico a esto por el simple interés del juego.

—¡Vaya, que es usted fácil de explotar!—reflexionó el mancebo.— Voy a darle un consejo, profesor: váyase con cautela con mi hermana. Usted es un hijo de la tierra, demasiado honrado y demasiado ingenuo. Nunca podrá usted arrollarla en la partida. Se lo advierto gratis,—añadió magnánimamente;—mi hermanita es difícil de manejar.

—¡Parece usted un hermanito muy fiel!

—Bueno, me disgusta ver que usted se arriesga a esta clase de juego. ¿Qué sabe usted de mujeres?

—No mucho. ¿Qué sabe usted?— La expressión de Jéffrey Sárgent era francamente divertida.

El mancebo meneó la cabeza con aire de sabiduría. —Las conozco muchísimo. Me he críado en casa con tres de ellas, y jamás he podido adivinar nada de su juego. Por lo general es muy incierto. Ellas le dan varios nombres, pero para mí no es otra cosa que el anhelo inconsciente de encontrar al hombre de sus sueños. Es la persecución de algo muy indefinido.

—Parece que usted ha dedicado honda meditación a estas graves materias, señor filósofo,—observó el otro burlonamente.

—Mi hermana, por ejemplo,—prosiguió Dicky,—vacilará y meditará y pensará una cosa un minuto y otra el minuto siguiente . . . y luego deseará alguna otra cosa. El hombre que la conquiste tendrá que arrebatarla y escapar con ella.

—Mire usted, mocito; ¿le parece a usted correcto estar discutiendo a su hermana en esta forma con simples conocidos?

—Yo creía que a usted le interesaba mi hermana,—replicó el desenvuelto joven; aunque ¡el diablo me lleve si sé por qué! Había media docena de muchachas más bonitas que ella en ese baile.

—Es usted un chiquillo alocado,—declaró Jéffrey.

—¡Oh, tengo que confesar que ella se los arrastra a todos, aun en competencia con otras mucho más hermosas. Solamente que no sabe qué hacer con ellos una vez que los ha conquistado. Los galanes alborotan

la casa a tal punto que apenas hay donde darse vuelta,—añadió en son de queja.

—Yo no,—murmuró el otro, más para sí mismo que para su compañero.

—No; usted no. Quizá éste es su sistema. Pero hay un medio, que a mí me ha surtido buen efecto. Conozco un pimpollito, allá por. . . .

—¡Aunque así fuera, Dicky! Los hombres decentes no cuentan sus aventuras con las muchachas.—

El otro levantó la cara vivamente. —¿No? Yo he oído que lo hacían.

—Nunca conmigo, en todo caso.—

Dicky prefirió interpretar esto a su manera. —¡Oh! Usted querría más bien que le hable de mi hermana. Bueno, pensándolo bien, no estoy seguro de que diera buen resultado aquello del arrebatarla y escapar. El mozo que ensaye este juego tendrá que hacerle creer que es ella quien dirige la partida, o de lo contrario se estrellará contra el baluarte de su obstinación. ¡Todo un señor baluarte, lo diré a quien quiera oírlo! En mi opinión, esto no es sino parte de las defensas que las mujeres tienen en reserva por algún lado.— Levantóse y escudriñó con la mirada la línea de la selva.

—Allí está la vieja barca, tan en salvo como si estuviera en un dique. ¿Qué me aconseja ahora?

—Puede usted hacerme desembarcar en la caleta, y luego irse de exploración si le acomoda. Regrese a tiempo para la merienda.—

Almorzaron juntos en un roble caído, teniendo ante sus ojos un pequeño caimán, tres blancos ibis y una tortuga gigantesca, mientras Dicky hacía preguntas, no desprovistas de ingenio, acerca de la Eichhornia. Hasta hizo una alusión velada a la posibilidad de aceptar una propuesta para acompañar al botánico en sus investigaciones. Después de dos horas de estudios en la playa, el jefe de la expedición anunció que era tiempo de emprender el regreso, a la vez que recogía de la orilla dos tablas de pino y las acomodaba en el bote.

—¿Para qué es eso?—preguntó el pasajero.

—Espérese hasta que lleguemos a su barca y lo sabrá.—

Evadiendo los flotantes islotes de plantas, la lancha se metió entre la masa de hierbas que sujetaba el bote de vela con tanta solidez como un millar de dedos liliputienses. Sárgent arrojó una de las tablas delante de la proa.

—Salte al puente, Dicky,—ordenó.

El joven echó una mirada recelosa a la tabla. —No resistirá mi peso.

—Seguramente que lo resistirá. La Eichhornia sostendrá la tabla a flote.

—Primero tendrá que comprobarse eso.

—Salte usted a la tabla,—repitió Sárgent con suavidad. —¡Vamos, hombre de Dios! No va usted a llorar por eso,—añadió, disgustado.

—No, no voy a llorar,—profirió Dicky, con la voz todavía más ronca que de costumbre. Cautelosamente ensayó primero con un pie, después con el otro. —¡Vaya, si son verdaderos salvavidas!—exclamó, contemplando con admiración las boyantes plantas.

—Arrastre la otra tabla a lo largo, colóquela a continuación y tendrá usted una senda por donde llegar en seco hasta su barca. En seguida coja el garfio y ábrase paso.—

Siguiendo estas instrucciones, el joven llegó a su embarcación y desató las improvisadas cuerdas que la sujetaban, mientras su superior fumaba la pipa en cómoda contemplación.

—Está muy bien,—aprobó. —Supongo que no ha tenido usted otra hora de tan ruda labor en toda su vida. Ahora amarre sólidamente esta cuerda y lo remolcaré hasta su casa.

—¡No será así, en tanto que yo pueda evitarlo!

—¿No? ¿Prefiere usted ir por su propia cuenta?

—¿No le he dicho que tenía una apuesta con Sid Carden? No me sorprendería que esté por allí cuando regresemos. Dijo algo de venir a verme . . . queriendo significar a mi hermana, por supuesto. ¿Por qué dar una imitación de borrasca cuando el sol brilla en realidad, gran jefe?

—Creo haberle dicho ya, Dicky, que no me parece que ese disipado joven sea el compañero más conveniente para usted.

—Y yo le contesté lo que usted era, cuando me lo dijo. ¿Qué quiere decir con disipado, después de todo?

—Bueno, que no hace nada de provecho; o ¿hace algo, por ventura?

—Y ¿por qué habría de hacerlo, con todo el dinero que tiene su familia?

—Y ¿por qué no? El hombre está obligado a hacer algo en este país, si quiere llegar a ser un hombre.

—¿Se tomaría usted toda esta molestia con las algas si no tuviera que hacerlo?—

Jéffrey Sárgent sonrió pacientemente. —No tengo que hacerlo, si se refiere usted a ganancias pecuniarias,—respondió. —Pero es algo que me creo capaz de hacer, porque me interesa. Y naturalmente lo hago.

—¿Ésta es su doctrina, entonces? —Dicky lo consideró un instante con curiosidad.—No creo que Sid fuera capaz de seguirla. Sin embargo, es posible que haya algo de verdad en tales principios. Me gustaría ensayar.

—Perfectamente. Lo emplearé a usted como asistente temporal.

—Sid se burlaría de mí.

—Zumbido de moscardones.

—Conozco la Biblia,—replicó prontamente el otro. —Y no piense usted que va a impresionarme mucho calificando de necio a Sid, especialmente cuando puede llegar a convertirse en un miembro de familia cualquiera de estos días.—

Sucedióse un momento de silencio. —No sabía eso,—dijo Sárgent. —Siento mucho haberme expresado así, Dicky.

—¡Oh, no vale la pena!—replicó el otro con cierta desazón.—No hay nada decidido todavía; y con Alva nunca se puede asegurar. Bien; agradeciéndole a usted muchísimo su bizarro salvamento de un infortunado marinero, me despido de usted seguro y obsecuente servidor.

—Ponga usted primero esas tablas en su sitio.

—Muy bien, almirante. —Inclinándose sobre el costado, lanzó una súbita y estridente exclamación.

—¿Qué hay?—preguntó Sárgent.

—Algo me ha herido.

—¿Herido? ¿Dónde?

—En el brazo. —El joven mostró la manga de su camisa de franela, que empezaba a teñirse en el antebrazo con la sombra de dos pequeñas manchas de sangre.

El hombre rasgó la tela de un tirón violento.—No está cerca de la vena, y es una mordedura insignificante. ¡Tiene usted suerte!—Sacó su cuchillo.

—¿Qué ha sido?—preguntó Dicky, con ojos muy abiertos.

—Un mocasín. Se lo previne el otro día.

—¿Es . . . me matará?

—¡Qué ocurrencia! Ha sido muy tierno. Siéntese aquí. ¡Firme, ahora!—Aseguró el delicado puño entre sus rodillas, donde quedó sujeto como en un torno. —Cierre los ojos. Saldrá un poco de sangre.—

El fino pero musculoso brazo se estremeció mientras la hoja hacía dos incisiones en cruz. —¡Valiente mozo!—murmuró el operador, porque el sujeto no se había desviado. Inclinándose luego, aplicó fuertemente sus labios a la herida. Un vivo color de rosa inundó el rostro de Dicky, que antes había empalidecido.—

—Esto será suficiente,—declaró el cirujano aficionado.—Ahora vendaremos la herida, y lo único que sufrirá usted es un poco de dolor al brazo. La manga de su camisa absorbió casi todo el veneno.

—¿Eso es todo?—preguntó Dicky, con el tono decepcionado de quien considera que debía hacerse un poco más de alboroto acerca de su persona.

—Eso es todo.—Pero Sárgent, volviéndose a un lado, frotó disimuladamente con un poco de sal de su caja de provisiones una pequeña escoriadura de su labio inferior. —Quizá sería mejor que se venga usted conmigo, sin embargo, y deje la barca allí hasta más tarde.

—No. Si dice usted que no hay peligro, me iré llevándola a casa a la vela ahora mismo.

—No hay peligro. Le hará provecho al brazo si sobreviene una ligera hinchazón. Le ayudaré a izar la vela.—

Hecho esto, el barco de vela enderezó el rumbo a través del río en dirección del viento, mientras Sárgent dirigía su lancha contra la corriente. Al separarse, le gritó sus últimas órdenes:

—¡Si se atreve usted a ensartarle a su hermana cuentos de heroísmo por esto, he de ahogarlo!

—¡Guardo silencio pues!—asintió Dicky, enviando un alegre ademán de adiós.

A solas con sus pensamientos y con la

sensación dolorosa de algo que se desarrollaba dentro de su cara, Jéffrey Sárgent arribó a una ardua conclusión: "No me importa que se case con Sid Carden. Creo que el muchacho es digno de que haga algo por él: es valiente."

III

Y ASÍ es cómo han pasado las cosas,—decía Alva Meade a su amiga Betty Déering al final de una narración que, a juzgar por la expresión del rostro de su oyente, debía haber sido a la par interesante y divertida;—nada en dos platos.—

Hallábanse sentadas en el emparrado pórtico de la quinta de Déering, situada en los alrededores de Green Cove Springs.

—Has cambiado de color cinco veces durante el relato,—observó Miss Déering.

—No es cierto. No seas tan perversamente suspicaz. ¿Lo convidaste a tomar el te?

—Sí. No puede venir.

—¿No puede?—exclamó Alva con tono agresivo. ¿Por qué?

—Paperas.

—¡Paperas! ¡Podías decir también que está echando los dientes! ¿Le dijiste que yo venía?

—¿Acaso voy a pescar sin anzuelo?

—¿Te dijo que tenía paperas?

—No era necesario. Yo misma lo vi. Está hecho una lástima el pobrecillo. Se parece al jardinero, aquella vez que una culebra le mordió en la barba. ¿Qué te pasa, Alva? ¿Te sientes indispuesta? ¡Dios mío, vas a suponer! . . .

—¿Podré hablarle por teléfono?—interrumpió la otra.

—Probablemente. Está en la hostería.—

Pasado un minuto regresó la visitante con el color no sólo restaurado sino más encendido.— Va a venir,—anunció. Y diez minutos después:—Ahí viene, con una cara de buñuelo de crema malogrado.—

Aunque la descripción era quizá un poquillo exagerada, el semblante de Mr. Sárgent estaba muy lejos de presentar un aspecto atractivo cuando subió las gradas del pórtico y presentó sus respetos.

—Espero que su indisposición no sea contagiosa,—dijo Alva con solicitud, estrechándole la mano.

—No,—replicó él, con aire aburrido. —No se trata de paperas, después de todo. Es una especie de infección estúpida. ¿Cómo está Dicky?—

A esta inocente y natural pregunta la dueña de la casa se retiró con un acceso de tos a vigilar el te, sintiendo la impresión de una mirada asesina de parte de Alva.

—Dicky está perfectamente,—dijo esta señorita. —Está desarrollando una admiración tremenda por usted. Le ha hecho usted más bien que ninguna otra persona de las que haya conocido hasta ahora. Me pregunto por qué no ejerce usted semejante influencia favorable sobre mi carácter,—añadió, pensativa.

—No se me había ocurrido que tuviera yo dotes especiales para el papel de mentor,—replicó Sárgent.

—Supongo,—reflexionó la muchacha,—que una persona seria como usted es más a propósito para Dicky que para mí. No quiere esto decir, naturalmente,—añadió con maliciosa magnanimidad,—que yo no sienta en cierto modo simpatía y respeto por usted.—

A este deliberado alfilerazo, él sonrió. Debido a la condición peculiar de aquella parte de su individuo destinada especialmente a la sonrisa, el efecto fué curioso y sorprendente; pero Alva, al observarlo, sintió disminuir en ella la confortable sensación de superioridad y dominio de la situación. Era la clase de sonrisa que sólo acentúa el hombre acostumbrado a reír de su propia flaqueza. En consecuencia, Alva comenzó a sospechar que existía en él una fortaleza formidable. Y a fuer de mujer, vagamente temerosa, quiso desafiar sus temores.

—El jueves por la noche dan un concierto en Hibernia a favor de la iglesia,—dijo. —Por un dólar entra cualquiera, por más hinchado que esté. Yo voy a cantar, si es que esto puede influir en algo.

—Iré,—replicó él prontamente.

—Si lo veo a usted, como naturalmente espero tener el gusto,—manifestó con exagerada cortesía,—no diga nada acerca de Dicky, ¿me lo promete? Mi tía está un poco disgustada con él. ¿Cuándo piensa llevarlo en su expedición nocturna?

—El viernes, si usted da su aprobación.

—Yo sí, pero mi tía no la daría. Tendrá usted mucha precaución, ¿no es ver-

dad? Dicky no es un gran nadador. ¿No es acaso traicionero el río?

—Algo. Puede uno avanzar muchas millas en aguas de poco fondo, y de pronto, sin indicio alguno, el río se ahonda en profundidad inmensa.

—En profundidad inmensa,—murmuró ella. —La vida es así, ¿no es cierto?

—El amor es así,—replicó él gravemente.

—¡Qué solemnes nos estamos poniendo! —dijo ella con voz alterada. —Y, sin embargo, Dicky afirma que usted es extraordinariamente divertido a veces. Dice que oírlo a usted echar votos cuando sus experimentos no marchan bien es una educación liberal.

—¿No teme usted exponer al precioso niño a influencia tan contaminadora?—

A estas palabras ella miró de frente y sin temor a sus ojos. —No temería confiar a usted lo más precioso del mundo. Dicky dice que es usted tan endiabladamente leal, honrado y recto que lo asusta. No ha conocido hasta ahora hombres como usted. No trate usted de ruborizarse, porque sería trabajo perdido en la condición actual de su rostro. Estoy más segura que nunca,—añadió,—de que hace usted bien al alma de Dicky.

—No me hable usted como si fuera un evangelista errante,—suplicó él con una mueca de sonrisa.

—Muy bien; le hablaré como a un celoso hombre de ciencias, lo cual es usted, ¿no es cierto?

—Muy celoso,—dijo él, dejando que ella lo tome como quiera. —Es decir. . . . —Interrumpióse.

—¿Por qué me mira usted la mano?—preguntó ella. Luego la levantó, riendo.—Nada de acusadora evidencia. Hace usted las cosas muy a las claras, continuó audazmente. Dicky me dijo también esto. Ahora cuénteme sus investigaciones de la Eichhornia. Aquí viene Betty.—

Cuando la acompañaba al automóvil después del te, dijo Alva: —No se olvide del concierto. Lo veré por allá.

—Con tal que mi rostro asuma sus proporciones normales.

—¿Por qué preocuparse tanto de su hermosura?—dijo ella con chunga. —Yo ni siquiera lo calificaría de guapo. Bondadoso, quizá, y digno de confianza. . . . No se alarme . . . pero nada como para ponerse en un marco en la repisa de la chimenea. Sin embargo, Dicky lo juzga a usted un modelo perfecto para el cinema. Hasta la vista, Mr. Sárgent.—

De regreso a la hostería aquella noche el joven Sárgent escuchó al pasar por el despacho cierto nombre que le hizo detenerse para atender a la conversación.

—Son mala gente esos pescadores,—decía el administrador.

—¿Cómo fué el incidente?—preguntó el empleado.

—Parece que la hélice se enredó en alguna de sus redes, que no tenían derecho de tender en el canal, a todo evento. Desde entonces han estado hablando mil disparates y amenazando que se las han de cobrar.

—¿Hablan ustedes de la casa flotante de los Meade?—preguntó Jéffrey.

—Sí. Está anclada a un kilómetro afuera del río.

—¿Quién está a bordo?

—El joven Meade, según creo.—

Cinco minutos después una canoa tomada apresuradamente al azar, surcaba las ondulaciones del río con impulso vigoroso en dirección de las luces de la casa flotante.

El rumor de voces en disputa llegó a oídos de Sárgent mientras atracaba a la popa y subía a bordo, divisando a la luz de la luna la escena de tres pescadores que retrocedían ante un joven gigante de negros bigotes y armado de un garfio, en tanto que un cocinero a medio vestir se replegaba temerosamente a segundo término. Por ninguna parte había rastros de Dicky. En el momento en que un individuo de las fuerzas en retirada deslizaba la mano bajo su camisa y sacaba un cuchillo, apretándolo de plano contra la palma en el acto de lanzarlo, Sárgent avanzó, blandiendo su canalete. La hoja voló por los aires y desapareció tras de la borda. Sorprendidos por este inesperado refuerzo, los acometedores se precipitaron en su bote y se alejaron con violentas amenazas.

—Altamente reconocido,—dijo el campeón, volviéndose a su asociado con sonrisa cordial. —Pero, ¿quién es usted, y de dónde diablos salió tan a tiempo, si se toma usted la molestia de explicármelo?

—Soy Jéffrey Sárgent. Oí decir que preparaban una agresión, y por eso vine. ¿Dónde está Dicky?

—¿Dicky? ¿Qué Dicky?

—Dicky Meade, naturalmente.

—Yo soy Dicky Meade.—

Jéffrey Sárgent se apoyó en la borda y enjugó su húmeda frente.

—¡Cómo ha crecido usted!—dijo débilmente.

IV

CON UN definido punto de partida, el hombre, que es un animal racional, puede deducir, según declaran los lógicos, cualquiera conclusión. Jéffrey Sárgent tenía ahora un punto de partida indiscutible. Dicky Meade no era tal Dicky Meade. ¿Quién era, entonces, Dicky Meade? La solución de este problema apareció a la persona más interesada, en medio de la obscuridad de su aposento, a la una de la mañana, en una serie de descubrimientos estrechamente relacionados, que se tradujeron en este orden:

"Soy un idiota.

"Ella es una maravilla.

"He de hacerlo."

Mas, para estar seguro de su terreno, preparó una sencilla trampa para ruina de Miss Betty Déering, dirigiéndose al mediodía a visitarla, y ocultando sus proyectos bajo una sonrisa amistosa aunque deforme.

—¿Va usted esta noche al concierto de Hibernia, Betty?—comenzó inocentemente.

—No; tengo otro compromiso.

—¿Ha sabido usted de Miss Meade esta mañana?

—Sí; me llamó por teléfono hace un momento.

—¿Cómo está su brazo?— preguntó el visitante con aire indiferente.

—Casi bien,—respondió Betty sin darse cuenta; luego, demasiado tarde, agravó su error demudándose su rostro y exclamando:—¡Jeff! ¿Cómo lo ha. . . .

—¿Cómo lo he descubierto?—terminó el triunfante estratégico. —A favor del bien conocido principio de que dos y dos son cuatro.—

Lágrimas de vejación aparecieron en los ojos de Betty. —Alva no me lo perdonará nunca. ¡Qué mezquina treta la suya, Jeff!

—¡Oh! Estaba seguro de ello en todo caso,—replicó orgullosamente. —No sé cómo ha podido jugármela sin que yo lo sospechara antes por una docena de pequeñeces que recuerdo ahora. . . . ¡Qué imbécil debe creerme!

—No necesariamente. Alva tiene un don especial para representar papeles de muchacho en comedias de aficionados.

—Pero, ¿por qué disfrazarse para espectáculos privados en un río público?—

La joven se echó a reír. —Ése es su nuevo traje de *golf*. Cuando usted la tomó por muchacho, ella representó el papel a su gusto. Así es Alva, de cuerpo entero. Naturalmente las gafas contribuyeron al éxito del disfraz.

—Lo desempeñaba muy bien a la verdad,—admitió el otro. —Mas parece que me ha llegado el turno. Mire, Betty; hagamos un pacto de buenos amigos. Si usted no descubre que estoy al tanto de la mascarada, yo le guardaré secreto de que usted descubrió al falso Dicky.

—Eso es alistarme en una traición contra mi sexo. Pero . . . siga usted adelante, Jeff, y triunfe si puede.—

El concierto de Hibernia fué un éxito brillante en concepto de todos, excepto para la artista principal. Su triunfo estuvo opacado por un claro en el auditorio, donde debía hallarse Jéffrey Sárgent, quien no se había presentado. Apenas si atenuó su falta de asistencia la llegada de un enorme manojo de las bellísimas flores de Eichhornia, con su borde azul pálido grisáceo, y sujetas con ramas de floridos jazmines, formando un verdadero ramillete de las selvas. Miss Meade decidió en su resentimiento que se desquitaría del infiel no asistiendo a la cita que en su papel de Dicky había aceptado para la expedición nocturna en el río. Luego reflexionó que ésta sería la última de tales excursiones, pues que la casa flotante se trasladaba al día siguiente hasta el lejano sur. Y luego cambió otra vez de idea, y volvió a cambiar, y cambió de nuevo.

A la hora señalada el falso Dicky aguardaba en el muelle. Nieblas fantásticas se deslizaban sobre la superficie del río. Asumiendo extrañas formas en la inmensidad, oscilaban aproximándose, retrocediendo, disolviéndose de nuevo en el horizonte a impulsos de un leve viento que

palpitaba a intermitencias en la obscuridad, aliento interrumpido y apasionado de las selvas que bordeaban la orilla, viento perfumado, lánguido, preñado de murmullos y del tumulto indistinto de una magia indescriptible. La pequeña lancha avanzaba silenciosamente en medio del encanto.

La figura vestida de *khaki* que aguardaba en el muelle saludó con la voz bronca y estudiada de Dicky: —¿Por qué todo ese trabajo de remos, jefe?

—Algo le ha pasado al motor. No funciona. —Era verdad; muy pocos motores funcionarán cuando las bujías de ignición han sido arrojadas por la borda.

—¿Entonces queda prorrogada la expedición?

—No; tomaremos su barca.—

Juntos izaron las velas. Jéffrey tomó el timón.

—¿Qué cosa vamos a estudiar en este viaje?—preguntó el pasajero, sentado al lado del navegante.

—Un pequeño insecto lepidóptero productor de un gran número de larvas que se alimentan de los tallos de la Eichhornia.

—Ya comprendo,—dijo el falso Dicky, tosiendo de manera muy capaz; al menos así se lisonjeaba. —Un aliado nuestro. Somos apóstoles de la conservación de la raza destructora.

—Incidentalmente tiene usted algún destello de idea, Dicky,—fué la seca respuesta.

El viento se levantó con más fuerza, hinchando las velas. La barca se deslizaba como un fantasma más blanco entre los espectros de niebla gris. Una boya roja apareció en su camino. El timonel la evitó con una ligera presión de su mano.

—La línea divisoria,—dijo deliberadamente. —Salimos de las aguas someras, entramos en las aguas profundas: casi a ciegas, envueltos en la penumbra, como en la vida . . . como en el amor.—

Ella se volvió, estremecida e incrédula. —¿Por qué dice usted eso?—preguntó.—

El rostro de Sárgent, atento al rumbo, ni se alteró ni se movió. —¿Es acaso la primera vez que usted me lo oye decir?—

Entre el leve murmullo del viento y el rumor de las aguas cortadas por la proa, pudo escuchar el aliento entrecortado de la joven.

—¡Alva!—murmuró.

—¿Cómo lo ha sabido usted?—preguntó ella, con toda la cristalina dulzura de su voz.

—Encontré a Dicky, al verdadero.

—¡Cielos!—Su risa era algo trémula —¡Qué mala suerte!

—Lo ha hecho usted maravillosamente bien. Pero, ¿por qué lo hizo?

—¡Oh! La oportunidad dramática era demasiado tentadora para resistirla. Yo soy una persona aficionada al teatro, ¿sabe usted?

—Eso está muy bien por una vez, pero usted continuó la farsa. ¿Por qué?

—Para completar la educación de Dicky; del yo Dicky.—

Él sacudió la cabeza suavemente. —¿Por qué lo hizo usted?

—¡Qué inexorable confesor! Bien, el ansia de aventuras; audacia, si usted lo prefiere.

—No lo prefiero. ¿Era ésta la única razón?

—No.

—¿Y bien?

—Porque me gustaba estar con usted de esa manera. Me gusta usted, de hombre a hombre.

—¿Y de hombre a mujer?—

La pura serenidad de su voz se turbó al contestar:—No me lo he preguntado todavía.

—Pregúnteselo, entonces. O ¿debo preguntarlo yo?—

Ella le miró, temiendo y deseando a medias que la estrechara contra su pecho, que la reclamara como suya. —Usted,—murmuró.

Sujetando el timón entre sus rodillas, él se inclinó y la besó en los labios. Parecióle a ella en aquel momento que la barca, su diminuto universo, había pasado fuera del dominio humano, y se precipitaba vertiginosamente en la órbita inconmensurable del destino. No se movió, pero cuando él levantó la cabeza, habló:

—Aquel día, cuando me mordió la serpiente,—dijo con acento interrumpido y vibrante de pasión,—sentí que tus labios absorbían la esencia misma de mi vida. . . . —Detúvose. Pudo él observar el rápido y desordenado palpitar de su seno. —Debe de haber comenzado entonces,—murmuró la joven.

—¡Cómo es posible que yo no lo haya comprendido!—maravillábase él.

Ella puso sus dos manos entre las del joven. Estaban frías y trémulas, pero su abandono decía de su absoluta confianza.

—¿Qué vas a hacer de mí?—preguntó.—

Como respuesta hízola erguirse y colocó sus manos en el timón. —Tú marcarás el rumbo,—dijo, haciéndose a un lado.

Ella reflexionó maravillada que jamás en su joven vida había tenido menos dominio de sí misma, de sus acciones, de su destino. Luego recordó, y dijo sonriendo:

—Estás tomándome la palabra, la palabra de Dicky, ¿no es cierto? En vez de llevarme contigo, estás tratando de que yo te lleve conmigo.

—Tú marcarás el rumbo,—repitió él.

—Carezco de mapa.

—Allá, hacia estribor, está la caleta donde la *pyrausta penitilis* se alimenta apaciblemente de los tallos de la *Piaropus crassipes*.

—¡Esto termina el asunto! Por lo que a mí toca, pueden seguir sin que las interrumpa. No me siento científica esta noche.

—¿Distingues una débil luz por el ventanillo de proa?—

Ella se inclinó hacia adelante. Su hombro rozó el del joven. Éste deslizó un brazo en torno de su talle, tan sólo para retirarlo bruscamente.

—¡No!—murmuró con esfuerzo.

Alva comprendió con rápida intuición. Ni siquiera por el contacto quería él influir ahora en manera alguna en su decisión.

—Sí la veo,—replicó.

—El yate de usted, al ancla.

—Refugio.

—Refugio,—admitió.

—¿Y más allá?

—La aurora.

—Déjame pensar,—repuso la joven.

El viento seguía refrescando y soplando levemente por la popa. Con un diestro movimiento del timón y un rápido recoger y aflojar de la escota, Alva hizo hincharse de flanco la vela de trinquete. Bajo el nuevo impulso la ligera embarcación se deslizó velozmente decayendo. Traviesa maniobra ésta de las velas de flanco; la mente entera de la navegante parecía concentrada en su tarea. Y, sin embargo, de tiempo en tiempo arrojaba una mirada al rostro del hombre colocado tras ella y con la atención fija en el rumbo; y pensaba que jamás había encontrado, entre todos los galanes que la cortejaban, semejante límpida, sutil, y a la par patente, fuerza masculina. Una vez deslizó él la mano sobre la suya en el timón, y ella tembló y se estremeció de nuevo; pero fué tan sólo para desviar la proa de un madero sumergido a medias que había divisado obscuramente en la ruta.

Avanzaban, parecíale, con una velocidad increíble; ¿adónde? El único punto visible en el indistinto y conmovido universo parecía aquella luz del anclado yate, firme, serena, segura, un faro de salvación. Su virginidad inmaculada tendía a asilarse en aquel santuario. Hallábanse ahora casi a su altura. Involuntariamente bajó el gobernalle, cogiendo la escota del trinquete al aflojarse la vela, y enderezándola hábilmente para atravesar el río.

—¡Hala la escota mayor!—ordenó.—Esto bastará. Muy bien. ¡Ajusta!—

Él obedeció sin comentarios. La plana embarcación viró entonces, mientras murmuraba el agua en las varengas de sotavento por la inmersión de la hélice. Devoraba el barco la media milla escasa que los separaba de las luces. Alva lanzó una mirada furtiva a su compañero. Todavía observaba atentamente el rumbo; pero la leve línea que se marcaba al extremo de su sensitiva boca parecía haberse ahondado de pronto en una expresión de ansia y sufrimiento.

—¿Por qué no dices nada?—preguntó ella violentamente.—

Si hablaba ahora, si argüía o demandaba o suplicaba, estaba ella cierta de que, con la perversidad que era su último escudo, habría conducido la barca hasta el seguro refugio que representaba el costado del yate.

—Nada tengo que decir que ya no sepas,—fué la serena respuesta.

—¡Oh!—exclamó ella en un arranque de exasperación, dando una sacudida nerviosa al timón.

—¡Ah, del barco! ¡Miren adónde van!—gritó una voz desde lo alto de la cubierta del yate.

El bote de vela se desvió bruscamente casi desde debajo de la bovedilla del yate, giró con violencia sobre el costado, formando una gran mancha de espuma bajo la proa, y dando bordadas enderezó nuevamente el rumbo en dirección opuesta. Jéffrey Sárgent se levantó y fué a inclinarse sobre su capitán. Ella sostuvo su mirada con firmeza, aunque la respiración agitaba su pecho en ondulaciones desordenadas.

—¡Alva!—murmuró él.

—¡Oh, te amo!—dijo ella.—

Minutos, o quizá horas después, ella le hizo observar:—Pero Jéffrey, un bote de vela no puede navegar sin dirección eternamente.

—No,—dijo él, tomando el timón. —Ahora lo manejo yo.

—¿Hacia dónde? ¡No,—añadió con intrepidez confiada,—no necesito saberlo! No me importa dónde vamos.

—A mí sí. La casa flotante de mi hermana está a diez millas río abajo. ¿Irás allí?

—Si tú lo quieres.

—Lo quiero.

—¿Y tú?

—Yo me regresaré a Green Cove a sentarme en el umbral de cierto amigo clérigo que vive allí; y luego, a buscar a Betty Déering para que sea nuestra dama de honor.—

Su semblante se alteró, pero continuó valientemente:—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde, amada mía. ¿Quieres?

—Sí; con tal . . . con tal que estés seguro de ti mismo, Jeff.

—Nada hay tan seguro en el mundo como mi amor por ti.

—Tendré que mandar buscar algunas cosas,—dijo ella, vacilando.

—No principies a hacer planes. Enviaré a Betty por las cosas y para que le diga a tu tía. Déjame hacer el resto.

—Muy bien.

—Nos casaremos en la casa flotante, comeremos allí, y luego. . . .

—¿Y luego?—prequntó ella dulcemente.

—¡Luego nos embarcaremos apaciblemente en la barca de vela, tenderemos nuestras alas, y dejaremos que los céfiros celestes nos conduzcan.

—¡A la aurora!—dijo Alva.



EL MIEDO DE SOBRESALIR

POR

MÁRGARET SHÉRWOOD

La autora estudia la psicología peculiar de la época presente, en que se normaliza el traje, el pensamiento y la expresión, por deferencia al concepto ajeno, por el temor de salirse del molde común. Se avergüenza uno, dice, de tener aspiraciones más levantadas, criterio más delicado. Aun en las normas intelectuales y morales tratamos de acomodarnos al criterio general. En el deseo de sobresalir, observa la autora, hay algo de impersonal; esta aspiración no es necesariamente vanidad; la aspiración genuina nunca lo es, sobre todo cuando se dirige a mejor discernimiento de las cosas del espíritu. El choque de inteligencias no debe encaminarse a nivelación por rebajamiento, sino a nivelación por ascenso. La vida no es otra cosa que un proceso de selección y rechazo; y quien elude la responsabilidad de dotes superiores y mayor penetración revela cierta oblicuidad mental. Errónea simpatía es la que nos lleva a pensar solamente en términos de los individuos; esto es ver la pluralidad y no la unidad. Es conveniente apreciar las potencialidades del prójimo, ayudándole al mismo tiempo a percibir cosas superiores a lo que se haya alcanzado hasta ahora. Debe haber algo más profundo que aquella simpatía hacia el yo interior, que es una amenaza para el porvenir. El deber del verdadero ciudadano de la democracia es buscar constantemente mejores normas intelectuales y de conducta; continuar los esfuerzos de nuestros padres y levantar en alto la enseña de la libertad.—LA REDACCIÓN.

EN ESTA edad de clamoreo por la democracia hay momentos en que aun los americanos, a pesar de su fe ardorosa en la América y en las potencialidades de este continente, se preguntan si no hay peligro de llevar la democracia hasta más allá de límites prudentes. En la calle, en los trenes, en las tiendas y en las aulas, la zozobra ataca a los más fuertes; y la voz de la prensa no es siempre alentadora. Libertad, igualdad y fraternidad son para nosotros una herencia gloriosa, un privilegio, una responsabilidad; y, sin embargo, nos persigue sin cesar la sospecha de que puede haber exceso de libertad, igualdad y fraternidad.

Los golpes fuertes y perturbadores que de tiempo en tiempo conmueven los cimientos de nuestro credo político no siempre son en sí mismos de carácter político; pues cada día se hace más manifiesto que los movimientos grandiosos y benéficos a veces dejan como residuos efectos sumamente desconcertantes. Mucho tiempo ha, en la cubierta de un buque, una señora que viajaba conmigo declaró, en presencia de varios admiradores, que en su visita reciente a Europa había visto muchos cuadros famosos en Amberes, París, Florencia y otras partes, pero que ninguno podía compararse con los que habían exhibido el año anterior en el pueblo de Pebble, del estado de Colorado, los artistas del lugar. Este episodio me viene a menudo a la memoria como indicación de la influencia que nuestra fe cívica tiene en nuestra manera de pensar y en nuestros propósitos y aspiraciones.

Entre los varios aspectos de la triunfante democracia, ninguno es más desconsolador que esta tendencia de la idea de libertad, igualdad y fraternidad a meterse donde está fuera de lugar; esta perniciosa confusión de la libertad, la igualdad y la fraternidad con los ideales intelectuales y estéticos. Esta falta, y otras muchas alimentadas por nuestra estimulante atmósfera, escasamente podría encontrarse en otro país que el nuestro. Al leer la historia de los viejos tiempos, de los esfuerzos y aspiraciones de los fundadores de nuestra patria, y estudiar las innumerables manifestaciones de la actividad en el este y el oeste, el norte y el sur de los Estados Unidos, no podemos menos de reconocer que nuestro credo nacional ha dado resultados enteramente inesperados y no siempre felices. Impelidos por el deseo de establecer la equidad para los muchos y la justicia entre los hombres, nuestros antepasados esperaban una república más pura, donde a nadie se oprimiese. Apenas si preveían que el efecto de sus doctrinas sería una nueva actitud con respecto al juicio y los sentimientos de los hombres, ni imaginaron en lo futuro nada tan desastroso como la idea hoy predominante de que la opinión de un hombre vale tanto como la de cualquiera otro, con el peligro, inherente a esta creencia, de que desaparezca toda pauta.

Es evidente que de la lucha por la libertad y la igualdad ha nacido nuestro anhelo gregario de que a todos se nos ponga en un mismo redil estêtico e intelectual. Por supuesto, no debe protestarse contra el deseo de los jóvenes de tener un mismo talante, portarse de una misma manera y vestirse de una misma manera, de que resulta una semejanza tan exacta en miles y miles de personas de la nueva generación, que parecen productos artificiales hechos y estampados por alguna máquina gigantesca. La moda nivela a toda la gente en todos los países, y la pasión por la igualdad en el traje no es tan extraordinaria ni tan deplorable como la curiosa tendencia niveladora que se ve entre nosotros en las normas intelectuales y de conducta. El deseo que se ve en todo el país de uniformar las ideas y el juicio parece indicar que algunos artículos de nuestra fe nacional han anulado otros, y que, por mucho que hayamos avanzado en el camino de la igualdad, estamos aun muy lejos de la libertad. En la vida ordinaria, en la escuela, en el colegio, somos esclavos del temor de ser diferentes de los demás, y no surge un Clarkson ni un Wílberforce que rompa los grillos del espíritu, como se rompieron los del cuerpo. Por doquiera nos conmueve una misma oratoria vulgar; la belleza *normalizada* de las cubiertas de nuestras revistas se pasea triunfante por todo el país, y los libros que más se venden nos deleitan porque son los que más se venden.

Aun en las instituciones del saber (si es que así pueden llamarse nuestros colegios), los jóvenes, por regla general, se avergüenzan de sobresalir intelectualmente, ocultan su afición especial a las cosas del espíritu, o sus aptitudes artísticas, como si fuesen un estigma, y creen que el ser recibidos en alguna confraternidad a que se llega por el mêrito es desdorar a sus familias. No hay duda de que aquí en los Estados Unidos predomina la idea, que agita sobre todo el corazón de la juventud, de que ver las cosas con claridad un poco mayor que los demás o guiarse por normas un poco más elevadas es proceder con fullería, en violación de las reglas del gran juego. Al que deja conocer que tiene mejor juicio o mayor perspicacia que sus compañeros se le mira como a quien juega con dados falsos.

Evidentemente esto se debe en parte a una nueva generosidad Cuando ingresemos en el largo escalafón de las edades prehistóricas, con la edad de piedra, la edad de bronce y otras, que han tenido su apogeo como la nuestra tiene ahora el suyo, sin duda se apellidará êsta la edad de la química. Pero, si las êpocas se apellidasen, no según las armas usadas por los hombres ni según los materiales empleados para muebles y utensilios domêsticos, sino según los rasgos del espíritu, nuestra edad quizá se llamase edad de la simpatía. Poca es la gratitud que se sienta por ese grandioso impulso que durante siglo y medio ha estado abriendo el corazón a las necesidades y miserias ajenas. Esta actitud, este nuevo discernimiento de las angustias del prójimo, esta penetración del desvalimiento de otros seres humanos, esta tendencia a ayudar y socorrer, es casi tan ilimitada y tan variada como la vida misma. Por doquiera se ven escritos movidos por la simpatía, en que se intercede por los oprimidos en las minas y fábricas; simpatía del trabajador por el trabajador, del camarada por el camarada, del criminal por el criminal, y aun del hombre bueno por el hombre bueno. Esta extensión del interês de cada cual más allá de los límities de su propio ser, esta capacidad de ponerse en lugar de otro, es el signo descollante de nuestro progreso. Tanto nos enorgullecemos de haber rompido con la vieja adustez puritana, la cual a menudo confundía la crueldad con la rectitud, que hasta vacilamos en expresar nuestras dudas. Sin embargo, hay razón para temer este extremo; quizá tanta como para temer el opuesto.

Todos los grandes dones envuelven peligros. La simpatía es casi lo más bello del mundo, pero tambiên lo más peligroso, y debe guardarse con oraciones y ayunos y examen de conciencia. Toda altura tiene sus azares, y quien la corona debe tener siempre presente la profundidad a que puede caer. Cuanto mayor sea la altura, tanto mayor será la caída, y aquel supremo atributo del hombre lleva en sí una amenaza suprema. Los corazones de los grandes santos laten al unísono en esta grande armonía; pero la simpatía mutua, la lealtad mutua, son tambiên rasgos descollantes de los ladrones. Todas las esperanzas moder-

nas se cifran en la simpatía para con el prójimo que sube con nosotros; pero cuando se trata del prójimo que va pendiente abajo, el caso es diferente. Muy bueno es llevar el paso, mas hay que fijarse no sólo en el compás sino tambiên en la dirección de la marcha. Recuerde la triunfante democracia aquella fórmula antigua, pintoresca pero exacta, de las verdades espirituales: "Ancha es la senda de la perdición, y muchos son los que la siguen." ¿Estamos acaso descuidando del todo la dirección de la marcha y creyendo que todo saldrá bien tan sólo porque vamos todos juntos?

Estrecha es la senda—tan estrecha ahora como siempre—que conduce a la vida, y pocos hay que tengan tiempo para buscarla. ¡Hoy en día tiene uno tantas citas!

Uno acoge esta nueva simpatía, o por lo menos gran parte de ella, reconociêndola hasta cierto punto como consecuencia del firme propósito de establecer la justicia con que principió nuestra historia civil. Más y más nos inspira la pura esperanza de una libertad, igualdad y fraternidad en que todos los seres humanos disfruten de sus derechos; y, sin embargo, al estudiar nuestra nación y observar el presente estado de cosas, sentimos que hay algo sutil que no está bien. La nueva generosidad del espíritu no se lleva a la práctica; nuestra conducta cojea muy en zaga de nuestras elásticas emociones. Esa semejanza, ese parentesco, esa identidad que sentimos al escuchar a nuestros oradores, al leer la palabra impresa, al oír la conversación de nuestros semejantes en los centros de negocios o en la calle; esta marca de comunidad de ideas y de acción, que se ve desde Maine hasta California, desaparece cuando se estudian las cosas materiales. Pasando de lo intangible a lo tangible, de los pensamientos y sentimientos de los hombres a sus posesiones, la semejanza se desvanece: en el panorama de la vida en nuestra tierra, uno descubre contrastes repugnantes, algo que, a pesar del vasto desarrollo de la simpatía, desengaña las esperanzas del mundo. Ninguno de los países europeos oprimidos por la monarquía presenta diferencias más aterradoras entre la riqueza y la pobreza, desigualdad más espantosa en lo referente al alimento, el vestido y otras cosas materiales. Y naturalmente ocurre la pregunta de si no se habría hecho la nivelación donde no convenía, de si la participación no habría sido en otras cosas que las debidas; en suma, si no nos hemos hecho falsa o ilegítimamente libres e iguales. Hemos mancomunado nuestras ideas y nuestras normas, pero nos hemos aferrado tenazmente a nuestros bienes materiales; lo que debía conservarse como posesión individual sagrada, nuestros ideales y aspiraciones, hemos arrojado sin escrúpulo al fondo común, mientras que con ahinco agarramos y guardamos aquello que debiêramos compartir. Nuestro único comunismo estriba en la comunidad de ideas y creencias, en la falta común de normas fijas. Hombres y mujeres hay que se precian de lo que comen o del corte elegante y peculiarmente individual de sus trajes, y que, sin embargo, responden con igual entusiasmo a la elocuencia vulgar de los peroradores callejeros, y se contentan en sus diversiones con la emocionabilidad grotesca y las tergiversaciones de unas mismas escenas cinematográficas. En los asuntos en que debiera haber diferencias, el constante esfuerzo personal por establecer criterios rectos, por modelar las masas de acuerdo con miras, pensamientos y sentimientos más elevados—ese justo desarrollo de la individualidad que es la meta de la democracia y la esperanza fundamental del cristianismo—las opiniones de las masas toman el lugar del juicio personal, y el campo de nuestras normas es invadido por la psicología de las multitudes. Lo que se arroja en la olla común no es las joyas raras, los costosos abrigos de pieles ni los automóviles sin igual, sino las almas mismas de los hombres.

Todo esto es triste, pero innegable. ¿Quiên podrá descubrir la causa? Tal vez se deba a que estemos siguiendo la línea de menor resistencia. Más fácil es abandonar una idea que abandonar el lujo y las comodidades del cuerpo; fuera de esto, es más difícil discernir la excelencia en el mundo intelectual que en el grande emporio social. La verdad es que se ha apoderado de nosotros cierto miedo de las normas intelectuales y de conducta porque están fuera del alcance del común de las gentes. Mientras nos deleitamos en sobrepasar a Brown, Jones y Róbinson en el vestir, y nos vanagloriamos de darles quince y raya en los

negocios, aunque sea valiéndonos de algunas engañifas, no queremos tener ideas ni ideales distintos de los de estos prójimos. Vergüenza nos da el tener aspiraciones más elevadas o un criterio más delicado; ocultamos la mejor parte de nuestro ser bajo el manto del compañerismo, y aun nos esforzamos por hablar en yanqui, de preferencia con una que otra germanía, y sin gran miramiento por la gramática. Hay momentos en que uno se pregunta si no habremos dejado de comprender el punto esencial del grande esfuerzo que dió nacimiento a nuestra patria. Nuestros antepasados lucharon por abolir el reinado de la fuerza, de suerte que el espíritu quedase en libertad para reinar. No puedo creer que ellos desearan eliminar el caudillaje en absoluto; creo más bien que rompieron las cadenas para que surgiesen los verdaderos caudillos y ocupasen los puestos que merecían. Nuestra deificación del hombre ordinario es la anulación del alto propósito de aquellos fundadores, y obstruye el camino del porvenir. Debemos dejar atrás nuestro cándido e infantil temor—ya se refiera a lo que reconocemos a los demás o a lo que cultivamos en nosotros mismos—de cuanto está fuera del alcance de las masas, si algún día hemos de lograr algo que valga, moral o políticamente o en el mundo del arte y de las letras. Cuando la libertad y la igualdad se meten en nuestras normas intelectuales y estéticas, el resultado es el caos estético e intelectual. Las opiniones de todos los hombres pueden ser libres; mas nunca, siendo Dios servido, podrán ser iguales.

Si nuestro estado presente se debe o no inevitablemente a la democracia, no lo sabemos. Los historiadores han insinuado que es por medio de la democracia cómo las civilizaciones desaparecen. Si la democracia es, como creemos, una gloriosa oportunidad, la mejor solución que se ha hallado al problema del gobierno humano, es también un grande y peligroso experimento para el alma humana, por cuanto la anima un poderoso y fatal impulso de nivelación. Su divisa puede ser hilo de oro que nos lleve hasta el mismo seno del Criador, o vereda que termine en un tremedal donde se hundan las aspiraciones, los grandes esfuerzos y las altas esperanzas. Su amenaza sutil era tan manifiesta en los tiempos antiguos como lo es en los modernos. Bueno es deternernos, en nuestras alabanzas triunfantes de la democracia, a meditar sobre el hecho de que una democracia antigua condenó a muerte a Sócrates, su mayor filósofo, porque él, en una edad enajenada con la convicción sofista de que todos los hombres podían conocer la verdad y que la opinión de este o de aquel hombre era la medida de las cosas, proclamó su creencia de que existen normas universales del mérito, de la verdad, de la conducta, objetivas perdurables, diferentes del mero juicio subjetivo, del capricho momentáneo, de la convicción o el impulso pasajeros de tal o cual individuo.

Al pensar en nuestra época y en nuestro propio país, uno echa de ver que la medida de nuestro malogro se halla en nuestra actual complacencia con nosotros mismos, en nuestra creencia tenaz de que una fe más profunda, una convicción más elevada, no pueden ser ciertas porque nuestros prójimos no las creen ciertas. Toleramos a nuestro compañero sofista, y de buena gana le concedemos tanta libertad como la nuestra; pero en el programa falta algo de parte y parte. La tolerancia es sin duda una virtud, pero no es por sí sola base suficiente de la civilización, en la cual, si ha de durar, deben entrar no sólo virtudes negativas sino también virtudes positivas, como el saber, la prudencia y la fe, y convicciones inexorables en cuanto a la diferencia entre lo bueno y lo malo.

En cuanto al porvenir, no es difícil ver dónde obtendremos tolerancia y simpatía; pero ¿de dónde nos vendrán normas que sirvan de guía al espíritu? La juventud es el porvenir, y la renuencia de la juventud a reconocer en sí misma dotes o aspiraciones más elevadas que las de la multitud es el aspecto más amenazante de nuestras tendencias actuales. Llenos de generosidad los unos para con los otros, poseídos del deseo de no descollar, los jóvenes, estos hijos de la democracia triunfante, dejan ver en sí cierta miopía espiritual. Quizá provenga este defecto del demasiado pensar en têrminos materiales, del confundir la superioridad intelectual y las altas aspiraciones interiores con las sabrosas golosinas del banquete humano, con bocados escogidos de los cuales los jóvenes

se empeñan quizá más en gozar que sus mayores. Ésto es un error; pues hay una diferencia fundamental entre las normas de la vida, intelectuales, morales, espirituales y artísticas, y los bombones de chocolate. En una reunión nadie desea más de su porción justa de estas cosas, y lo mismo debería suceder con las demás cosas materiales. Pero en las cosas del espíritu la generosidad es de carácter muy distinto; es una verdadera energía de la vida, que se manifiesta en la busca de tesoros ocultos, en que el osado explorador está obligado a desentrañar y compartir con sus prójimos lo que tal vez sólo él podía hallar; puede ser un esfuerzo solitario por encontrar veredas perdidas y olvidadas, la senda de la excelsitud, y abrirlas a los que vienen detrás, para que puedan seguirla.

Quien elude la responsabilidad de dotes superiores y mayor penetración revela una especie de oblicuidad mental, y falta de perspectiva. En el esfuerzo por sobresalir y en el triunfo de este esfuerzo hay algo impersonal; la aspiración no es necesariamente vanidad; la aspiración genuina nunca lo es; la realización de lo que es elevado y puro en el campo del pensamiento y la conducta no debe tener otro objeto que acrecentar ese claro discernimiento de las cosas mejores que sirve de medida al desarrollo del espíritu. Si se rehusa triunfar porque el triunfo no puede ser la obra de la acción común de todos, ¿no hay peligro de que desaparezca aun la noción misma de lo exquisito y de lo alto? Este escrúpulo, esta vacilación en poner en actividad las mejores aptitudes, envuelve un sofisma, sutil e insidioso, cual es el de pensar en la gente más bien que en la excelencia espiritual. La busca de lo superior, de lo que aun no se ha logrado, no es egoísmo; en la prosecución del fin propuesto, la idea del yo puede desaparecer por completo; cuando uno mira resueltamente las cosas excelsas con la intención de alcanzarlas, se olvida de sí mismo. Errónea simpatía es la que consiste en pensar en uno mismo y en la demás gente, en vez de pensar en algo que dirija la atención de todos a objetos superiores. Esto es dejar de reconocer en el cosmos la presencia de nada fuera de los seres individuales; ver la pluralidad, no la unidad.

La obligación de buscar fuera de uno mismo y de su prójimo la escala que conduzca a regiones superiores es una severa obligación. No basta que uno se conozca a sí mismo y conozca a su prójimo; es preciso que uno ame a su prójimo lo suficiente para herirle, si fuere menester, al negar aprobación a su programa actual. Es deber de cada cual, no sólo llevar el paso con su semejante, sino tratar de acelerar el paso. Uno debe comprender las potencialidades del prójimo, ayudar a mantener vivo y activo el principio de su desarrollo, y ayudarle a discernir algo superior a lo que êl o uno haya alcanzado hasta ahora. Debe haber algo más profundo que esa simpatía superficial que se duele del mal del prójimo, algo más profundo que esa simpatía con el yo inferior, que es una amenaza para el porvenir; hay ocasiones en que se necesita una simpatía aguda y afilada como una espada, que vaya hasta el mismo corazón de las deficiencias del prójimo, como el escrutinio de sí mismo penetra hasta el de uno, cortando cuanto obstruye o retarda el progreso. Sin esta simpatía superior nadie comprende realmente a su prójimo.

El deber del verdadero ciudadano de una democracia es buscar incesantemente mejores normas intelectuales y de conducta; continuar dignamente, en presencia de nuevos obstáculos, los esfuerzos de nuestros padres y mantener abierta la senda de la libertad. El choque de inteligencia con inteligencia, de alma con alma, en una tierra donde el pensamiento y la palabra son libres, debe encaminarse no a la nivelación por rebajamiento sino a la nivelación por ascenso, haciendo cada espíritu cuanto pueda, mediante el esfuerzo resuelto y la investigación de la verdad y la belleza en todos las esferas de la vida, por interpretar a su modo (lo que ningún otro espíritu podría hacer por êl) las posibilidades de una existencia superior.

Si el santo medioeval y el místico indo de la actualidad pecan por lo demasiado exclusivo de su contemplación del principio de la excelsitud (puesto que hay peligro de que el mirar con demasiada fijeza e intensidad ciegue los ojos); si de este modo la simpatía humana merma y se cierra una ancha senda de sabiduría y comprensión, de conocimiento del corazón humano, de los

hechos de la existencia, de las vías del Señor al través de las vidas humanas, tal exceso no es razón para que cerremos los ojos a esa *otra* gloriosa vía del Señor, el largo y magnífico ensueño de las aspiraciones humanas, el infatigable esfuerzo por el sumo bien, la contemplación de la belleza del Señor nuestro Dios.

De los grandes preceptos, *Ama al Señor tu Dios con toda tu alma, y a tu prójimo como a ti mismo,* aquêl se dió primero.

Hay una condición simple pero absoluta de desarrollo, después que el alma ha adquirido la conciencia de sí misma, y es el medirse constante y estrictamente con algo más alto que ella misma, en vez de excusar sus defectos y limitaciones con los defectos y limitaciones del prójimo. En realidad, nuestra función principal es un discernimiento de valores, la vida toda no siendo más que un procedimiento de selección y rechazo. La vida que no ataca de continuo las cumbres no es tal vida, ni obedece las leyes del desarrollo físico y espiritual descubiertos por la antigua intuición y la lógica moderna.

Debemos desentrañar lo excelso buscándolo en las grandes personalidades, en los grandes triunfos del arte, en los grandes credos, y conquistando, por la contemplación de las más altas concepciones y hechos de individuos de tiempos y lugares varios, una comprensión siempre creciente de las cosas espirituales. Trabajando el material que la vida humana ha modelado, el mejor que la larga lucha y el inmortal impulso creador han producido, familiarizándonos con grandes pensamientos, grandes emociones, grandes hombres, estaremos continuamente corrigiendo nuestras ideas en cuanto a las cosas excelsas. Así, tomando por norma las grandes personalidades, los grandes hechos, los grandes credos, llegaremos al fin a discernir más claramente la blanca luz de la verdad, encendida por ellos. Siguiendo en los pasos de esos otros prójimos de otros tiempos y otros países, pensadores, estadistas, creadores de todo genero, aprenderemos a juzgarnos a nosotros mismos. Pebble, del estado de Colorado, aprenderá a inclinarse ante el Uffizi y el Louvre.

Contemplando la vida humana y el pensamiento humano en su culminación es cómo se reconoce cuán inadecuada es nuestra nueva norma de simpatía para enunciar completamente en esos términos el problema de la humanidad. Esta bondad, este sentimiento por el prójimo que vamos adquiriendo, representa un gran progreso; pero en la misma intensidad de nuestra preocupación por la suerte de nuestros semejantes va envuelto el peligro, muy de temerse, de que, al aprender a comprender al prójimo, perdamos el deseo o la capacidad de comprender ninguna otra cosa. Puede que en el alma humana haya regiones más altas que las que aparecen en el alma de mi prójimo. Este sistema de convertir meros rasgos individuales en medida de la excelencia, poniendo la personalidad, los atributos de tal o cual hombre en lugar de una concepción más elevada, resultado de todos los grandes hechos y pensamientos, es procedimiento peligroso; este aquilón de ideas comunes puede ser el viento que extinga la civilización. Se necesita otra lealtad, lealtad a los altos ideales, algo más allá del individuo y muy por encima del individuo.

Barebones, el temeroso de Dios, podría hacernos mucho bien ahora.

A la verdad, nos hallamos en presencia del viejo problema de la pluralidad y la unidad, de la necesidad de un ideal único y perfecto al cual dirigir nuestros esfuerzos. Si nos descuidamos, perderemos, en nuestra satisfacción con nuestros progresos e ideas presentes, el impulso de ese desasosiego interior no satisfecho nunca, ese anhelo por algo, en todos los aspectos del pensamiento y la conducta, que está aún por realizarse. No debe olvidarse, pues ninguno de los progresos modernos puede compensar esa pérdida, el movimiento del instinto religioso, a través de la adoración de varios dioses, hacia lo Uno; el afán del filósofo en busca del gran secreto, lo único, lo que explique la pluralidad, eso que el griego Platón concebía como la idea perfecta de la belleza, y el hebreo en su espíritu reverente como el Señor nuestro Dios.

A decir verdad, estamos en las angustias de un nuevo politeísmo, habiendo olvidado la noción de la unidad, que es la base fundamental de la fe del predicador, el profeta y el filósofo. Es un nuevo y peligroso politeísmo, esta adoración de Brown, Jones y Róbinson. Se echa allí de menos algo

de la espiritualidad de la fe de nuestros mayores. Después de todo, Brown, Jones y Róbinson son objetos muy limitados.

Las personas jóvenes dicen que el sentimiento espiritual es tan fuerte como siempre, y que ha tomado la forma de las buenas acciones, el deseo de servir. Esto sin duda es bueno; mas necesitamos algo que ponga fin a nuestra complacencia con nuestras propias buenas obras, a nuestra tendencia a lanzar la mirada por todo el país, y a felicitar a nuestra época por haber llegado a la meta, porque se hace cuanto es posible por todo el que sufre, como si cada cual, al consagrarse más o menos a aliviar males materiales, hubiese cumplido totalmente sus eternas obligaciones. Pero es manifiesto que se necesita algo más; la gran variedad de ideas e ideales respecto a la manera de servir (otra forma de politeísmo) no puede colmar el corazón ni el alma, dirigir ni retener el espíritu humano, así como los muchos dioses de Grecia no pudieron retenerlo permanentemente; a pesar de su belleza, de su variada belleza, fracasaron.

El politeísmo ético, aunque se extienda un poco más allá de la adoración de nuestros contemporáneos, tiene demasiadas fases para prestarse al trabajo unificador y centralizador del pensamiento y las aspiraciones humanas. Ni podrán nunca satisfacernos las ideas espontáneas del deber y la ayuda mutua, por admirables y elevadas que sean. En el alma humana hay algo que anhela cosas más altas aún y que sólo el infinito puede satisfacer. Para colmar verdaderamente la vida debemos rendir culto a algo mejor que nuestros prójimos, o nuestras propias buenas obras.



EXPOSICIÓN DE ARTE TIPOGRÁFICO HISPANOAMERICANO

POR

DAVID LLOYD

EN UNA exposición de carácter insólito se exhiben actualmente en Columbia University portadas e ilustraciones en colores de revistas sudamericanas. La colección, que representa una labor de cinco años, llena los muros del salón de trofeos de Earl Hall, y consta de setecientos ejemplares de arte tipográfico e ilustrativo. Figuran allí más de doscientos cuarenta periódicos de diecinueve países diferentes, entre los cuales se destaca una docena en que se ostentan todos los recursos del dibujo aplicado al arte tipográfico. La evidencia de mérito es tan inponente que hace imposible formular el reproche de dilettantismo, que se ha hecho a menudo en la América del Norte respecto de la obra de "los otros americanos," como les llamaba Árthur Ruhl, término fuera ya de lugar en virtud de mejor conocimiento.

Es del caso observar que la colección de Earl Hall no se formó con el propósito de ostentar el mérito artístico de las ilustraciones al sur del Río Grande. Se preparó como fundamento concreto para el informe de una comisión de la American Library Association sobre "cooperación con las bibliotecas de la América latina," y se exhibió por primera vez en la conferencia de Swámpscott. El trabajo de reunir y seleccionar el material es obra de la División Interamericana de la Asociación Americana para la Conciliación Internacional.

UN INTERMEDIARIO

LA IDEA que inspira a esta ramificación de la Dotación de Carnegie es a la par americana y juiciosa: que las relaciones son más satisfactorias entre los pueblos a medida que se difunde el conocimiento mutuo, y que los impresos constituyen uno de los medios más eficaces para alcanzar este fin. La División Interamericana, cuyo director es Mr. Péter H. Góldsmith, ha venido publicando hace algún tiempo libros destinados a circular en una y otra porción de América: traducciones al español de libros célebres en este país, y traducciones al inglés de los libros más notables de la América latina.

También ha iniciado el canje de periódicos, promoviendo una especie de circulación mutua mediante la creación de una revista que inserta artículos publicados en la prensa ordinaria. Esta revista mensual, INTER-AMÉRICA, aparece alternativamente en español y en inglés, un mes con traducciones de artículos escogidos en nuestras revistas, y otro mes con versiones de artículos tomados de las revistas hispanoamericanas. Las publicaciones de donde saca el material para las ediciones en inglés han sido fuente de la exhibición actual, de la cual se dice con razón que nunca se había intentado antes nada parecido.

La mayor parte de las revistas que se han conquistado fama en el extranjero son argentinas. *Caras y Caretas*, quizá la más notable, ha originado otras varias. Un grupo de sus portadas ostenta los trabajos de dos inspirados artistas, en caricaturas firmadas por Alonso y por E. Álvarez. Por esta misma época del año pasado un fecundo periodista, Leopoldo Lugones, nos daba a entender en la revista *Centro América*, de Guatemala, que en los últimos cuarenta años más o menos, los electores argentinos se habían interesado tan poco en la política que se abstuvieron de votar. Lugones manifestaba la opinión de que aquello significaba el desarrollo normal y plausible de las instituciones democráticas, y que la política estaba destinada a desaparecer como la fiebre amarilla y otras dolencias. Las recientes caricaturas de Alonso no confirman por cierto este concepto extravagante, como tampoco las mordaces

caricaturas de hombres públicos hechas por Álvarez, caricaturas que se ciñen al retrato lo suficiente para acentuar el rasgo satírico, logrando su objeto con dominio y soltura artísticos.

Caras y Caretas vió por primera vez la luz pública cuando era presidente de la república el famoso estadista e historiador Mitre; y los fundadores, a fin de acreditar la revista, instaron al hijo del presidente para que aceptara la dirección. El presidente indujo al joven a retirarse. El primer número publicó, entre otros escritos de su pluma, su renuncia del cargo. Sucedióle un escritor popular, que ocultó su nombre por algún tiempo bajo el seudónimo de "Fray Mocho." Años más tarde fundó un semanario que tiene por título este famoso seudónimo.

DIBUJANTES DE CARÁCTER VARIO

LA ÍNDOLE actual de las portadas de *Fray Mocho* es de mayor mordacidad didáctica en el tema y más desenfadada y corriente en los dibujos. Con menos refinamiento artístico, sus ediciones muestran viva y a veces brutal sinceridad en la exposición. Tan poca preocupación revelan por las sutilezas del colorido como por la delicadeza y gracia del dibujo; pero los caricaturistas E. Corbellani y Rojas rara vez se manifiestan finchados ni groseros.

Los editores de *Caras y Caretas*, sin alterar el carácter establecido y en boga de aquella publicación, han satisfecho sus aspiraciones de desplegar el mayor lujo artístico que son capaces de producir los talleres argentinos en el arte tipográfico, fundando una nueva revista, *Plus Ultra*. Casi todas las revistas sudamericanas de índole popular son semanarios que se editan sin ostentatión en los materiales ni en la impresión. Confían menos en la calidad del papel e ilustraciones que en la colaboración amena y a menudo profunda de escritores y artistas. Las páginas exteriores y las inserciones de grabados en color son de clase que varía entre satisfactoria y excelente. El papel inferior del resto de la revista recuerda la llaneza acostumbrada en Europa en esta materia.

La revista mensual *Plus Ultra* rivaliza con las más fastuosas revistas de los Estados Unidos. Es algo intermediario entre nuestras costosas revistas femeninas y el lujo profesional de publicaciones como *Printing Art*. Su prodigalidad de encabezamientos complicados suscita una antigua cuestión de idoneidad tipográfica, pero el alto grado de delicadeza a que se ha llegado en la reproducción de estos trabajos le ha granjeado fama en todo el mundo español. En las impresiones de color reproduce asimismo con exactitud obras populares de la pintura contemporánea, tales como las vigorosas y deslumbrantes escenas de playa de Sorolla; y consagra escrupuloso esmero a sus páginas de anuncios, como lo prueban las series de característicos dibujos de Huerta para un cigarrillo popular.

Otros dos semanarios que se distinguen por sus reproducciones en color son: *El Hogar*, una de cuyas portadas, por J. Pelaez, en el estilo de playa de balneario de Sorolla, es un dibujo en que se mezcla el vigor con el buen gusto; y *Atlántida*, publicación pródiga en sus páginas insertas. Estos periódicos reproducen los cuadros de museos y colecciones sin el glaseado que echa a perder algunas de nuestras esmeradas impresiones en colores. Quizá ése sea trabajo importado. De París provienen algunas de estas impresiones para los periódicos sudamericanos; pero los editores de la América del Sur, especialmente en la Argentina, hacen excelentes grabados en colores en sus propios talleres.

Encuéntranse también notables ilustraciones en otro semanario de Buenos Aires, *Miriam*, como por ejemplo la portada que representa a tres lindas muchachas con manguitos, impresa en tres colores yuxtapuestos que se combinan sin mezclarse; o la llamativa portada negra y roja, en que aparece una mujer ataviada de un sombrero adornado de cintas flotantes.

ARTISTAS DE LA COSTA DEL PACÍFICO

CHILE raya muy alto en sus publicaciones. Los argentinos suelen enorgullecerse de que el famoso diario chileno, *El Mercurio*, que hoy se publica en tres ciudades, Santiago Valparaíso, y Antofagasta, fuera redactado durante un largo período por distinguidos desterrados argentinos: Sarmiento, Mitre, Alberdi y otros. Entre los semanarios de Valparaíso la revista *Sucesos* ofrece algunos de los di-

bujos más hábiles de la exposición. De Santiago figuran dos trabajos en color, de Caro, para *Zig-Zag;* la variedad de los temas en las portadas del *Pacífico Magazine* va desde atrevidas mujeres con sombrero de paja a la última moda hasta momentos de fervor al pie de la cruz; y el hermoso dibujo a pluma, de Julio Bertrand Vidal en "Los Diez."

En Lima se publica la revista mensual *Mercurio Peruano,* que ha resucitado a don Quijote y Sancho Panza para ponerlos a correr aventuras en nuestra contemporánea "Yanquilandia," y que ha analizado nuestra ley de reserva federal, encontrándola un modelo de legislación financiera. Del mismo modo que otra revista peruana, *Variedades,* publica trabajos de hábiles dibujantes, aunque en los ejemplares exhibidos la distribución de la tinta parece descuidada y el color resulta algo borroso a veces. De Rio de Janeiro, el gran Portugal de la América del Sur, proceden algunas obras en que Mator despliega el sincero interés por la línea en un estudio de árboles solitarios, cuya imagen quedó grabada en la fantasía del poeta.

Más cerca de nosotros, *Social,* de la Habana, ofrece a Massager la oportunidad para una festiva caricatura que representa al general Crówder fumando un habano en su camarote; y en la ciudad de Méjico dos caricaturistas de notable habilidad y vigor, García Cabral y Montenegro, revisten de gracia las páginas de la *Revista de Revistas.*

LA HERENCIA ESPAÑOLA

EL SABOR europeo de la mayor parte de estos trabajos es cualidad de que se enorgullece la América del Sur en todos los aspectos de su civilización. La mirada retrospectiva, a través del océano, está fija en España como es natural; pero algunas de las obras exhibidas parecen reflejar análoga simpatía por París. Esto no implica contradicción alguna. El arte español, y en especial la pintura, principia ahora a libertarse de un prolongado vasallaje al arte francés. A los sudamericanos les desagrada tanto que se les considere españoles como nos disgusta a nosotros que se nos califique de ingleses. "Tenemos psicología distinta," dice el novelista Manuel Gálvez. Sin embargo, la Argentina por lo menos, como hacía observar en la revista mensual *Nosotros* Calixto Oyuela, profesor de filosofía que ha viajado mucho, es "la suma total de elementos europeos—sobre todo españoles, y especialmente, andaluces—mezclados en el ambiente y modificados por el transcurso de la vida en esta porción de la América." El arte de aquella nación debe poseer las cualidades peculiares correspondientes a tales condiciones, y es una lástima que apenas lo conozcamos.

Constituye un suplicio de Tántalo, por ejemplo, contemplar únicamente en las páginas de las revistas las exposiciones del Salón Nacional de bellas artes de Buenos Aires. ¿Por qué no hemos de ver trabajos originales de pintores como Emilio Centurión, Alfredo Guido y Gastón Jarry, que exhibieron cuadros tan valiosos en el Salón pasado, como los descritos en *El Hogar* por José León Pagano, pintor y crítico y profesor en la Academia Nacional y en la Escuela de Artes decorativas e industriales? El pintor argentino Francisco Bernareggi, que adquirió celebridad exhibiendo en Madrid el año pasado algunos de sus cuadros, fruto de quince años de trabajo en la isla de Mallorca, los vendió todos con excepción de uno solo que reservó para sí. Quizá no sea posible obtener dichas obras. Pero en estos días de exposiciones internacionales, la División Interamericana podría intentar el experimento, no por difícil y audaz menos digno de emprenderse, tratando de arreglar el canje de algunas de nuestras importantes exhibiciones anuales de pintura por las que ofrecerá el próximo Salón Nacional de Buenos Aires.



POR EJEMPLO, PAUL ZÓNBOR

POR

HARRY HÚBERT FIELD

Las siguientes palabras del general Pérshing encierran el tema del presente artículo, del cual hace héroe el autor a un pobre inmigrante húngaro, a través de cuyas aventuras en los Estados Unidos desarrolla sus ideas sobre la manera de dominar por medio de la ilustración, por una parte, y la simpatía comprensiva, por la otra, la inquietud obrera y las tendencias al socialismo radical que se dejan sentir en los momentos actuales.—**LA REDACCIÓN.**

A menos que nos interesemos seriamente en la educación de . . . los extranjeros, pronto o tarde habremos de sufrir las consecuencias. —JOHN J. PÉRSHING.

I

PAUL ZÓNBOR, hijo de un campesino húngaro, nació en una pequeña aldea cerca de la ciudad de Temesvar, donde el alemán es el idioma corriente.

En su infancia, asistió Paul a la escuela de la aldea, donde, como tuvo ocasión de recordarlo más tarde, la materia principal de ilustración era la grandeza y gloria de las familias reinantes del imperio austrohúngaro, en general, y los nombres de todos y cada uno de los príncipes, duques y barones de la dinastía Hapsburgo, en particular; sus títulos, los grandes servicios que habían prestado a la nación, y los servicios todavía mayores que prestaban al mundo entero. Eran superhombres todos ellos, según se enseñaba a Paul y sus compañeros: dioses bajados a tierra, a quienes se debía temer y venerar.

A la edad de doce años Paul fué retirado de la escuela y enviado a trabajar al campo con otros labriegos, para ganar un jornal miserable que bastaba escasamente para comprar los víveres necesarios a su subsistencia, dejando al bondadoso azar el cuidado de procurarle el vestido.

En cuanto a los campos, eran propiedad de un opulento barón. Los labriegos conocían su nombre, pero jamás habían visto su rostro. ¿Qué había de hacer, en verdad, un noble caballero en lugar tan bárbaro y remoto como su hacienda sobre el Temes?

Parecía, empero, que el propietario tenía necesidad de todas las utilidades que su gente pudiera arrancar a las tierras. Así levántabanse con el alba para ir al trabajo; y cuando el sol brillaba sobre sus cabezas, deteníanse un momento para tomar su almuerzo del mediodía; y cuando el sol se hundía en el horizonte, encaminábanse a su vivienda vacilantes, como perros fatigados, a descansar, tan sólo para levantarse con el sol del día siguiente a comenzar otro día semejante al de la víspera.

Así transcurrieron los años hasta que se aproximó el tiempo en que Paul debía seguir a sus hermanos y compañeros al ejército para cumplir sus dos años de servicio militar obligatorio.

Ahora bien: la principal exacción de que tuvieran conciencia los labriegos del distrito de Temes era que se obligara a sus hijos a sacrificar dos años de su juventud para este servicio obligatorio; que se les forzara a dar dos preciosos años de su vida para enseñarles a defender con su propia sangre las tierras de sus príncipes y sus duques; para enseñarles a pelear en obsequio de sus amos, siempre que las tierras o prerrogativas de sus amos se hallaran en peligro.

Además, los conscriptos del distrito del Temes debían incorporarse a un regimiento mandado por oficiales austriacos, que no comprendían a sus hombres ni se preocupaban en lo más mínimo por su vida ni por su bienestar. "¡Perros húngaros!" solían decir, "¡que no sirven para nada, sino para carne de cañón cuando se presente el caso! Cualquier cosa es suficientemente buena para ellos."

Luego, cuando los jóvenes volvían a su aldea, terminados los dos años de servicio, relataban invariablemente la historia de brutales flagelaciones sufridas, de prolongados encarcelamientos en prisiones indescriptibles, de crueldades asombrosas infligidas despiadadamente por transgresiones

que, ante los ojos de jefes más humanos, apenas si habrían podido considerarse como tales. Algunos tenían cicatrices que los desfiguraban: marcas de golpes deliberadamente dados por los oficiales austriacos. Y así, al aproximarse el momento en que debía marchar a su turno, el horror latente de Paul se convirtió en obsesión perenne que llenaba sus sueños con pesadillas de conscripción, de oficiales austriacos que le golpeaban con sus espadas, de siniestros y obscuros calabozos en que peleaba por su alimento, peleaba por su vida, peleaba por su razón, contra innumerables batallones de ratas.

Cierto domingo por la tarde vino un tío de visita a la miserable y reducida vivienda de los Zónbor, trayendo una carta de su hijo, quien se había atrevido a lanzarse a lo desconocido cruzando el océano. La carta hablaba de una nueva tierra prometida, el país de la libertad, donde los hombres ganaban más que el mero salario que les permitiera vivir: un país donde los hombres eran *hombres* y no simples esclavos de la tierra.

Así fué como Paul Zónbor oyó hablar por primera vez de los Estados Unidos de la América del Norte. Y desde aquel domingo, determinó restar una víctima a los oficiales austriacos: seguir las huellas de su intrépido primo y probar la suerte en la tierra de la libertad.

II

FUÉ EN la primavera del año de 1906, para ser exactos, que un buque cargado de emigrantes del sudeste de Europa entró en el puerto de Nueva York, trayendo como un átomo entre las hordas a este hijo de un labriego húngaro, de una pequeña aldea cerca de Temesvar.

Una vez desembarcado, el átomo compartió la suerte común: fué cogido por uno del enjambre de agentes mercenarios de empleo, siempre alertas y ansiosos de apoderarse de cualquiera ignorante víctima para chuparle la sangre.

Estas agencias de trabajo son a menudo propiedad, y están formadas por hombres oriundos de la Europa central: hombres que, cuando a su turno sentaron por primera vez el pie en el suelo de los Estados Unidos, fueron también desvalidos átomos de una desvalida masa, y cayeron también como presa fácil en las fauces de los tiburones. Mas, de las cicatrices que sus propios sufrimientos dejaron no han sacado lección alguna de piedad: sólo una astucia siniestra para hacer con los demás lo mismo que con ellos hicieron. So capa de amigos de los extranjeros en el país explotaban la ignorancia de sus propios compatriotas, haciendo labor de caníbales y despellejándolos vivos.

Paul Zónbor nada sabía de estas cosas. Y ahora, para bien o para mal, había arribado a la tierra prometida. Hoy, muchos años después—circunstancia que debe tenerse en mente al leer este relato—hoy, muchos años después, Paul Zónbor, mirando retrospectivamente sus primeras experiencias, olvida por completo la nacionalidad de quienes le desollaron, recordando sólo que en los Estados Unidos, la tierra de la libertad, la tierra prometida, es donde fué desollado.

El empleo que consiguió por intermedio de los caníbales era para trabajar de noche en una panadería de la colosal metrópolis. Allí encontró de nuevo su lengua materna, el alemán, único idioma que se comprendía y hablaba en la panadería; y, durante el período subsiguiente, no solamente trabajó, sino que vivió y actuó y sumergió su ser entero entre una población de lenguaje y costumbres alemanes. Jamás le ocurrió, ni nadie le aconsejó, que tratara de aprender algo acerca del país extraño en que tan de súbito había penetrado. Su trabajo le dejaba estúpido. Terminada su labor diaria, no parecía quedarle voluntad, energía ni imaginación para arrancarse de aquel ambiente, y comprender el verdadero significado, cualquiera que fuese, de la tierra prometida. Ni siquiera sospechaba que tuviera otros aspectos que aquel en que se había esclavizado. En todo sentido continuaba viviendo en Hungría, todavía bajo la influencia austriaca.

Hasta el día no ha llegado a comprenderlo. Todavía piensa que los Estados Unidos, la tierra prometida, le empujaron a este abismo por deliberada codicia e inhumanidad.

Con todo, a través de la niebla que opacaba su cerebro, comenzó a abrirse paso y desarrollarse con fuerza cada vez mayor la nostalgia del aire libre. Después del vasto firmamento de la Europa central, las

eternas noches en la panadería subterránea, en que tan de súbito había caído, se le hicieron pronto intolerables; y después de las horas necesarias de sueño, el jirón de luz diurna que quedaba no le era suficiente. Así, tras algunos meses de entorpecimiento, el inmigrante se sacudió en busca de aire que respirar, y cambió su oficio por el de operario en una compañía de contratistas. Todos los días y a toda hora puede verse a sus compañeros de labor en cualquiera ciudad de importancia, manejando la pica o la azada en las excavaciones que preceden a la erección de un nuevo rascacielos. Y en esta forma, sin cambio apreciable, transcurría su vida.

Cierta mañana, empero, aconteció un incidente: el hombre que tenía a su cargo el manubrio regulador movió por descuido la palanca equivocada. *¡Bang! ¡Crash!* ¡Un grito . . . un lamento . . . silencio! La grúa había dejado escapar su carga. Y dos hombres, que un momento antes eran activos luchadores por la subsistencia, yacían inertes, aplastados, muertos. El capataz se acercó a tomar informes al pie mismo de los cadáveres.

"¡Oh, vaya, solamente han sido húngaros!" exclamó, haciendo preceder sus órdenes de esta frase de alivio.

Paul Zónbor cogió al vuelo estas palabras y por un azar perverso las entendió una a una. Tomaron forma entre las brumas de su cerebro, brillando sombríamente como un fuego infernal, y definiendo por vez primera con viveza su concepto de lo que al cabo iban a representar para él los Estados Unidos.

Los Estados Unidos, dedujo, eran un lugar donde los húngaros no contaban, ni vivos ni muertos. Los amos norteamericanos, por ende, no eran sino oficiales austriacos bajo un nuevo disfraz. "Solamente húngaros" y "carne de cañón" eran sinónimos.

¿No tenían acaso los obreros privilegios contra los accidentes del trabajo?

¿No era excepcional aquel incidente?

¿No es cierto que apenas un capataz entre mil es capaz de expresarse como aquel a quien oyó Paul Zónbor?

Cierto, cierto, cierto; y cierto también que aquel milésimo capataz había nacido probablemente en cualquier lugar de la tierra excepto bajo el águila de la libertad.

Todo esto es cierto. Sin embargo, Paul Zónbor, residente en la tierra prometida, juzga hasta hoy que ese capataz era un norteamericano genuino, y cree que el amo norteamericano genuino es un despiadado capataz de esclavos.

Indudablemente que después encontró amos que le trataron de manera humana y amistosa; pero éstos, tiene la convicción, deben de ser las excepciones que confirman la regla, puesto que los únicos de quienes oye hablar, aparte de su propia experiencia, tienen fama de brutales capataces de esclavos.

En seguida, mientras Paul trabajaba todavía como albañil, se le presentó una oportunidad para ir a Píttsburgh ganando mejores jornales. Allá se dirigió. Una vez llegado al centro industrial del hierro, encontró de nuevo comunidades enteras viviendo la única vida que él había experimentado, hablando la única lengua que él comprendía, y encarnando la única clase de seres que para él constituía la raza humana. Allí también parecía que un trozo del imperio de los Hapsburgo hubiera sido trasplantado al mismo corazón de los Estados Unidos. Quedó allí al punto sumergido entre la población en que naturalmente gravitaba. En aquel centro conoció asimismo a la mujer con quien contrajo matrimonio: mujer que no difería en grado alguno en punto a cualidades o hábitos de aquella con quien se hubiera casado sin salir jamás de su propia patria.

Transcurrieron los días y vino una mala época para Píttsburgh: huelgas y motines, escasez y miseria. Los hombres eran removidos como peones en un juego de ajedrez incomprensible. Así encontramos a Paul Zónbor con un puñado de sus compatriotas arrojados de nuevo al azar y marchándose con todos sus haberes, esta vez a Búffalo.

En Búffalo se radicó Paul en un barrio de la ciudad donde podía comprar todos los artículos necesarios a la vida en tiendas de que eran dueños sus compatriotas; donde los austriacos, los europeos del sur, los alemanes, tienen sus propias cantinas, sus propios bancos y sus clubs; donde jamás se encuentran en contacto con los norteamericanos de habla inglesa, salvo en las horas de labor.

¡Y de nuevo Paul es absorbido por una

pequeña Europa central, al borde mismo de las cataratas del Niágara!

III

NO OBSTANTE, ya sea con el transcurso de los años, ya a favor de la evolución natural del carácter, a despecho de la estrechez de la concha en que había vivido, Paul ha desarrollado. Ha adquirido ahora cierta importancia, mayor valor intrínseco. Puede desempeñar su trabajo a conciencia. En efecto, ha pasado ocho años bajo el mismo techo, en la gran empresa industrial de Búffalo donde estaba empleado. Se ha granjeado el respeto de su comunidad; se ha convertido en caudillo prestigioso y de confianza; ha sido elegido presidente del club.

Además, ha aprendido mucho, o por lo menos así lo cree, de la historia corriente de los Estados Unidos. Si ahora se preguntara a Paul acerca de cualquiera cuestión de la política del día, encontraríase que está admirablemente al tanto de asuntos que antes no conocía ni por el forro. Sus conocimientos actuales incluyen muchos más tópicos que la historia de la dinastía Hapsburgo. Discute con aplomo y fluidez el bolchevismo, el ateísmo, el darwinismo, el marxismo, la prohibición, a John Brown o al *Mayflower*. Conoce al dedillo los nombres de los caudillos mundiales de actualidad, y puede extenderse sobre la doctrina particular y las enseñanzas de cada uno de ellos.

¿Dónde ha adquirido todos estos conocimientos? ¿En los Estados Unidos?

Indudablemente, puesto que el labriego del Temes no tenía la menor noción de tales cosas.

¿Las ha aprendido de los norteamericanos?

¡Rotundamente, no! Los Estados Unidos no se han preocupado en absoluto del proceso mental de Paul Zónbor. Usando de sus brazos como herramientas vivas, enseñándole a lo sumo las palabras de inglés necesarias para disponer la manera en que debía emplearlos, los Estados Unidos no se han dado cuenta del proceso mental del inmigrante más allá del grado que ponía en ejercicio en el taller.

Parece, sin embargo, que ha existido alguna especie de fuerza que encontrara destino a la mentalidad de Paul Zónbor. Esta fuerza se manifiesta en diversas formas. Por ejemplo, proporciona a Paul periódicos semanales editados en el lenguaje que él comprende mejor, el alemán. Le procura asimismo todos los libros que quiera leer, escritos todos en el mismo idioma. Que tales libros tienden decididamente a determinado objeto, que se han elegido con propósito deliberado y que se le incita a leerlos; que se extravía su criterio con tales lecturas, son cosas que pasan enteramente inadvertidas para Paul. Su horizonte le ofrece perspectivas tan reducidas que la diversidad de condiciones y la comparación de valores desempeñan parte muy exigua como oponentes de cualquiera invasión sistemática. ¡Y vaya si es sistemática la invasión!

Como dijimos antes, Paul es presidente del club. Este club cuenta con gran número de miembros, porque la clase a que Paul pertenece es considerable en la ciudad manufacturera del Niágara; pero en la organización entera no se encuentra un solo socio genuinamente norteamericano, y sería muy raro escuchar una palabra en inglés dentro de sus muros. Con todo, es un centro extremadamente activo y vigoroso: tiene innumerables sociedades internas para toda clase de propósitos; y lo que es más, celebra una asombrosa cantidad de debates, asambleas, conferencias, conciertos, cuyo funcionamiento está, al parecer, estimulado y penetrado por la influencia de una continua y firme corriente del exterior.

Nada de lo que allí se hace concierne en manera alguna a los Estados Unidos. Ya se trate de cantos, discusiones o enseñanzas, la corriente oculta es muy poderosa y siempre igual.

Todos los conferenciantes son "enviados" de algún punto lejano y misterioso. Todos dan su conferencia en alemán, y la mayor parte de ellos declara que son rusos o que han estado en Rusia recientemente. Rusia y la clase obrera, aquí y en otras partes remotas, son casi exclusivamente el tema de sus discursos; y jamás dejan escapar cualquiera oportunidad de avivar en sus oyentes el odio contra la clase capitalista de todas las naciones del mundo.

Afirman siempre que los obreros de los

demás países están dispuestos a levantarse y acogerse al bolchevismo tan pronto como adquieran la certidumbre de que hay en los Estados Unidos una mayoría resuelta a secundarlos. Hablan de cuánta prosperidad reina en Rusia bajo el régimen actual; de cómo los hombres trabajan ahora por la subsistencia; trabajar por la subsistencia, explican, significa no trabajar más de seis horas diarias. Dicen de cómo se distribuyen hoy las utilidades en Rusia, de manera que todos son igualmente ricos; y de cómo el nuevo régimen ha instituído más escuelas de las que se crearan durante una generación entera del dominio de los zares; y, sobre todo, insisten siempre, más aún, ordenan, a su auditorio que no dé el menor crédito a nada de lo que publique la prensa de los Estados Unidos.

"Todo lo que dice la prensa es falso, deliberadamente falso," repite el orador, con tan fogosa elocuencia que hace penetrar muy adentro sus palabras. "¿Los Estados Unidos la tierra de la libertad? ¡Bah! Rusia es el único país libre en la faz del globo en estos momentos. Es el único país que se ha liberado de los grandes capitalistas, de los ahitos, ebrios capitalistas. Ellos son los verdaderos enemigos, con sus vinos y sus mujeres; tan malvados y cien veces peores que los oficiales que pensábamos abusaban de nosotros en los viejos días en la patria. Pero, mirad la enormidad de la cosa: esos hombres que vemos en torno, administradores de fábrica, capataces o lo que sea, apenas la pasan mejor, en principio que nosotros. Son únicamente los instrumentos del capitalismo. Son únicamente capataces de esclavos, *obligados* a hostigarnos para poder conservar su empleo. Compadezcámoslos. Los grandes capitalistas no son otra cosa que ávidos vampiros, chupando eternamente la sangre de los hombres a quienes tienen bajo su poder, desde el primero hasta el último, con el fin de ganar unos cuantos dólares más para sostener sus palacios de perdición.

"*Mas nuestro día se acerca;* fijáos en lo que os digo. Nuestro plan está trazado; la hora va a sonar. Cuando llegue el momento, nos levantaremos en todos los países al mismo tiempo. Rusia nos ha dado el ejemplo. Alemania está con nosotros. Italia, el Canadá, Francia e Inglaterra se alzarán como un solo hombre cuando nuestros jefes den la señal. Aquí en los Estados Unidos estamos bien organizados; pero recordad que cada uno de vosotros debe difundir nuestra doctrina en todas las horas del día. Así tendremos la victoria asegurada."

¿Qué respuesta inspiró esta enseñanza, predicada día tras día, año tras año, en Paul Zónbor y sus compañeros? No debemos perder de vista la circunstancia de que Paul Zónbor, bolchevista ahora por propia confesión, había nacido, como todos los bolchevistas y miembros de la asociacion de los International Workers of the World en un ambiente de odio. Desde su infancia, había visto a sus padres y a todos sus camaradas alimentar un odio acerbo contra los gobernantes potendados, los oficiales, de su patria natal; y a su turno y por su propia cuenta había llegado a aborrecerlos con igual intensidad.

Luego, más intrépido quizás que los otros, abandonó su país natal para escapar a los explotadores de la "carne de cañón," y buscar refugio en la tierra prometida. Había esperado demasiado de esta tierra de promisión. Le habían enseñado, y se había acostumbrado él mismo, a considerarla como un verdadero paraíso en un planeta distinto, donde se pagaban sumas fabulosas por la mitad del trabajo que en Temes alcanzaba apenas para el alimento necesario a la existencia. ¿No constituían por ventura, los dólares una enorme fortuna semanal, más que eso, diaria, convertidos a su moneda nacional?

Sin embargo, ¿qué había encontrado al llegar a la tierra prometida? ¿No había experimentado acaso que la frase "carne de cañón" era substituída por "solamente húngaros," cuando la grúa dejaba escapar su carga y la máquina aplastaba a los obreros?

Luego, sucedieron otras cosas: cosas que, a la indecisa luz del mundo en que se agitaba a ciegas, nadie le había interpretado, nadie, hasta que "ellos" le infiltraron la doctrina que daba nuevo rumbo a la antigua y feroz facultad del odio. De suerte que, a medida que el Nuevo Mundo le decepcionaba cada vez más y las bellezas del Viejo Mundo borraban gradualmente en su memoria los agravios que le arras-

traron a cruzar el océano, transfirió su odio, fortalecido con todo el vigor de la plena madurez, a las entidades escogidas por los únicos maestros con que hubiera tropezado.

"¿Quienes son los grandes capitalistas?" se le pregunta ahora. ¿Considera usted uno de ellos al jefe de esta empresa?"

"¿Él? No. *Él* trabaja también. Cualquiera puede observar esto. Él es simplemente un esclavo, empujado como nosotros."

"¿Lo sería entonces el gerente de la negociación?"

Paul vacila. "No sé. Sería necesario averiguar antes cuánto capital posee. *Pero puedo averiguarlo* en un par de días. ¿Quiere usted saberlo?"

Y así queda al descubierto que los "grandes capitalistas" no tienen nombre ni personalidad definida en la mente de Paul, y que únicamente son una entidad imaginaria conjurada entre brumas por asalariados agitadores revolucionarios.

IV

¿CUÂL es el remedio para esta prodigiosa ignorancia que descarría hoy tan típicamente en los Estados Unidos a gran parte de la clase trabajadora de procedencia extranjera?

En cuanto a los que se ganan la vida predicando una detestable y perniciosa doctrina, a los que corrompen el mundo por codicia y placer de dañar, es mejor dejarlos entregados a sí mismos, con cuerda suficiente para ahorcarse, pues que de ahorcarse habrán en tiempo y espacio debidos. Mas aquellos cuya buena fe ha sido sorprendida y extraviada, como Paul Zónbor, tienen derecho a que los hombres de mejor criterio les muestren el camino de la verdad, el camino de la apreciación justa de las cosas y de una vida justa según el código de la Regla de Oro.

Si un hombre de sano criterio ve una selva incendiada, tomará al punto medidas para cortar el fuego, quienquiera que sea el propietario de la selva; y, sin embargo, muchas personas que observan proyecciones del fuego estallado en Rusia y latente en todo el mundo, en vez de contribuir enérgicamente a ahogarlo, vuelven la cabeza de otro lado, ya sea porque creen que no es de su incumbencia el hacerlo o porque están demasiado ocupados consigo mismos para cuidarse del mundo en general. Es decir, aguardarán hasta que la casa de sus vecinos se haya destruído y las llamas amenacen sus propios umbrales, para alistarse en el desempeño del deber común.

Cuando se arrestó a los rojos de Búffalo a principios del año pasado, Paul Zónbor fué pasado por alto, y lo dejaron tranquilo. Paul había estado a favor de los alemanes durante toda la guerra, aunque no se demostró en aquel tiempo hombre peligrosamente activo. Después del armisticio, sin embargo, el peso multiplicado que la propaganda bolchevista arrojó sobre él, a fuer de hombre de prestigio, capaz de ejercer influencia sobre sus camaradas, produjo su efecto acumulativo. Hallábase entonces en condiciones tales que cualquiera chispa podía incitarle a convertir sus teorías en hechos sangrientos. A pesar de todo, pasó inadvertido cuando el arresto de los rojos, aunque muchos de sus amigos y adeptos fueron confinados a prisión, de donde salieron, pasadas dos semanas de encarcelamiento, a difundir con vigor incrementado sus horribles doctrinas con todo el ardor de mártires de la causa.

Sospechando, sin embargo, sus tendencias, los directores de la empresa industrial donde Paul había trabajado ocho años decidieron proceder por sí mismos. Paul Zónbor era un elemento poco deseable, un agitador del descontento entre sus camaradas obreros. Le despedirían calladamente, sin explicaciones. No deseaban avivar el fuego rojo.

Por consiguiente, cierta mañana, el jefe del departamento informó al número 1896, Paul Zónbor, que se había nombrado a otro para desempeñar su empleo.

"¿Por qué? ¿Acaso no es satisfactorio mi trabajo?" preguntó Paul.

Entre paréntesis, Paul era uno de los empleados más valiosos en su ramo. Estaba al tanto de las estadísticas en cifras que alcanzaban a millares, era concienzudo en su trabajo, podía confiarse en él, y en momentos de especial urgencia difícilmente había quien pudiera comparársele, en su esfera de acción, entre el personal de la empresa.

"¿Satisfactorio? Sí, por cierto;" replicó el jefe; "pero hemos decidido que el trabajo que usted desempeña debe remunerarse solamente a razón de setenta centavos la hora, y usted está ganando setenta y cinco. Puede usted ir a la sección de limpieza; necesitan un hombre allí."

Ahora bien: la sección de limpieza era el lugar peor de la fábrica, en tanto que el empleo que tenía Paul estaba muy lejos de ser desagradable. En efecto, manejaba una especie de departamento, con dos hombres a sus órdenes.

"Ésa no es la verdadera razón para que ustedes se deshagan de mí," replicó Paul. "Dígame la verdad. ¿Qué cosa tiene que reprocharme?"

"Le aseguro a usted que eso es todo," repitió el jefe de la sección.

"Bien: hablaré con el administrador."

Paul fué a ver al administrador, con el único resultado de recibir igual excusa, algo menos adornada.

Entonces, ardiendo en ira y juzgándose víctima de una terrible injusticia, Paul se retiró de la empresa, encontrando el lunes siguiente trabajo mejor remunerado en otra negociación industrial de las cercanías.

Allí lleva adelante al presente, con mayor número de adeptos y vigor incrementado, su cruzada revolucionaria.

Hoy Paul Zónbor es un hombre verdaderamente peligroso. Personalmente es honrado. No tiene vicios. No se embriaga. Ama a su mujer y a sus hijos y es un buen padre de familia. A diferencia de la masa de sus compañeros, no usa lenguaje obsceno, por más que antes lo hubiera empleado. Es económico, decente, justo, simpático, y hace el mejor uso de su inteligencia a la única luz que jamás haya recibido. Viene de Rusia y es un rojo. Quizá cualquier día estallará en siniestras llamas.

ESTE ARTÍCULO no pretende solucionar hondos problemas con una panacea general. Es simplemente la historia literal y exacta de un hombre: hombre obscuro, pero, a todo evento, muy lejos de representar una entidad despreciable o insignificante.

En vez de permitir que la mente de Paul se contaminara con perniciosas mentiras, quizá habría resultado más provechoso a la corporación el haber dedicado algún tiempo, molestias y dinero para demostrarle cómo había sido engañado y vuelto a engañar paso a paso, hasta que sólo pudo contemplar frente a sí la obscuridad, con una luz roja brillando en el fondo: luz roja cuyo evangelio predica él ahora a un sediento e ingenuo auditorio de sus hermanos obreros, como el evangelio de salvación.

Las agencias del trabajo han cambiado mucho en Nueva York desde 1906, aunque existen algunas todavía del tipo que explotó a Paul Zónbor. Podía mostrársele ahora grandes y sinceros esfuerzos de mejoramiento en este respecto. Podía hacérsele observar las escuelas, conciertos, conferencias y actuaciones que se celebran en Ellis Island. Podía hacérsele comprender el verdadero alcance de las leyes de compensación para los obreros, de las cuales desconfía al presente. Podía demostrársele el significado y sinceridad de muchas medidas legislativas adoptadas para la prevención de accidentes. Un curso de economía presentado bajo su verdadera luz persuadiría, aun al antiguo labriego de las tierras de un barón austriaco, que más tarde había aprendido a pensar, de que el capital es tan necesario como el trabajo. Cambios saludables pueden ciertamente producirse en esta mente extraviada; y por lo mismo que Paul Zónbor es honrado, leal, justo y razonable, la verdad llegaría a abrirse paso en su cerebro.

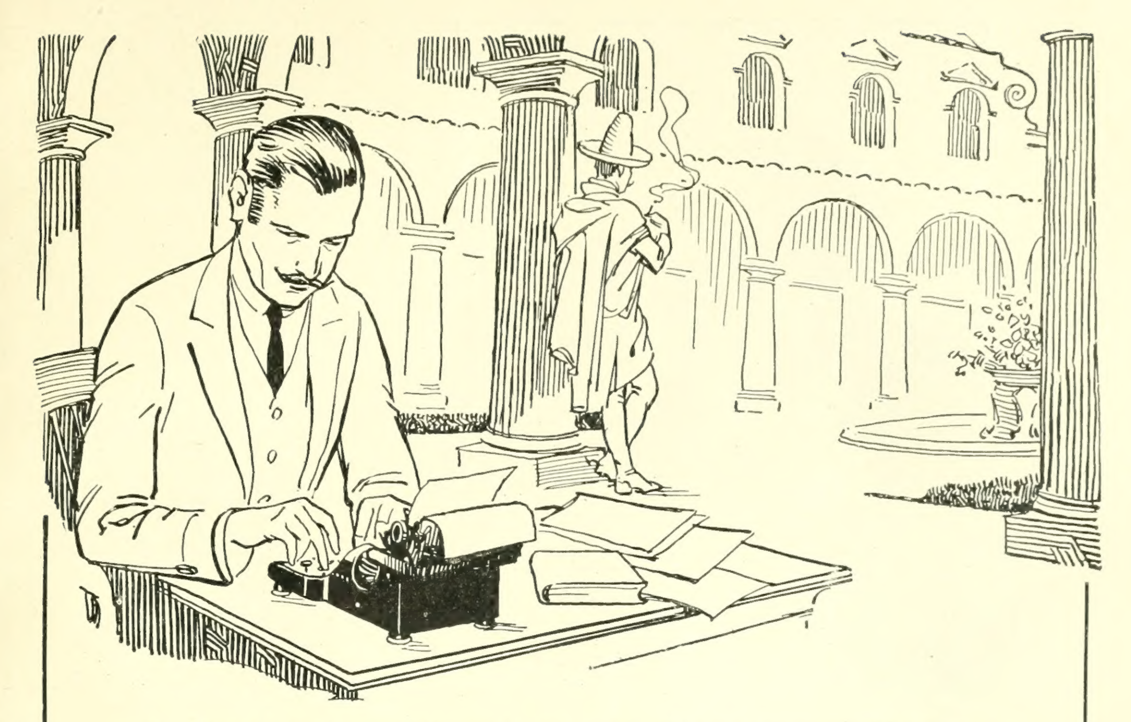
Por difícil que parezca, hay un camino más corto que produciría efectos más rápidos y eficaces. Si la corporación, en vez de manejar el asunto de Paul como lo hizo, echándole de su puesto furioso y decidido a tomar venganza, hubiera invertido dos mil dólares en enviarle a Rusia, habría obtenido resultados más importantes. Habríale hecho observar con sus propios ojos la escasez, la miseria, esclavitud y brutalidad que reinan hoy en esa infeliz nación. Habríale hecho comprender que sus sufrimientos en los Estados Unidos no provinieron de los métodos norteamericanos, sino simplemente de que inmigrantes europeos ponían en práctica en la América los abusos europeos: abusos llevados a su más alto grado en Rusia en la

época presente. Luego, hubiera debido hacerlo regresar, incorporándolo de nuevo en el personal de la negociación, donde, después de semejante experiencia, habría sido el factor más saludable, el elemento mejor de asimilación que pudiera obtenerse en los Estados Unidos para disminuir el cambio de obreros y asegurar la paz industrial.

Los jefes de las industrias se quejan de que el costo de producción aumenta considerablemente por el cambio anual de obreros que asciende a menudo a un ciento veinte por ciento. Nadie puede negar este hecho. Pero es igualmente indisputable que, además del mejoramiento de las condiciones del trabajo, además de una labor liberal en beneficio de la clase obrera, es necesario que, tanto los jefes de las industrias como el gobierno, se preocupen de adoptar medidas más eficaces, más inteligentes y más amplias, dedicando mayor suma de las utilidades actuales a la educación de su material humano, para que llegue a reducirse en forma apreciable la instabilidad de los obreros, y se anulen las doctrinas de los rojos, que van infiltrándose más y más cada día entre el personal de las instituciones industriales.







A CUALQUIER HORA Y EN CUALQUIER PARTE,

en la oficina o en el hogar, la CORONA está siempre lista para prestar útil y eficaz servicio.

Con ella pueden escribirse las cartas comerciales en la oficina, la correspondencia privada en el hogar, y las anotaciones, pedidos y demás documentos cuando se viaja, pues la CORONA, siendo portátil, puede llevarse a todas partes.

Apenas pesa 3 kilos. Es plegadiza y cabe dentro de un estuche de 28.58 x 25.4 x 12.07 cm. Es fuerte y eficaz, y con ella pueden sacarse cuantas copias de carbón se desee, estarcir, y escribir a dos tintas, lo mismo que con las máquinas corrientes de mayor tamaño.

La CORONA es como un hábil secretario privado.

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

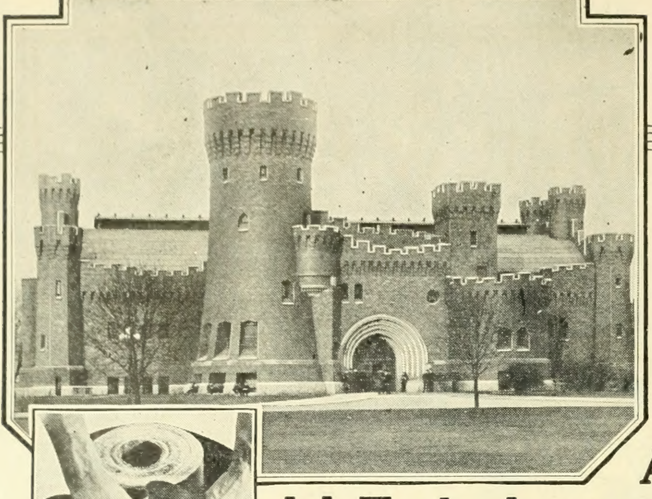
Fabricada por la

CORONA TYPEWRITER COMPANY, INC.

GROTON, N.Y., E. U. A.

Agentes exclusivos en el exterior:

ARGENTINA: Compañía La Camona, Buenos Aires. **BOLIVIA:** E. Bolloten Co., La Paz. **BRASIL:** Casa Pratt, Río de Janeiro. **CHILE:** Lemare & Co., Valparaíso. Curphey y Cía., Santiago y Valparaíso. **CUBA:** H. E. Swan, Habana. **ECUADOR:** Enrique Maulme, Guayaquil. **MEXICO:** F. Armida y Cía., México, Distrito Federal. **PANAMA:** Alberto Lindo, Ancón, Canal Zone. **PERU:** Lemare & Co., Lima. **PUERTO RICO:** Stebbins & Co., San Juan. **SALVADOR:** E. E. Huber, San Salvador. **SANTO DOMINGO:** M. de Costa Gómez, Puerto Plata. M. de Moya Hijo & Co., Sánchez. **VENEZUELA:** Bazar Americano, Caracas.



Techado de Amianto Johns-Manville

Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al palacio—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

JOHNS-MANVILLE
Incorporated

Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.

REPRESENTANTES ESPECIALES

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

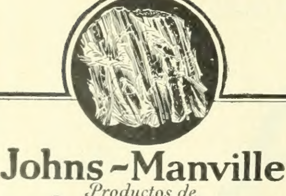
BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541



Johns-Manville
Productos de
Amianto
y sus Aliados

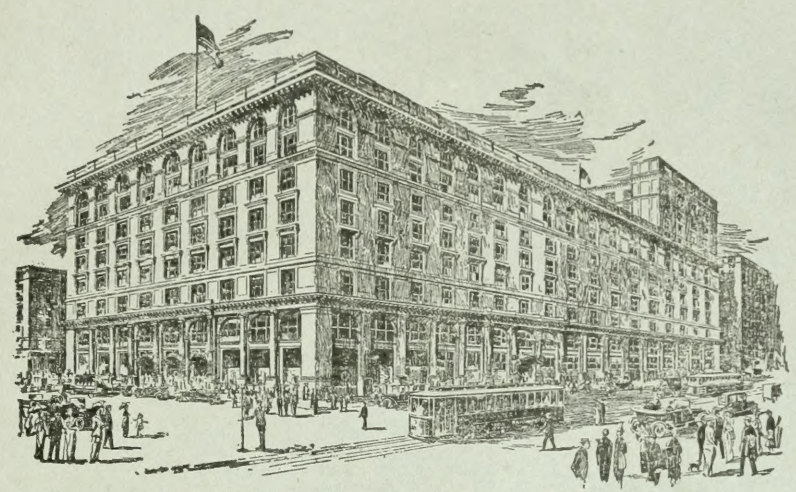
AISLADORES
par mantener el calor en su lugar apropiado
CEMENTOS
para impermeabilizar las paredes de hornos
TECHADOS
para disminuir los riesgos de incendios
EMPAQUETADURAS
para impedir perdidas de fuerza
FORROS PARA FRENOS
para rendirlos seguros
PRODUCTOS PARA PREVENIR INCENDIOS

JOHNS-MANVILLE
Techados de Amianto

B. Altman & Co.

QUINTA AVENIDA - AVENIDA MÁDISON

CALLE TREINTA Y CUATRO—CALLE TREINTA Y CINCO, CIUDAD DE NUEVA YORK, E. U. A.



EDIFICIO PROPIO QUE OCUPA UNA MANZANA ENTERA

INFORMES INTERESANTÍSIMOS CONCERNIENTES A LOS GRANDES ALMACENES DE B. ALTMAN & CO.

ES uno de los mayores y mejor montados edificios mercantiles del mundo entero.

Ocupa una manzana entera en el corazón de la ciudad, y el conjunto total de la superficie de los diferentes pisos es casi cien mil metros cuadrados o diez hectáreas.

En cada uno de sus cuatro frentes tiene una espaciosa entrada, y existen veinticuatro vidrieras de exposición cada una del tamaño de un cuarto regular.

La instalación de fuerza eléctrica, con una capacidad dinámica de 2400 kilowatts, produce toda la electricidad necesaria para alumbrar el edificio entero, y suministra la fuerza motriz para los ascensores, las máquinas de coser, las máquinas de imprenta, los tubos neumáticos, el servicio continuo de cadena sin fin para el transporte de mercancía, y para el estupendo sistema de ventilación y refrigeración del edificio. 6000 metros cúbicos de aire filtrado, purificado y humedecido, son distribuídos cada minuto por los ventiladores abastecedores de aire fresco, en cuanto que los ventiladores de escape, que expulsan el aire viciado, tienen igual capacidad.

Treinta y nueve ascensores están en uso continuo en el establecimiento, de los cuales veintidós son reservados para el uso exclusivo de la clientela y los restantes diecisiete para los empleados y el servicio de la casa.

Lindas y lujosas salas de descanso contribuyen esencialmente a la comodidad de las señoras que visitan el establecimiento.

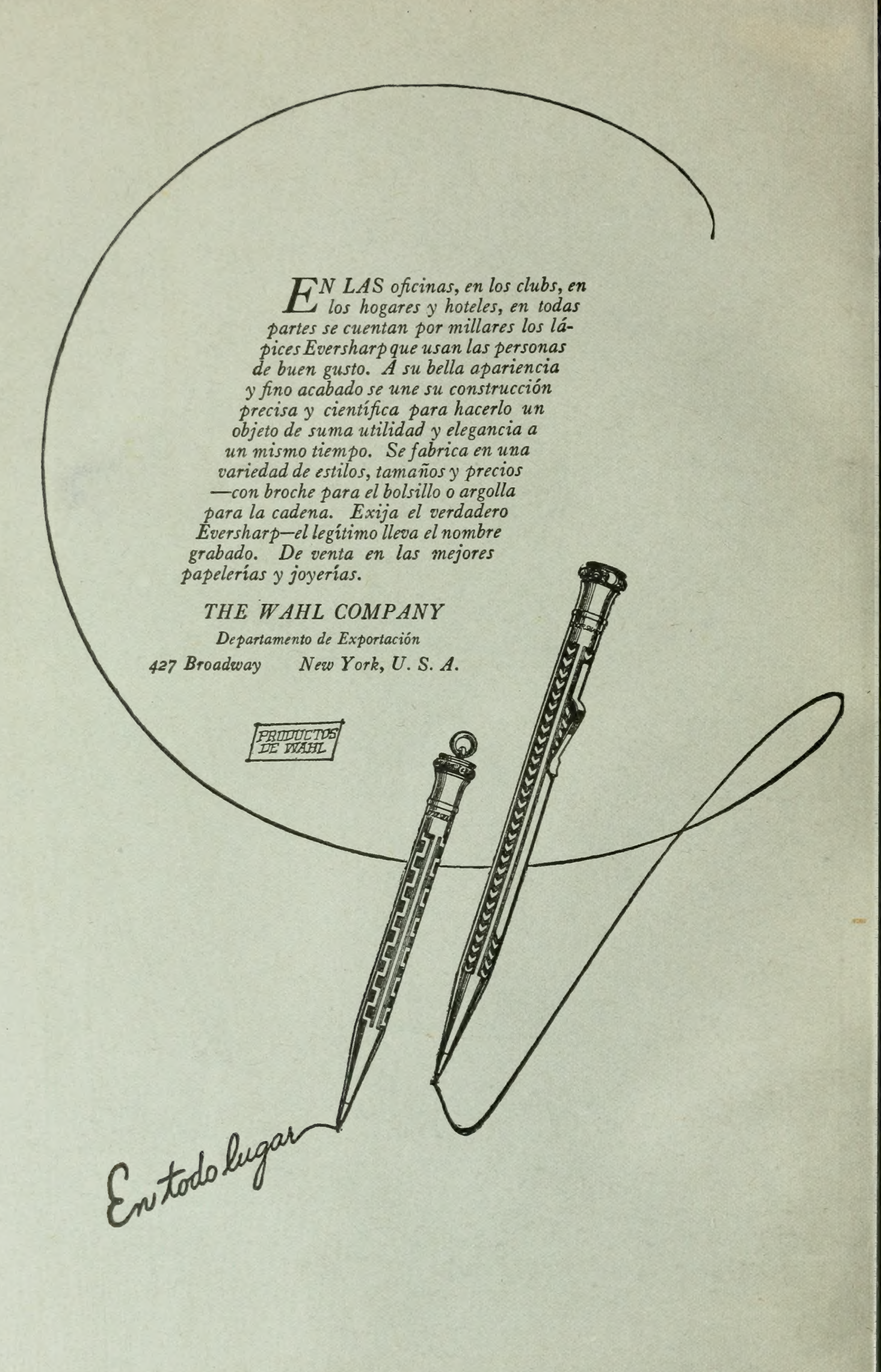
Cuatro mil personas son empleadas en el establecimiento durante cada día de trabajo.

Se mantienen salas de recreo y de descanso, una sala de fumar, un solarium y una biblioteca para el uso exclusivo de los empleados, como también un gran restaurant, espléndidamente montado y equipado, y hay además un departamento médico y un hospital de emergencia, perfectamente organizados.

Otros puntos de interés son: la escuela Professional Práctica para los empleados jóvenes y la Asociación de Beneficencia Mutua.

Los Almacenes de B. ALTMAN & Co. son hoy lo que eran en el tiempo de su venerado fundador, el difunto Benjamín Altman, es decir, un establecimiento de la más alta categoría en telas, lencería y ramos relacionados. Especialidad se hace de todo cuanto sea de superior calidad y de última novedad en atavíos de señoras, señoritas y niñas; en canastillas para niños de tierna edad; en ropa y artículos para caballeros, jóvenes y niños. Hay siempre un extenso surtido, cuidadosamente escogido, de telas para la confección de ropa, incluyendo sedas y terciopelos; encajes, blondas y pasamanería; guantes, medias, calzado y todos los accesorios para vestirse bien.

Se envían muestras de géneros de toda clase a quien lo solicite, así como también cotizaciones e ilustraciones relacionadas con cualquier prenda del actual tocado del día. A los que visitan la ciudad de Nueva York se les mostrará el establecimiento acompañados de un intérprete de habla castellana. A solicitud se mandan catálogos.


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar